

BIBLIOTECA NACIONAL

R-123 - 51

Q. R. E. - 1

Quito-Ecuador

DONACION DEL
GRUPO AMERICA
QUITO-ECUADOR

E

N

L

A

S

C

A

L

L

E

S

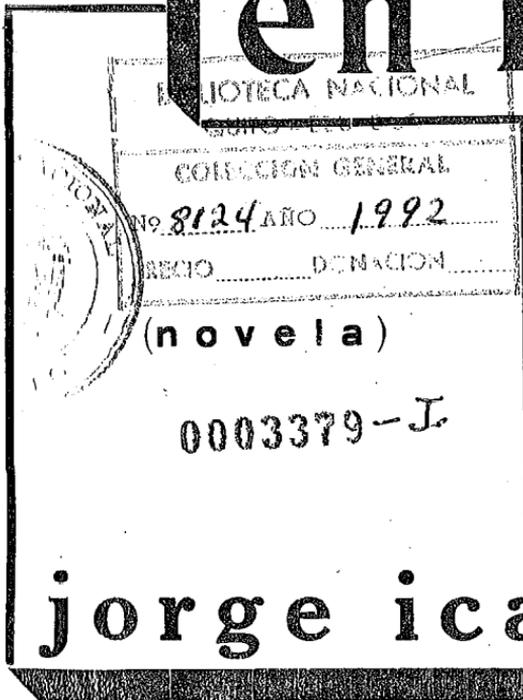
premio nacional de novela 1935

concurso
organizado
por el grupo
américa

en las

casas

jorge icaza



ES PROPIEDAD
DEL AUTOR

*Imprenta
Nacional*

*QUITO
1 9 3 5*

1 A G U A

Despertóse el pueblo con el alba.

Los chagras rascábanse las cabelleras pegajosas de sudor, un tanto malhumorados del chuchaqui y de la sed amarga que les dejó la borrachera de los toros.

Se levantaban suspirando y acudían al umbral de las viviendas a refrescarse con la mañana y a

5 leer el periódico pueblerino en boca de la gente madrugadora. Desde los corredores de las casas, con poyo mirando al camino, desenrollaban el sueño los perros y salían ladrando a media calle, tatuada por una acequia abierta no hace mucho.

En el cielo lívido del amanecer, las pupilas de la noche parpadean lloriqueantes y desvaídas sin poder mirar al día; el pellejo celeste se da la primera sobadura con la esponja solar limpiándose de las picaduras de pulgas luminosas. Chagras emponchados retuercen la sed en labios reseco al paso de unas cuantas mujeres que vuelven del río, trayendo a la espalda la última provisión de agua

*E n l a s
c a l l e s*

en pundos ventrudos de tierra cocida. Una ráfaga de brisa juguetona zarandea las basuras de la calle y hace flamear con ruido de carcajadas los centros de las cholitas y los ponchos de los indios.

Se aclara el paisaje. Entre las breñas áridas de los montes que rodean al puebluco, y las cercas que dividen los patios y los corrales de las casas y chozas, las siluetas de los pencos, grises hasta entonces, van verdeando con la luz del sol que se desangra desde las montañas.

Por la calle pasa un chagra, arreando una docena de ovejas.

—¡Que's pes, Cusumbo! ¿No te quedáis a la división de las aguas? Ojalá aura tan dé trago el patrón Lucho.

6 —Cashé mumío. Antes me voy breve para ver si les hago beber a los borregos, si quiera la última vez... Aura ca todo está jodido, ya nu'ay ni onde pastar, con la busha de los tractores qui'atraido patrón Lucho se'spanta no más la manada y tengo que'star corriendo por aquí tan, por ashí tan... ¿Qué tan irá'pasar? —contestá el pastor torciendo para la plaza en donde se amontonan: carrizos semi quemados, chaguarqueros, pedazos de costal, cenizas, ladrillos renegridos; restos de una fiesta destripada, conclusión de la chinganería, armada de prisa alrededor de la plaza donde se refociló el pueblo con tortillas, cau-

J o r g e

I c a z a

caras y guarapo durante los dos días de toros ofrecidos por don Luis Arntonio Urrestas, propietario de la hacienda "El Penco", para celebrar la división de las aguas del río; viejo pleito liquidado en favor del latifundista. Este, para no andarse de a malas con los chagras, había regalado los novillos, ensordeciendo la protesta, embullando muy zafiamente a los chaguarpateños con barriles de aguardiente repartidos en las cuatro esquinas de la plaza en enormes pailas de bronce y pilche nadando sobre el líquido como si fuera chicha.

Dirigió el Cusumbo el ganado por el potrero que se extiende detrás de la iglesia. Bajo la pezuña de las ovejas se agostaba la hierba, pero lentamente, conforme iba pasando el rebaño, se en-

7 derezaba fresca de amanecer. Al final del sendero tropezaron en la arteria cristalina del valle de Chaguarpata.

—¿Han madrugado, no? —Exclamó el pastor viendo una veintena de lavanderas que golpeaban la cabuya podrida en las piedras del torrente—.

—¡Elé, como no pes! —se le oyó contestar a la Consuelo, mujer del José Manuel Játiva, haciendo una pausa en el trabajo y chupándose los dedos hechos sangre, reventados por el zumo corrosivo de la cabuya—; luego terminó:

—Hay qui'aprovechar de la mañanita siquiera. De no ca, tarde ya nu'adiaber agua. Y viá pes

*E n l a s
c a l l e s*

este rimero que tengo que lavar.

A renglón seguido cogiendo unas cuantas hojas de pencas secas, sacudiólas en la corriente, se puso a golpearlas en la piedra hasta dejar las fibras blancas.

El rebaño hundió los hocicos en un remanso que formaba el río. El pastor, sentado en la orilla, hablaba en voz alta, mirando a través de la corriente cristalina los pies de la Consuelo con dedos hinchados y blancos como mote pelado por la acción del agua.

—Viá, ñora Consuelo, se'stá mojando.

Arremangose el centro la chola, metiéndose la falda entre las rodillas y dejando al descubierto un par de piernas excitadoras de la libido del Cusumbo.

—Dios guarde... Voy a pecar viendo las changas de mama Consuelo.

—¿Por qué no te vis tus carrizos?

—Guañuctas, pes.

—Tísico de mierda.

—¿Tísico? ¿Acaso ya tejo sombreros como su marido? El sí cro que'stá jodido, tosiendo no más anda.

El pastor se dirigió a la manada, pero la mujer intervino:

—¿No te quedáis a ver lo que secan el agua?

—Y aura ca qui'remos pes a beber.

J o r g e
I c a z a

—Par'eso es l'acequia en la cashe del pueblo.

—Pendejada. Ya se jodieron los cabuyeros, tendrán qui'r a lavar a medio día de camino.

Cruzó un estremecimiento de angustia por la veintena de mujeres. Dejando sobre las piedras las estopas espumosas cual cabelleras jabonadas, se pasmaron a la noticia de que se les iba a quitar su trabajo.

—¿Por onde va'ir?

—¿Por onde va'ir l'agua?

Fue la interrogación, en cuyo gancho se colgó alicaído el ruido de la cabuya sobre las piedras.

Dándose importancia en la pausa el pastor interrogó:

—¿Que's, nu'an ido a ver? Toditico es
9 de piedra y de cemento y l'agua va'ir por Tumbay, por potreros de patrón Lucho, por tras de la quebrada grande.

—¡Fuuu! —susurraron las mujeres—.

—No ven qui'aura como va'sembrar harto con los tractores nesita regar los arenales de Tio-pamba.

—Y'ay ca sólo penco pes para sembrar.

—Elé como no pes.

—Entonces está d'ir a trabajar en l'acienda pes.

—Para que pague un adefesio como los sombreros? Con esas máquinas grandes qui'an traído, no nesita ni muchos brazos. Esos tractores que les

*E n l a s
c a l l e s*

shaman. Como diablos aran en un ratico. A los indios tan quitándoles los huasipungos desde que'stá.

Se empezaron a desparramar las ovejas hilando agua de los hocicos.

Ají molido con pepas es el sol de medio día.

A la orilla del torrente se han congregado los campesinos, sin querer creer la muerte del rumor que les arrulló desde guaguas tiernos.

—Qu'irá'pasar.

—Güeno juera qui'ubiera creciente.

Comentaban incrédulos los aldeanos. Jugaba el sol en el agua, junto con la Dolores, muchacha de unos catorce años, saltando de piedra en piedra.

10 —¡Carishina estate quieta! —le gritó el taita que en ese momento charlaba con el Ramón Landeta, un cholo de facciones pronunciadas, piel apergaminada y con el defecto de conversar arremangándose el poncho en són desafiante. Trastornaba todas las humildades aldeanas encarándose con los desplantes de don Luchito. Hinchando sus carrillos de rojo, gritaba a los paisanos la necesidad del incendio, único medio reivindicatorio conocido por él. Dicen que de muchacho, cuando el padre del latifundista les embargó la casa por una deuda de familia, el huampra se arrastró por la pesebrera a favor de la oscuridad de la noche y prendió fuego a la casa que les a-

J o r g e
I c a z a

cababan de robar.

Unos indios, un poco apartados de la bullanga, comentaban la pérdida de sus huasipungos con el José Manuel Játiva.

El ciego Londoño punteaba con el bordón la orilla, buscando un lugar propicio en donde sentarse para palpar el agua. Otro ciego, tullido de las piernas, se arrastraba poniendo atención sagaz entre la red de comentarios para ver de pescar la voz amiga que le lleve a buen sitio de la orilla.

—¡Ya! —gritó un cholo, con el grito de las estacaciones terminales, con la rúbrica escueta de los relámpagos. Se precipitó la muchedumbre a las márgenes buscando lo anecdótico en las aguas. La corriente empezó a disminuir ante el si-

11 lencio lívido de los chaguarpateños, disminuía como si se hubiera cribado el fondo. El ciego paralítico alargó el brazo en busca de los cosquilleos de la corriente; se arrastró tras ella hasta sentirla como un hilo diminuto trenzado con los dedos sarmentosos; luego, en mitad del cauce seco, poniendo atención con sus ojos blancos a las lamentaciones de la poblada, se quedó inmóvil como un mendigo de estampa, como un santo de palo seco.

Ya se ven las piedras de la orilla secas al sol, la arena, el fango del fondo.

—¡Elé carajo!



—¿Y'aura?

—¿Y'aura?

—¿Y'aura qui'acimos?

Todos los comentarios se canalizan en la esperanza, espiondo durante el resto del día en la acequia abierta en mitad de la calle.

A las nueve de la noche, cuando los chagras empezaban a cabecear un sueño junto al fogón —luz obligada de Chaguarpata—, cuando los cholos se sancochaban los ojos sobre el tejido menudo de los sombreros de paja, obra urgente para el siguiente día, cuando las mujeres salían a orinar antes de acostarse; el murmullo de un hilo de agua turbia se extendió perezosamente por la calle principal de la aldea.

12 Todo volvió a la monotonía de siempre: el mismo cielo; las mismas casas bajas y resquebrajadas, con habitación enorme de paredes renegridas de hollín, hacinamiento de hombres, cuyes, gallinas, sombreros a medio acabar y cabuya en todas sus manifestaciones; las mismas fiestas con taita curita rezador de misas de a cien sures, con banda de pueblo, chiguaguas, chamizas, barriles de guarapo fermentado con orines, carnes podridas o zumo de cabuya —tóxico para los indios que salen como posesos al camino o se quedan dormidos en las carreteras hasta el amanecer del siguiente día—; las mismas comidas pa-

J o r g e
I c a z a

sadas en humo de leña tierna, cutules o boñigas secas; los mismos cerdos que ahora se entretienen haciendo sus camas de lodo en la acequia de la calle; el sábado el puerco-hornado donde la india Paula y el domingo la feria donde se negocia uno que otro sombrero y la fibra del penco; los mismos rapaces, bebiendo ahora el agua turbia de la calle, en pose de animales —cuatro pies y alargando los hocicos—; las mismas cholitas saliendo orinar por las noches y murmurando ante el lumbrado obligado de Chaguarpata: “Jesús, la noche ca como día est’alumbrando”; los mismos ladigos ciegos, relatistas de sus biografías de hoy, los tejedores de sombreros —los ojos se les ahondaron entre las fibras de la paja de la cañadilla—; las mismas quejas de la tos que arrojan los mismos esputos verdosos sanguinolentos en la misma brisa que baja de la cordillera cubriendo todo con todos los miasmas del pueblo y con todos los olores nauseabundos.

Lentamente, en esta serie interminable, tan tania de lo mismo, se iba filtrando, junto con la presión de los días sin agua, junto con la molestia de largas jornadas para ir al río a lavar, la alta culpabilidad: púpito: luvión de indios sin huasipungos que sólo es el do el pueblo en aguacero de robos, maldiciones, lamentaciones, una brisa pútrida, color nombre a a asfixia —“parece que’l cerro sí’ ahoga a las plantas”. Se

En las
a l l e s

di'agua y erupta pólvora", afirmaban los chagras—.

Allá, en la rinconada que forman dos montes, el río en su nuevo cauce, ha encontrado una capa arenosa, extendiendo el cansancio de la corriente en un gran pantano de nata verdosa y espesa. Parte del torrente se ha dormido en su putrefacción, dejando el cadáver del agua descomponerse a la obliteración. La dádiva de aire puro con que antes la cordillera beneficiaba al poblado, pasa por esos rios, cargándose de específicos para provocar la fiebre y contener, por lo menos en parte, la hecatombe de los chagras, acariciando al poblado con turbiedad soporífera al rascar con su hedor los tejados. Sed, zancudos y aire fétido, como máquina de coser, espuntean enfermedades desconocidas.

12

Mañana, el hijo del Fidel Calupiña, amanecerá temblando, temblando en contagio de laguna cuyes, glosfrío. El curandero diagnosticó cosa de brujería.

¿Es necesario encontrar a la bruja.

¿Con la Pancha?

¿Con la Consuelo?

¿Con el Pungui?

¿Con los indios del Chilpisque?

¿Con la Manuela?

¿Con el cojo?

J o r g e

I c a z a

Hay comentarios funcionando por toda una eternidad. No se acaban por haberse incrustado en la percha de la calumnia.

Para espantar el mal del muchacho, le colgaron la cresta del gallo en el pecho, le rezaron la oración a San Bartolomé y le ventearon en viernes al tiempo de decir:

—¡ Shungo!

—¡ Shungo!

—¡ Shungo!

—San Bartolomé se levantó. Antes que'l gasho cantó. Con Jesucristo s'encontró, y le dijo: ¿A dónde vais Bartolomé? En busca de vos me voy. Vuélvete Bartolomé que yo te doy un galardón. A

15 casa o parte que fueras, no caerá piedra de rayo, ni morirá mujer de parto ni guagua de espanto.

—¡ Shungo!

—¡ Shungo!

—¡ Shungo!

Pero el rapaz volvió a temblar y, con él, también algunos chagras. Desde entonces la ilusión de los aldeanos fue no temblar ni de frío. Taita curita habló al respecto, gritándoles desde el púlpito:

—¡ No sean brutos, no sean brutos! Eso es el paludismo, los fríos que llaman.

Se supo por fin en Chaguarpata dar nombre a los temblores que degeneran en calenturas. Se

*E n l a s
c a l l e s*



supo comentar del paludismo, del mismo modo que se comentaban, lo que eran la tisis y la ceguera; castigos de Dios por falta de rogativas.



✓ La invasión de los indios al pueblo con la urgencia de sus lamentaciones, el temblor palúdico, el agua que escaseaba día a día, aventó a la ciudad un piquete de indios con pliego de

16 reclamaciones para su Excelencia.

El rostro del chagra José Manuel se había alargado desde su venida a Quito. Una mañana, a la cabeza de cincuenta indios, rezumando semigestos delatores de altas voces internas, entró en el Palacio de Gobierno.

El portero, un hombrecito encorvado, tal vez por las muchas reverencias brindadas a los altos personajes que visitan a su Excelencia, le comunicó con susurro apagado de última escala burocrática:

—No viene todavía el señor Presidente. Espérenle no más.

Se acurrucó la espera bajo los ponchos, en dos

J o r g e
I c a z a

Rovil

filas, en mimetismo de cordilleras policromadas. El José Manuel, con movimiento de lanzadera, iba cosiendo esperanzas en las caras bronceadas de los indios; de los indios escaldados por el agua caliente de la demagogia de un abogadillo que, en ocasión no lejana, organizó con ellos un levantamiento, y, el rato del rato, huyó a la ciudad a comprarse casa.

José Manuel se oía los latidos precipitados de su corazón —era una cosa torpe golpeándole en el pecho—. Sus pensamientos, limitados por la ignorancia para formular una queja basada en las leyes de los códigos, enmarañaban en la cabeza una bomba que se iba hinchando de vacío. Recurrió apresuradamente a revisar la reali-

17

dad; el retablo de caras de barro crudo, hambrientas, sucias, ignorantes, vencidas; al terminar el registro, sonrió de esperanza como si se hubiera tocado en sus alforjas argumentos gordos de fuerza vital.

—Ya mismo shega... ¡Ya mismito shega...! —repetía paseándose de un lado para otro—.

Por los amplios corredores del Palacio se pone a corretear un olor a boñiga, a leche recién ordeñada, a tierra húmeda, a ropa sucia, a ruma; mas, de improviso, como niño sorprendido en travesura, se detiene y apresuradamente se esconde bajo los ponchos; es que huye de un olor a jabón, de un

*E n l a s
c a l l e s*

olor a perfume, que aparece llenando todos los ámbitos del Palacio.

—¡Amu Presidente...! ¡Amu Presidente! —susurran los indios con la misma inquietud que comentaban en la hacienda la presencia del amo grande o del amo mayordomo. Se ponen de pie, saludan en coro:

—Ave María, Amitú.

Una vez que la recua indígena ha entrado al despacho, su Excelencia insinúa:

—Tomad asiento.

Pero ellos, desconfiando de la blandura de los sillones, se sientan en el suelo o se quedan de pie.

El chagra detenido en mitad de la estancia, empezó a deletrear la queja, aplacando la

18

nerviosidad en la falda de su sombrero.

—Aquí venimos, pes. Venimos pes doctorcito.

La voz, al sonar en mitad del silencio del penumbroso despacho, le pareció hueca, extraña. Se calló creyendo que alguien hablaba en su lugar.

Amo Presidente se atusa el bigote; clavándose como estaca interrogante frente a esa inercia, frente a esa falta de palabras. Para conmover su mutismo, frente a esa obcecación impotente por contar sus tragedias, al fin interrogó:

—¿Y qué más?

—Nada pes, doctorcito, que'l patrón de "El Pen-co" está sacándoles de los huasipungos a los po-

J o r g e
I c a z a

bres indios.

—Arí taiticú —confirmó el coro indígena—.

—¿Y quién es él?

—El patrón Luis Antonio Urrestas.

—¿Sí? —interroga su Excelencia, surgiendo en el recuerdo presidencial la figura del amigo y partidario—.

—Como nesita terreno para sembrar con esos tractores qui'a traído, élé aura ca manda sacando a los indios de las chozas... A nosotros tan..., al pueblo de Chaguarpata, élé, no nos quita el agua?... Ni siquiera da para beber... Con los indios podrá abusarse, pero con nosotros se'quivoca.

Callaba el Presidente en espera del agotamiento de las quejas. El chagra repetía la última

19 frase como si se hubiera metido en el carrousel de una turbación incurable. Uno de los indios situado más cerca de la escena, se apresuró en darle el hilo perdido recordándole nuevos reclamos:

—Por qué no decís pes lu de sucurritos.

—Sí, pes. También esto. Pero si viera usted doctorcito el pite de agua que nos da para beber, eso cuando da, si no ca; que si'a dañado la compuerta, que'stá sucia la acequia y no pasa breve, qui'a caído la mortecina; acaso faltan pretextos nunca? Y nosotros muriendo de sed tenemos qui'r a Pacien-da en minga a traer agua del río, cerca de dos leguas,

*E n l a s
c a l l e s*

cosa que toditico el día sin poder tejer los sombreros, ni poder vender la cabuyita, ni poder hacer nada para desquitar lo que'l mismo señor tiene adelantado por cuenta de sombreros. Aura tan, como ha'somado el mal que le shaman de los fríos, hasta Dios si'a'cordado de nosotros. Ele viá... : Cogía dramáticamente a los indios levantándoles el poncho y haciendo constatar una cotona prin-gosa, un pecho curtido al sol y al látigo, un cuerpo tatuado de miserias.

—Elé viá, élé viá —repetía cogiendo a los indios como si estuviera en el mercado regateando ladinamente el precio de sus sombreros—.

—A estos pobres tan, acaso ya les da socorritos, juera de dejarles sin tener onde dormir,
20 aura quiere matarles di'ambre y cuando algo dicen ca, haciéndoles colgar de la viga grande del galpón, desque les hace fuetiar con el mayordomo. Elé viá, élé viá —alzó un poncho, desgarró una cotona, puso al descubierto una espalda cruzada de cicatrices purulentas donde los piojos caminaban por centenares—.

—¡Elé viá, élé viá! Todo es lo mismo. Todo es lo mismo. Y eso que no le traigo los guaguas con fríos... Y eso que no le traigo las doñas... Y eso que no le traigo los paisanos con tos, los ciegos!... Y el agua... ¡El agua!

Con la última parrafada, levantó la compuerta

J o r g e
Í c a z a

de los malos recuerdos del hambre y de la sed. Todos encontraron algo que susurrar entre dientes, formando un ruido de follaje seco, precipitado en sedimento claro, preciso:

—¡Hacé justicia, amitu!

—¡Hacé justicia!

—¡Hacé justicia! —repetía el coro indígena, tachueleando la pulcritud presidencial con insistencia de gota de agua—.

Amo Presidente alzó la cabeza y clavó el ruido en la pared del silencio con dos lanzazos visuales.

—¡Hable uno sólo!

Minutos de pausa. Un indio dijo algo al oído del José Manuel.

—Cierito. Aura ca, también si'a dado en
21 culparles las herramientas y todo lo que se pierde.

—Bien. . . —interrumpió su Excelencia—. Con firmeza de haber encontrado solución salvadora, terminó:

—¿Y por qué no se van a trabajar a otro sitio?

Corrió un silencio de muerte entre la masa. Era el pecado latente, oscilante sobre las cabezas. Irresolución atada desde niña con fuerte traba a la estaca del huasipungo o de la deuda contraída para celebrar un priostazgo, constante en unos papeles amarillentos con los cuales les amenazaba el amo meterles en la cárcel.

*E n l a s
c a l l e s*

Bajaron la cabeza. Se les ató la lengua. A alguien se le escapó, en tono confidencial:

—Es que le'stamos debiendo, amitú.

—¡Ah! Ven ustedes. No hay más que desquitar.

—¡Hacé justicia!

—¡Hacé justicia!

Volvió el clamoreo apoyado en nuevas quejas, en nuevas reclamaciones, cien veces oídas y vistas por toda clase de autoridades y de poderes. Se afanaba el José Manuel en explicar la miseria del poblado y de los indios, contando las escenas de los guaguas palúdicos, de los tísicos, del Melchor, del huambra Soto, de los ciegos que perdieron los ojos tejiendo sombreros de paja toquilla a la luz

de los fogones, de los pleitos entre los **22** chaguarpateños por coger el agua lodosa que regala de vez en vez el amo, de la miseria y esclavitud del indio, y de tantas cosas violentas que le salía en fervor de palabras descompuestas y mal hilvanadas; al terminar, una defensa tal, desairada ante la realidad, se quedó asombrado de que en su shacta haya tanto dolor. Con la boca semiabierta en alelamiento de esperanzas, pegados los pelos a la frente, rodeado de los harapos indios, se paró en una pausa expectante, haciendo el mejor cartel atestiguador de sus aseveraciones.

Los indios prorrumpieron:

J o r g e
I c a z a

—A guaguas tan pega.
—A mujer tan sheva a casa.
—A taitas tan no da trabajo.
—Nusutros ca, mos de levantar y matando mos de quedar tranquilos.

Se había dicho algo inaudito y era necesario ponerse de pie; así lo hizo su Excelencia. La figura ueca y severa del viejo escamoteó los restos de reclamaciones, sembrando el espanto en la masa indígena, espanto y figura tan sólo hermanable con la de taita curita cuando, con gesto bíblico, alza las manos al cielo y pide a Dios castigos para los descreídos indios regateadores del pago de responsos y misas.

(23) —¡Basta! ¡Eso nunca! Un movimiento así sería salvaje. Ustedes no tienen la culpa.

Se dirigió con dedo y mirada acusadora al chagra José Manuel:

—Pero usted me responde con su vida si tal cosa sucede. ¿Me ha oído usted? ¡Me responde con su vida! Por ahora basta. Hablaré con don Luis Antonio para ver la mejor forma de arreglar este conflicto.

Ante la súbita fundición de la impasibilidad presidencial quedóse lívido el chagra, los indios temblaron despidiendo un olor nauseabundo. Conmovedor espanto que hizo exclamar a su Excelencia:

*E n l a s
c a l l e s*

—Yo les ofrezco que esto se arreglará para bien de ustedes.

—¡ Pur Dios, amitu... !

—Ya está ofrecido, yo sé cumplir lo que digo.

Apenas el Presidente se sintió libre del oleaje asfixiante de los runas, respiró profundamente, y, antes de olvidarse, cogió el teléfono.



24

J o r g e
I c a z a

Padre, madre e hijo, se desayunan sintiéndose dueños de la vida. Cada cual medita en sus cosas.

El padre tiene varios quebraderos de cabeza: la especulación, las acciones, los indios, la barriga que le va creciendo, la calvicie prematura a

25 los cuarenta años, los casimires ingleses últimamente llegados, los zapatos del maestro

Puebla, el tabaco americano, y, entre todo ese andamiaje de modernidad imitada, surgía el anacronismo del buen latifundista: los calzoncillos de reatas, el rubí grande como pepa de guaba para el dedo meñique, etc., etc.

Ahuyentando todo aquello musitó:

—¡Oh! —e inclinando su cara cuadrada en la taza de café, excitado por la tibieza del líquido, evocó los labios de su *Zambita*—.

La madre en tanto se perdía sacando interpretaciones mal dirigidas a la conducta de sus amis-

*E n l a s
c a l l e s*

tades.

El hijo era un dédalo de requiebros juguetones justificadores de su existencia.

Sonó el teléfono.

—¡Manuelaaa, el teléfono!

—¡Mandeee! —respondió una voz perezosamente.

—Mientras se mueva ese animal se cae la casa —afirmó don Luis Antonio Urrestas levantándose precipitadamente—.

El teléfono, parado sobre el escritorio, chillaba como un muchacho emperrado, tal vez por el gran peso del auricular en un solo brazo.

—Sí, el mismo...

—.....

—¡Oh! Muy buenos días señor Presidente.

26

—.....

—¡Ah! ¿Sí? Sobre ese punto es necesario hablar con detención. Usted no conoce la vagancia que se manejan los indios. ¡Oh! ¿Y qué decirle de los chagras? ¡Los chagras!

—.....

—Sí... Sí... Bien... Bien.

—.....

—¿Al almuerzo de hoy?

—.....

—Iré. Y muchas gracias.

—.....

J o r g e
I c a z a

—Sí. Se podrá arreglar fácilmente.

—

—Gracias. Saludos en la casa. Buenos días.

“Me invita al almuerzo el Presidente”, pensó.

Como si le pesara la noticia, se apoltronó en el sillón del escritorio, entrando de lleno en el recinto oscuro de las posibles disculpas. Como la introducción fue violenta, no alcanzó a ver claro, pero poco a poco fue acostumbrándose a las tinieblas y empezó a moverse como pez en el agua.

—¡Oh! ¡Ya!

Cogió un grueso legajo de documentos y se puso a leer al azar.

—“En la parroquia de Chaguarpata, a diez y siete de mayo de mil novecientos y tantos,

27 ante los infrascritos señores Teniente Político suplente, encargado del despacho, por enfermedad del principal, comparecieron por una parte el concierto Baltazar Corella y por otra su patrón el señor Rafael Humberto Urrestas, con el objeto de liquidar la cuenta del primero, lo que se efectuó a presencia de los testigos señores David Sánchez y Benjamín Jiménez y resultó:

Cargo: confesado por el concierto, incluso deuda judicial anterior, de su difunto padre

\$ 257,50

Descargo: según las siguientes partidas:

E n l a s
c a l l e s

Por las rayas de trabajo de un año	\$ 16,20	
Por la cebada de su huasipungo, cosechada por el patrón	55,85	
Por rebajas voluntarias de su patrón	10,45	
	<hr/>	
Total de descargo	\$ 82,50	82,50
	<hr/>	
Saldo en contra del concierto .		\$ 340,00
		<hr/>

Saldo en contra del concierto: TRESCIENTOS CUARENTA SUCRES, cuyo valor, con lo más que en adelante llevare, en socorros y suplidos, se obliga Corella, a devengar con su trabajo personal hasta su total cancelación, en la hacienda de "El Penco", ganando el jornal de DIEZ CENTAVOS diarios y debiendo trabajar seis días en la semana. Para seguridad del crédito el deudor se obliga con su persona y bienes en general, en toda forma de derecho, renunciando fuero, domicilio, vecindad y apelación en caso de juicio, y sujetándose además a la disposición del Código de Policía vigente. Se concluyó la presente liquidación firmando la parte que sabe, y, por la que no, uno de los testigos presenciales a su ruego, con la autoridad y Secretario que certifica.—A ruego de Baltazar Corella que asegura no sabe escribir y como testigo.—f.) David Sán-

J o r g e
I c a z a

chez.—f.) R. H. Urrestas.—f.) Benjamín Jiménez.
—Secretario: f.) Víctor A. Zurita”.

En forma revuelta de torada acometedora se precipitan, por el atajo de documentos, las disculpas, construyendo el andamiaje cerebral de su justificación: “Debían de ser indios. Uno, dos, tres, cien documentos. Caras bronceadas. Documentos hechos a machote. ¿Exigirme? Ji... ji... ji... Todo esto no vale un pepino desde la abolición del concertaje, pero los runas no saben nada de esto. Las leyes se hielan entre los picachos de la cordillera, a ellas les da asco entrar en los huasipungos mugrientos. Tendrán que pagar por sus taitas lo que el santo de mi padre les hizo firmar.

Eso no está fuera de ley. ¡Las deudas, las deudas!”

29 Se estremeció recordando a su padre. Aquel buen chagra que en época no lejana se le veía salir de Chaguarpata arreando dos mulas con carga de sombreros.

El bueno de don Rafael Urrestas tenía un mundo poseedor del secreto del buen remate de la falda de los Jipijapa. Como nadie en el pueblo pusiera esmero en aprender a trenzar el acabado que sirve de tafilete, dejaron al dueño del idiota la acaparación de sombreros desflecados las alas. Así empezaron las reventas al por mayor. Salíó a Quito en mula, avanzó a Guayaquil en diligencia, a-

*E n l a s
c a l l e s*

ribó a Panamá en barco; a la vuelta, saturado de aire marino, dejando las alpargatas en la posada de Manosalvas —alias el Colegio de los Burros—, y con zapatos de becerro comprados en las Cuatro Esquinas, llegó hecho un gamonal al pueblo. Desde entonces empezó a sofocar a su máquina idiota con remates por centenares.

—¡Nesito veinte!

—¡Nesito cuarenta para la semana del lunes!

—¡Tengo qu'ir con estos ciento a la feria!

—¡Hay qui'acerle velar al mudo!

—¡Darasle un buen plato de morocho!

—¡Compraras unas dos velas de sebo en la tienda del chagro!

30 Pero el mudo, al décimo remate, inyectados los ojos al rojo vivo, semiabierta la boca belfa donde la baba se escurre, meneaba la cabeza en negación cansada, un tanto temeroso, sin atreverse a llorar porque las lágrimas hacen cáustico cuando se ha trabajado catorce horas con la vista fija.

—Mudo bruto, acabá estos dos más.

El idiota apartaba los sombreros que la urgencia del comerciante iba amontonando a su lado, y se quedaba inmóvil en pausa babosa. Entonces... don Rafiquito, se ponía a rogarle en señas:

—¡Unito más!... ¡Unito más!

Un grito inarticulado salía de la jeta belfa, la

J o r g e
I c a z a

mucca negativa se hacía violenta; el suplicante, después de recurrir a un juego de señas inverosímiles, sin lograr respuesta satisfactoria, ciego de furia, se abalanzaba contra el testarudo idiota y le molía a palos hasta dejarle tendido hecho un pinzajo de bufidos.

Don Luis Antonio tenía una vaga memoria de aquel sér: una cosa amontonada en un rincón, con los párpados caídos, fluyendo mocos y babas, que murió ciego y esputando sangre.

También don Rafiquito Urrestas trajo del extranjero la costumbre de adelantar dinero a los paisanos, era una mina inagotable para el hambre de la chagrería. Cuando la deuda alcanzaba a más de veinte suces y toda la familia del

31 deudor no podía llegar a una cancelación pronta, no obstante haber agotado todas las habilidades de la mujer, de los hijos y hasta de los viejos que consumían el último resto de sus ojos, entonces don Rafiquito, daba más dinero, hipotecaba el terreno o la casa del deudor y al año siguiente venía el remate; agregando así, a su parcela de tierra el pegujal de los chagras.

Sus posesiones se duplicaban, se iban extendiendo con un furor incontenible; con el furor de la zarpa montada en los estribos de préstamos e hipotecas, llegó a ver por el Norte el latifundio de un noble señor que vivía en Europa, por el Sur el

*E n l a s
a l l e s*



páramo, por el Oriente la selva y por el Occidente la Cordillera. Ya de viejo, y sintiéndose cansado, dicen que, después de su último viaje a Panamá, levantó el caserío junto a un enorme penco, dio huasipungos a los indios haciéndoles firmar papeles misteriosos, y, siguiendo la leyenda bíblica, el séptimo descansó en el aguardiente. En sus borracheras hacía funcionar las ínfulas de gran tirador. Salía al campo, suyo por los cuatro costados, prendía fuego a una choza, no para dejar danzar sus espasmos en las refulgencias de las llamas, sino para ejercitar su puntería en los indios que escapaban despavoridos.

—¡Carajo! —gritaba cuando no veía rodar un runa, un guagua o una doña, y tambaleándose retornaba a la casa a ejercitarse en el blanco de las alcaparras que nacían en la cima del chaguarquero del penco como aisladores de telégrafo.

Cuando agonizaba el viejo, entre miradas aterradoras y suspiros ahogados, dio la recomendación máxima a su hijo, velador a la cabecera del lecho del muribundo.

—¿Qué tienes padre? ¿Qué quieres decirme?
—Exclamó don Luis, comprendiendo que las pupilas del moribundo corrían en pos de las palabras inencontrables—.

Como fogón que sólo guarda el rescoldo, el ros-

J o r g e
I c a z a

tro del viejo se tornaba cenizo; los vivos que espectaban la agonía creyeron que pasaba enfocando la linterna de la muerte.

—¡Taita! ¡Taita! —gritó, con el dolor que nos vuelve a la infancia, don Luis Antonio—.

Se abrieron los ojos del moribundo; la boca tal vez extasiada en la tela de araña de un testamento espiritual balbuceó algo incomprensible.

—¡Taita! —repetía el hijo, ciego por sus ojos hundidos en lágrimas—.

Se hizo el silencio. Las respiraciones se sentían como bombas que extrajeran dolor.

—¡Ya! —musitó el moribundo, pero enmudeció y entornó los párpados—.

—¡Qué quieres taita!... ¿Qué quieres?

33 La mano del viejo se aferró a la del hijo y ajustándola como para sostenerse en el último hálito de vida, le murmuró con la urgencia del que cae en un abismo sin fondo:

—No irás a desperdiciar la platica que te dejo.
¡No!... ¡No!... ¡Antes verás cómo hacer más...!
Más... ¡Más!

—¿Qué dices taita?

El viejo expiró. En las boqueadas de la agonía parecía murmurar: Más... Más... ¡Más!

*En las
calles*





El almuerzo dio principio.

—¿Qué tal el pavo?

—¡Exquisito!

—¿Un poco de dulce de manzanas?

—Gracias.

—De manera que hoy tenemos un revuelo de chagras e indios en sus dominios, verdad? —inquirió su Excelencia, mientras el paje servía el dulce.

34

—Sí... Sí. ¡Enemigos personales, nada más!

—¿Ah?

—¡Nada más! Conozco de donde viene todo aquello: entre esa gente hay agitadores, un tal Landeta. ¡Oh! Criminal nato. Gracias a que ahora tenemos una organización férrea; de lo contrario, ese era capaz de incendiar la República.

—¿Tanto?

—Dejémonos de modestias. Gozamos de una vigilancia suprema. No somos tan atrasados como parecemos, ni las autoridades actuales desconocen métodos y procedimientos extranjeros. Nos ganan

J o r g e

I c a z a

en cantidad, pero en cuanto a la calidad no doy el brazo a torcer. Créame sinceramente, por lo menos esa es mi humilde opinión, usted puede darles lecciones a muchos estadistas europeos. Yo he visto... Yo... ¡Yo!: faltas de sagacidad democrática, faltas de tino político, faltas..., faltas..., hasta faltas de ortografía.

Todo el pavo en huesos de los platos, revivió arquitecturando voz y pose marcial para su Exce-lencia.

—En verdad —afirmó el aludido tirándose para atrás, en tanto un hilo de jarabe se le escurría trai-doramente por la barbilla—.

Hubo una corta pausa, lo suficiente para ani-mar a la astucia de nuestro don Lu-
35 chito.

—Usted sabe que soy un buen amigo suyo.

Si damos oídos a esta gente nos veremos per-didos.

—Sí... Sí... —tuvo que responder el Presiden-te, comprendiendo que todos los hombres cortados en el molde de don Luis Antonio argumentarían la misma defensa en casos análogos—.

Al experto latifundista moderno, con pujos de industrial yankee, le atacó el problema mil veces planteado y nunca resuelto: ¿Dónde poner la co-lilla del cigarrillo cuando no se divisa cenicero por ningún lado, sin faltar a las reglas de la buena e-

*E n l a s
c a l l e s*

ducación? ¿Aplastarle en la pata de la mesa y dejarle que se escurra al suelo? ¡No! Pueden ver los criados la colilla o tal vez el mismo señor Presidente.

—Pues, sí, mi querido don Luis, y qué dice usted de sus peones, se quejan amargamente.

—¡Los runas vagos! —afirmó el aludido, quemándose los dedos con la colilla—.

“Arrarray... Si pudiera meterle en ese florero”.

—Hablan de mal trato, de un sinnúmero de cosas que ya ni recuerdo. Además, amenazan con organizar un levantamiento.

—¿Un levantamiento? —exclamó don Luis, decapitando la colilla en un poco de café tinto regado en el plato—.

36 Al notarse libre del estorbo, se abismó en una pequeña pausa, y, a renglón seguido, sacó sus habilidades de hombre de negocios:

—Sí..., como le decía, todo esto emana de mis enemigos personales: de los Landeta, de los Játiva, de los Taco; son los mismos que en sus elecciones le hicieron una campaña adversa. Yo, naturalmente, les hice dar palo. Son de espíritu corrompido, groseros, salvajes...

Hablaba con petulancia de hombre convencido.

—Así me parece. Me refiero al que vino con los indios.

—Debe haber sido el Landeta.

J o r g e
I c a z a

—No le conozco. Era uno de ojos de borracho, barba rala, vestido de casinete remendado, sin peinarse, con zapatos amarillos tirando a blancos, hablaba precipitadamente...

—¡Ya! Es el José Manuel Játiva —exclamó don Luis—.

—Sin duda.

—De los mismos... ¡Un bandido! Tan incendiario como el Landeta.

—Será necesario darle su merecido —Haciendo una pausa, continuó su Excelencia—:

—Pero aquí hay una cosa de suma trascendencia: el problema indígena. Fíjese: siendo cola imposible de arrastrarla a la civilización, es al mismo tiempo base indispensable de nues-

37 tra economía.

La cimbra subastada en bazares de erudición barata hizo surgir la figura del hombre público ratificador de viejos conceptos, herencia de un coloniaje esclavista:

—¡La educación sólo puede salvar a esa raza!

Brotó en ellos, de improviso, la madriguera de los fracasos pasados, agusanándoles los huecos de los oídos con larvas de objeciones: "¿Acaso una masa hambrienta podrá dedicarse a la instrucción, antes de estar harta? ¿Acaso los indios podrán dedicarse a la lectura, a la escritura, a las filigranas del espíritu, cuando el hambre teje filigranas en

*E n l a s
c a l l e s*

los estómagos, cuando los piojos anidan en las axilas por centenares y la suciedad adoba los cuerpos? Ji... Ji... Ji... Cerca de 400 años que se le ofrece al runa la cacareada escuela salvadora, y cerca de 400 años que el indio no va a esa escuela porque no se le da de comer... Ji... Ji... Ji..."

Se atrevió a pensar el viejo: "Levantemos el nivel económico de esa gente". Pero en el umbral del atrevimiento se arrepintió, quedándose perplejo ante la serie de brazos latifundistas que le amenazaban con la caída; además, aquel razonamiento tenía un olor nauseabundo de materialismo, parecía esquina de mear borrachos, eso no estaba bien para un alto funcionario.

38 Y así el razonamiento fue escamoteado por manos acicaladas, se extravió en el montón de barajas sólo de reyes mofletudos, cayó en el barranco del subconsciente, fue perdido antes de encontrado.

Don Luis, afirmó:

—Eso... Eso es lo que yo pretendo. Con las máquinas les podré meter la civilización por los ojos, si es posible a patadas.

La excitación del café devino en excitación literaria, don Luis Antonio se creyó en el momento preciso de ser jovial, de hablar con la buena fe del discursador de sociedades patrióticas:

*J o r g e
I c a z a*

—¡Ah! Mis proyectos van muy lejos. ¡Debemos saltar de la agricultura a las fábricas, a las acciones de Banco, a los dividendos...! Todo eso quiere decir progreso, civilización... amor patrio.

Con voz chillona, continuó:

—Sí, así crearemos nuestra Patria grande. ¡Oh! ¡Nuestra Patria! ¡Nuestra! Lo único sagrado que debe tener un hombre honrado. ¡Nuestra!

Notó perfectamente el desentono de estas afirmaciones con sus lentes redondos de cerco de concha, con su terno café de casimir inglés, con su cara rasurada y con su tabaco americano; eso estaba bien en boca de un vejete de jaqué, con quevedos, barbita en punta y paraguas bajo el brazo

39 para hacer el completo de la f de su figura encorvada; pero él...? ¿Tal vez había metido la pata? Se puso rojo como un chiquillo. Mas no, esto es lo que se llama el neopatriotismo con sus respectivas utilidades, haciendo pareja con el anacronismo del enorme rubí, herencia de taita Rafico, con los calzoncillos de reatas, con los zapatos del maestro Puebla, con la forma de arriscar las alas del Battersby como sombrero de teja.

Al despedirse, después de haber hablado dos largas horas sobre el mismo tema, sin haber dicho nada interesante, afirmaron:

—Entonces, quedamos en eso...

*E n l a s
c o n a l l e s*



—Sí, en eso.

“Eso” no era nada.

Abajo bramó un automóvil.

—Vamos de prisa —ordenó Urrestas al chófer, desde uno de los rincones del coche—.

Cuando entraron en la calle a donde iban, Urrestas recorrió con la mirada el aspecto de su flamante oficina. Sobre la pared se divisaba una placa de metal: “Luis Antonio Urrestas.—Exportador de artículos nacionales”.

Fue el cartel que le dio la mano para que se apease del coche.

En el interior, una veintena de celebridades, le esperaban ansiosas para inaugurar la oficina, depositando en la solapa del industrial la

40 felicitación que colgaba de todos los dientes.

—Señor General...

—Señor doctor...

—Gracias...

—Venga usted, siéntese por acá.

—Usted, a mi lado...

—El señor Comandante...

—El Honorable.

Apenas sonó el taponazo del champaña, se derramaron en explosión de frases hechas, las burbujas ladinas de las alabanzas.

—Gracias, señor doctor.

J o r g e
I c a z a

—Gracias, señor Ministro.

—No estén con etiquetas.

Vidal Hermosa fue el primero en toser para iniciar un brindis. Perfiló el busto, una masa de carne grasienta y tostada, clavó los ojos en Urrestas, se dejó polvear por la palidez de los momentos solemnes y soltó el discurso sin beta que fue embistiendo todas las modestias.

—¡Gran hombre!...

Urrestas bajó los párpados. El orador se sintió dueño de la situación. Habló de los progresos efectuados por tan gran hombre. Afirmó que cada nuevo triunfo debe ser un estímulo para nuevas empresas. Al final, levantando la copa, a la cual

la cogió como pilche de chicha, se emocionó en tal forma que puso punto final de grito histérico.

Urrestas, manteniendo la expresión de humildad, contestó levantando de cuando en cuando su mano morena donde brillaba el anacronismo del rubí. Como siempre, se mostró mártir del amor patrio —estaba entre grandes personajes de la política y era indispensable subrayar aquello del sacrificio—.

—Me felicito de haber llegado a tan alto sitio de adelanto agrícola, sin jamás haberme ensuciado las manos. Mi gloria, sépanlo señores, como también lo debe anotar la Historia, radica en haber si-

*E n l a s
c a l l e s*

do siempre un hombre honrado, en haber siempre manifestado toda mi caridad para la gente del pueblo, en no haber explotado jamás al indio, en haber socorrido al chagra y al cholo y, ¿por qué no decirlo?, en ser un desinteresado amante de mi querida Patria.



42

J o r g e
I c a z a

do a medio hacer una ashanga de plátanos, corría por el pretil de la iglesia dando voces.

—¡Ya shegaron...! ¡Ya shegaron!

Repiqueteo ronco que, hurgando la tranquilidad pueblerina, sacaba a los chaguarpateños y a los indios de sus madrigueras, con la curiosidad recelosa con la cual las arañas salen de sus agujeros.

El tendero dejó su tienda.

Los indios adormilados de hambre, salían de los corredores alquilados con la súplica de la posada.

Las cholos de ojos cocidos en humo de leña tierna y de boñiga, sin alcanzar a distinguir, se frotaban los párpados en el revés de los centros, para luego emprender la carrera.

Hasta los rapaces dejaban de jugar para tomar parte en la curiosidad de los mayores.

—José Manuel, ¿qué traís de bueno?

—Hablá, pes —vociferaban en todas las esquinas—.

—¡Breve!

—¡Basta!... ¡Hable uno solo! —ordenó el José Manuel desde lo alto de su mula, imitando el gesto de su Excelencia—. Cuando todos se hubieron callado, resonó su voz aguardentosa cayendo escalofriante en el lago de cabezas:

—Todo está arreglado. Aura nu'ay que ser pen-dejos. Tenemos que dejar todo como está, para que cuando vengan a ver se convenzan de que no es

J o r g e
I c a z a



mentira. Carajo, cuidado me vayan a dejar con la carota del perro. L'ofrecido es diuda. A lo más vendrán a la inspección la semana del lunes.

Hubo vivas, tiradas de sombreros al aire; fue la gran oportunidad para que los enamorados manoseen el culo y las tetas de las novias.

Iban cayendo los días con la pereza y el bamboleo de hojas de calendario desprendidas por manos hambrientas y miserables, días ingravidos por lo largos.

Se consumía la esperanza junto a las velas de sebo, junto a la lumbre del fogón, junto al aburrimiento de los taitas y al hambre chivista de los guaguas tiernos. Acompañados por el monótono

tronar de las necesidades, amaron la
45 sed, saciada a medias en el hilo de agua turbia; los indios amaron las camas al aire libre, bajo el tormento de la lluvia y de los zancudos.

Manchas babosas sanguinolentas se extendían por todos los rincones de la aldea. Huambros e indios dejaron pelados los árboles de fruta tierna. Cuando lleguen los redentores se les meterá en las narices las plastas de la disentería que han florecido en todas las veredas de las calles del pueblo. Es exagerado el temblor palúdico con alegría de borracho que rasca una polka en la vihuela.

—¿Cuándo shegarán? —interrogaban las madres.

*E n l a s
c a l l e s*

—¿Cuándo, pes, amitú? —inquirían los indios, vagando con sus familias de lugar en lugar—.

—¿Cuándo? Más lo que rñcieron gastar una li-
meta de trago —gritaba el tendero—.

—¿Cuándo? —salmodiaban las cholas—.

—¿Cuándo? —es la explosión rodante en el pue-
blo: en diálogos, en ausencias, en humillaciones—.

De Quito había llegado la orden para los Admi-
nistradores de "El Penco" de hacer remesas por
mayores cantidades; mas la fuga de los indios al
pueblo jaqueaba la urgencia de los mayordomos.

En Chaguarpata, la angustia del José Manuel,
ante el revuelo de lamentaciones, le obligó a ir de
puerta en puerta, poniendo en cada hogar dosis
de esperanzas, engaño de sonajera pa-

46 ra la sed.

Las palabras de su Excelencia: "Usted me
responde de un levantamiento con la vida", le
escalofriaban hasta los tuétanos, agujoneándole a
decir absurdos sobre la realidad palpitante y dolo-
rosa.

—No si'an maricones. Aguanten unos diítas más
para que cojan guañucta.

Incrédula la chagrería colgaba la jeta. El apaci-
guador rascábase la cabellera en chamiza, sin po-
der argumentar a las respuestas impostergables de
todos los paisanos. Hasta el Cuso se mostraba ai-
roso y amenazante. Es que sentía hambre. En la

J o r g e

I c a z a

Kele la Torre

hacienda, desde que trajeron los tractores, impedían el chugchi y, naturalmente, ya no le dejaban al Cuso ir a la zaga de las cosechas, escarbando como gallina entre las papas podridas en busca y recolecta de cusos para asarlos a la brasa del fogón.

También el Pungui se lamentaba:

—¿Acaso es por l'agua? Como quiera tan se bebe el lodo de l'acequia; y como no tengo terreno para regar, qué m'importa, carajo! Si no que el guagua, jue a recoger hoja de eucal y majada para quemar, y el mayordomo trincándole ca lí'a quitado toditico y lí'a shevado al trabajo del desmonte. Pobre guagua hecho una lástima regresó de noche.

47 —Nu'es de que vayan.

—Elé, siempre nos ido.

—Bueno, bueno, dejá no más; yo'de hablar.

Al ver al Cusumbo que vagaba por la plaza, se atrevió a preguntarle:

—¿Que's pes, no vais ya con los borregos?

—¿Para que me roben otros dos? Diciendo qui'an entrado al daño, cogieron manada.

Elé, dos borregos nu'icieron de robarse? Aura ca, toditico estoy despostando.

Con las mujeres que le chillaban por la distancia del río para ir a lavar la cabuya, el José Manuel optó por mentirles, ofreciéndoles un nuevo

*E n l a s
c a l l e s*



cauce cercano. Todo con tal de librarse del fantasma de aquellas palabras: "Me responde con su vida".

Va llegando el invierno preludiado de un zumbido alegre sobre los potreros majadeados. Se olfatea la cosecha de katzos blancos para tostarlos con manteca.

—¡Tiempo de katzos!

—¡Tiempo de katzos!

Repiten los huambras cogiendo al atardecer chushumbishos, en la calle.

—Apenas amanezca garuando ha di'aber qui'rse al potrero —salmodian las familias saboreándose la nueva comilona de coleópteros y preparando las ollas de barro.

48 Entre la luz difusa y la garúa de un amanecer, los muchachos se hacen bromas tiritantes. Más de treinta, acurrucados bajo los penecos, en espera del aviso del primer katzo taita, despertador de la manada, forman un retablo de alerta.

—Elé... Elé... Ya'stá shamando el taita —grita alguien al oír un rumor extraño que se levanta en círculos concéntricos como si hubiera caído la piedra del sonido en aquel lago del amanecer. La muchedumbre infantil se pone de pie. El rocío, prendido en las hierbas, muerde los pies desnudos de los rapaces; pero es alegre ir a tientas tras un

J o r g e
I c a z a

puntito blanco que susurra burlón, puntito al que se lo atrapa y se lo mete apresuradamente en la olla. Más alegre aún es encontrar una boñiga forrada de animalucos, taparla con el sombrero o con el pañolón y dividirse la torta con el amigo más próximo.

La aurora empieza a espantar a los coleópteros, la muchachada hace el balance de la cacería, preparándose al retorno. De improviso, saltando la cerca de pencos, caen en la bullangería de los huambros los administradores y los mayordomos, amenazando con los aciales enarbolados por haber profanado el recinto de la hacienda.

—Pero sólo cogiendo un pite de katzos estábamos.

—¿Acaso ha impedido el patrón nunca?

49 —Deje vía...

—Mi taita mi'a de pegar.

—¡Qué carajo! Que vengan a trabajar medio día de desmonte, así por lo menos desquitarán un algo —ordenó uno de los administradores—.

Fueron acorralados en el monte, dándoles machetes y hachas para dar principio a la minga infantil.

A media hora de trabajo ya todo era sudoroso, hundido en lodo; lucha desigual de herramientas y brazos. Lloros y mocos.

Alarmó a los chagras la noticia. El Landeta furioso, por estar entre la huambreada del desmonte uno de los hijos del Taco mayor, en cuya casa él

*E n l a s
c a l l e s*

era huésped con carácter de perpetuidad, gritaba:

—Hay qu'incendiarles las sementeras de'stos desgraciados. Que devuelvan a nuestros guaguas, carajo.

Pero el José Manuel andaba como loco convenciendo a todo el mundo de la estupidez cometida por los rapaces.

—Eshos... Eshos tienen la culpa... ¡Hay que cueriarles!

—¡Eshos... Eshos!

—Nu'agan nada... Ya voy a rogar al señor administrador.

Se aplacó la furia cuando a las dos de la tarde empezaron a llegar los muchachos acobardados, con botas de lodo hasta las rodillas, que-

50 riendo calmar la indignación de sus madres y sus taitas con una sonrisa.

Con furia malsana el José Manuel se rasca los piojos. Ahora nota, al cabo de diez años, que el jergón, la Consuelo pegada a la espalda y el Francisco a los pies, apestan hasta la desesperación; ahora nota que los piojos pican con furia de fuego.

J o r g e
I c a z a

—¡Arrarray, carajo!

Se rasca. Se le ponen las yemas de los dedos babosas. Piojos carajos se rascará hasta dar con el hueso. El desangre de furia inusitada, le venía porque en los gallos tuvieron un disgusto con el Landeta; sólo por haberle ganado unos dos reales apostando al gallo negro del cura. El Landeta le gritó: ¡maricón!

—¡Maricón! —repitió en voz alta escalofriando las tinieblas de la vivienda—. Se podía dar a los puñetes con cualquiera. De pronto creyó oír en las tinieblas: “usted me responde con su vida”. Calló.

La rapacería del gamonal había llegado hasta los comuneros de Pinancocha, pequeño
51 anejo, flor de páramo, entre totoras, frailejones y lodo. En la ladera del monte cercano, desde siempre, vivieron un centenar de familias indígenas.

Sin duda después de la Conquista tomaron el seguro de vida clavando sus chozas en mitad del pantano que se extiende a las faldas de una de las montañas cercanas. No importaba que el barro gredoso les vaya carcomiendo día y noche la vida, empezando por ponerles llagas e hinchazones en los pies y los tobillos; no importaba tampoco que el sol asfixie evaporando el agua estancada; se revolcaban con gusto en el barro que les daba la

*E n l a s
c a l l e s*

libertad. La memoria se perdía buscando los orígenes: "son renacuajos, han salido del lodo", decía la gente en tono de desprecio.

No obstante lo hinópito del lugar, don Luis necesitaba "más", e hizo trepar al páramo. Los comuneros, olfateando la proximidad rapaz, se lanzaron montaña abajo rodando en los gritos de furia. Entraron al pueblo por atrás de la iglesia con alarido unánime:

—¡Ñucanchic allpa!

Venían con las mujeres, con los guaguas. Llenaron la plaza. Vestían cotonas desgarradas, ponchos cortos y oshotas lanudas.

Los gritos enardecieron a los runas sin huasipungos que vagaban por el pueblo,

52 transformando su mendicidad en rebelión:

—¡Ñuchanchic huasipungo!

Despertaron los chagras con alegría inusitada. La gritería india hurgó la modorra de las viviendas pueblerinas.

El Landeta no cabía de satisfacción, y gritaba:

—¡Ñucanchic yacu!— Dirigiéndose a los rebeldes les ordenó:

—Griten: ¡Ñucanchic yacu! ¡El agua, el agua!

—¡Ñucanchic allpa! —reafirmaban los runas—.

—Qué carajo, la tierra hace mucho que nos robaron estos maricones.

Pero mientras más gritaba y se movía entre la

J o r g e
I c a z a

mama de revoltosos, sentía que éstos le clavaban la mirada en exigencias de algo más útil y próximo que los gritos y aspavientos. Tuvo que aferrarse a su táctica desorientada de alaridos explosivos. ¿Qué podía darles su ignorancia, su odio que se había hecho carne desde la infancia? Crispó la mano sobre la cabellera despeinada, se arremangó, y recordando su recurso incendiario, dio la voz de guerra:

— ¡A las sementeras, carajo! ¡Al caserío, mierda!

La multitud de indios y chagras se desangró por el camino en tumbos barrocos de carne india y mestiza.

El José Manuel, gritaba en medio de la calle como un poseso, tratando de impedir el paso de la corriente tumultuosa que iba en avalancha desbastadora.

— ¡No!... ¡No vayan!... ¡Háganlo por taita Diotol!

Desesperado ante el trueno de la multitud y comprendiendo que sus gritos y sus súplicas no eran sino juguete de un torbellino incontenible, se tiró al suelo de rodillas y empezó a vociferar con los brazos en alto.

— ¡Por Dios! ¡No!... ¡Nooo!

Cayó ciega la muchedumbre, en atropello desplazado, pisoteando con blasfemias, con ayes, con

*E n l a s
c a l l e s*

rechiflas y con carajos todas las lamentaciones llo-
riqueantes del chagra tímido. Pies partidos en el
barro, manos crispadas, olor a suciedad de las co-
tonas, machetes broncos, revuelo de centros y a-
nacos, lloros de guaguas tiernos que cabalgan en
las espaldas de las madres, gritos, todo pasaba bur-
lándose de aquel guiñapo de lamentaciones, todo
pasaba ciego, indiferente y sádico, dejando al
José Manuel arrinconado en su impotencia y en
su furia de lágrimas.

El aullido de la muchedumbre sacó disparado a
un jinete por el largo cañón del carretero.

Cuatro cascos de mula van dibujando los rastros
de la fuga, van quebrando el espejo de los char-
cos donde se mira un cielo encapotado,

54 se unen temerosos para resbalar las pen-
dientes, van marcando el compás de un trote,
de una carrera, de una fatiga, van cantando al
chocar con el empedrado y se queman en el sol que
se derrite en la brea del pavimento.

Una mano callosa toca en la puerta de la casa
de don Luchito.

—¿Quién es? —interroga la Manuela desde la co-
cina, dejando de lavar los platos—.

Al abrirse la puerta pasa un aroma a peras po-
dridas: es el vientecillo que identifica la presencia
del mayordomo.

—¿Aquí está patrón Lucho?

J o r g e
I c a z a

—Sí, aquí está.

El mayordomo conquistó la casa con las noticias:

—Los runas facinerosos están matando en la hacienda. Están quemando toditico —repetía a todas las preguntas—.

Don Luis se prendió al teléfono.

—¡Hola, Ministro!

—.....

—Con Luis Antonio Urrestas.

—.....

—Bien gracias... Tengo una noticia que le sacará de ese marasmo.

—.....

—Se han levantado los indios de mi hacienda "El Penco".

55

—.....

—No. La cosa es fuerte. El mayordomo dice que están armados y que andan cometiendo un centenar de crímenes por los alrededores. Es necesario frenar inmediatamente esa ola salvaje. La cosa es de suma urgencia. Hace algunos días hablé al respecto con el Presidente.

—.....

—Sí. Urgente.

—.....

—Sí.

—.....



*E n l a s
c a l l e s*

—No.

—

—Oiga Ministro. Sería conveniente mandar inmediatamente unos cien hombres bien armados.

—

—Pero que sea hoy mismo. Si esperamos a mañana, ya sería tarde. Es necesario barrer con ellos, a mi cuenta. A Dios gracias, con los tractores ya no me hacen mucha falta.

—

—Sí, a unos cuantos, así nacerá el escarmiento para los que quedan. No desperdicie usted la ocasión de hacer un buen servicio a la culturización de esos infelices.

—

56 —Sí, el mayordomo les indicará el camino.

—

—Good by, Ministro.



Al siguiente día, Don Luis, se sentaba a fumar en un mullido diván del Club, buscando en el chismorreo la tranquilidad perdida desde la víspera por

J o r g e
I c a z a

las noticias alarmantes del levantamiento.

Alguien le invitó a pasar al salón de juego; con aire beatífico, exclamó, en tono suficiente para ser oído de todos:

—¡No juego jamás!

Durante toda la noche, se había mostrado jovial y generoso con sus amigos; al amanecer, cuando el alcohol empezó a burbujear en la libido, propuso a los íntimos:

—¡Vamos a terminar donde mi Zambita!

Para la Zambita, una mujer opulenta, iba por los treinta años, había llevado una vida entretenida de viejos ricos, a los cuales les fue sacando taimadamente: la casita donde vivía, el abrigo de pieles

—último grito—, la hija, un gusto exigente para beber licores finos y una reverencia caritativa para la madre, vieja de centro que pasaba sus últimos días confesando y comulgando a costilla de “Culo de negra”, como la llamaban a la Zambita entre sus conocidos.

Don Luis Antonio, se hacía promesas de no volver a estar con una mujer de tal condición; la promesa era el suplicio del honrado padre de familia; reconocía los inconvenientes de sentirse débil ante la tentación: pensaba en su hijo, pensaba en su mujer, pensaba en su reputación. “No volveré más”, repetía y en ocasiones era tan heroica su resolución que para apaciguar las tentaciones iba a

*E n l a s
c a l l e s*

P 58
descargar su apetito sexual en los burdeles. Mas, cuando borracho se acordaba de los senos turgentes de su Zambita, no había santo que le detenga; era entonces cuando más veloz se le veía ir por la calle, temeroso de que la prohibición sea mala consejera y le haga desistir de los encantos epilépticos de "Culo de negra".

Aquella noche todo pasó como estaba previsto: los amigos bebieron Whisky hasta troncharse sobre los divanes, sin música, para no poner sobre aviso al vecindario, mientras el bueno de don Lucho se derritía de lujuria en los brazos de su Zambita.

Al despertarse, se sintió arrepentido y destrozado como pelele de trapo. El reloj de pulsera no acostumbrado a dormir en la muñeca de su amo, se había parado, delatando tal vez una hora secreta.

—Se ha parado.—Anunció a la hembra en momentos en que ésta entraba con una tortilla de huevos con aguacates, especialidad de la casa para los chuchaquis y que constituía uno de los tentáculos flageladores de la resolución del honrado padre de familia.

Gastó poco tiempo en vestirse y, dejando dormidos a sus íntimos, salió de la casa prohibida, murmurando:

—¡No vuelvo más, carajo!

J o r g e
I c a z a

El ciudadano metódico que había en él, compró el periódico y mientras el voceador contaba la vuelta, leyó:

“Producese levantamiento de indios en la hacienda “El Penco”.—La peonada y jornaleros de la hacienda de propiedad del señor don Luis Antonio Urrestas se han levantado en sublevación alegando no haber sido oídos sus reclamos y han cometido una serie de desafueros. Desde días anteriores, dicen, venían preparando los indios el levantamiento, dirigidos secretamente por ciertos agitadores del pueblo cercano. Al amanecer del día de antier, antes de las faenas diarias, los indios, luego de reunirse en casa de uno de los cabecillas, han subido a la toma del agua donde el

59 dueño tenía gentes a su servicio, y armados de garrotes, herramientas, armas cortantes y ¡armas de fuego!, llenando el ambiente con ensordecedores voceríos, han victimado a los servidores del patrón entre gritos y maldiciones que por la cultura a nuestra sociedad nos inhibimos de publicar, destrozando salvajemente los grandes progresos de ingeniería hidráulica instalados por el propietario. El suceso inesperado ha sido puesto inmediatamente en conocimiento de las autoridades por un fiel empleado que logró fugar de manos de los criminales indios. Ayer se aseguraba que el levantamiento ha sido sofocado y que

*E n l a s
c a l l e s*

la policía se halla en la ardua tarea de dar caza a los rebeldes que sintiéndose impotentes han huído a la montaña. Lamentamos sinceramente el tiempo tan desagradable que ha venido a turbar la tranquilidad del señor don Luis Antonio Urrestas, cumplido caballero y nuestro más alto representante de las finanzas del país”.

Ya sabía yo que esto se arreglaría —murmuró a media voz don Luis—.

Al llegar a su casa, pensó: “La nohecita me ha costado más de cuatrocientos sucres. Relativamente barato. Lástima que no le hayan dado caza al chagra incendiario del Landeta”.

60

X



Entre bromas, a buen paso y a favor de la oscuridad de la noche, cien jinetes de policía, corrobajaron las alturas al amanecer. El sol se levanta allí, es una lástima, en estas elevaciones, el sol hace frío. Un pájaro se desgañita con silbo monótono desde los chaparros cercanos. El Oficial iba a retaguardia, abriéndose paso entre los árboles, clavó los ojos en el terreno:

J o r g e
I c a z a

—¡Sigamos! —ordenó—.

Empezaron el descenso. Los caballos se hundían en el lodo y la marcha se hacía cada vez más pesada. Una voz extraña para los soldados gritó:

—No por ese lado, como han de creer pes. Los roscas nos vieran en seguidita y se ganaran la peña de los Guagras. Entonces sí ca juera. Por acá es plano y no tienen ni onde defenderse, a lo más una quebradita, pero yo sé un puesto por onde podemos pasar con las bestias. Así ca les caímos d'improviso y les hacemos chicha —afirmaba el mayordomo al tiempo de trazar un mapa de operaciones en el ancho valle que se extendía a los pies—.

—Ele ve pes, ashá están los roscas.

61 —¿En dónde?

Los soldados ajustando las riendas se empinaron sobre los estribos para ver mejor.

—¿Que's pes, no les ven? Esos puntitos que parece majada regada no más es.

—¡Son muchos!

—¡Fuuu! Los roscas como tierra salen. Elé viá, élé viá... Ya corren para el bosque... Aura si se jodieron. En el bosque es la quebradita que les digo.

—Hay que atrincherarse porque me dijeron que tenían armas de fuego y son numerosos —afirmó el Oficial—.



—Adefesio... Sólo con piedras. De onde para escopetas. A lo más uno que otro machete; pero eso sí, son curtidos, se les está dando palo y se quedan no más en el puesto, hasta que'ay que matarles pes. Y así en manada, carajo, púchica, son terribles. Da miedo verles las caras.

Cuando ya se encontraron frente a la quebradita era cerca de medio día, el sol picaba fuerte y los mosquitos zumbaban encabritando a los caballos.

—¡Carajo viá! —gritó el mayordomo apuntando a unos matorrales que se movían—.

—¡Fuego!

Tamborillea la fusilería clavando algunas vidas que quedaron enredadas entre el ramaje

62 de los chaparros.

—No, para que hemos de star gastando pólvora en gashinazos. Vamos por este lado y verán como les cagamos no más, —insinuó el mayordomo—.

La tierra pisoteada por las herraduras, exhaló un clamor de violación levantando nubes de polvo que envolvieron al torrente de jinetes.

La furia de los indios se amasó en gritos:

—¡Ñucanchic allpa!

—¡Ñucanchic huasipungo!

—¡Una gran puta, griten: Ñucanchic yacu! A nosotros la tierra hace no se cuanto tiempo que

J o r g e ;
I c a z a

nos robaron; griten: ¡Ñucanchic yacu!

—¡Ñucanchic allpa!

—¡Ñucanchic huasipungo!

—¡Ñucanchic yacu!

Era una masa heterogénea que vibraba de furia, crispando la rebelión con alaridos, puños en alto, uno que otro machete y algunas escopetas.

Los sables y los cascos de los caballos se clavaron en la negra gritería abriendo boquerones de dolor por donde se desangró la muerte. La impotencia trajo la furia que se aferraba a las bridas, enredando ponchos ensangrentados entre las patas y dejando que los sables caigan y al levantarse se lleven en las puntas aceradas girones de cotonas pringosas y girones de carne india.

63

—¡Ñucanchic allpa!

—¡Ñucanchic huasipungo!

—¡Ñucanchic yacu!

Alarido porfiado de jetas hinchadas de dolor, de manos callosas de esclavos, de hombres bronceados que se dejan matar. Se retiraba la rebelión con su grito más furioso, encarándose en el despecho de las lágrimas.

—¡Ñucanchic allpa!

—¡Ñucanchic huasipungo!

—¡Ñucanchic yacu, carajooo!

Doblándose y estirándose las patas de los ca-



ballos como resortes de acero, daban caza a la in-
diada, acorralándola en el campo negro de pavesas
de la sementera incendiada por los rebeldes, en
donde la carnicería culminó, donde quedaron vein-
te cadáveres sirviendo de abono para las tierras
del amo; así por lo menos, se le pagaba a don Lu-
chito la pérdida de la cosecha; con tan buen abo-
no las sementeras del año próximo se mecerán en
oleadas de abundancia.

Corrían por las calles del pueblo buscando el re-
fugio más próximo los chagras.

—¡Elé! ¡Esos cro que son los cabecishas! —grita-
ba el mayordomo—.

Los jinetes se lanzaron en persecución de los
chaguarpateños que en esos instantes de
64 ofuscación y pavor desaparecían entre las
casas.

Después de consultar al mayordomo, el oficial
interrogó a la Consuelo que se había parado en la
puerta de su casa, pregonando inocencia con cara
de pan de a tres.

—¿Dónde está su marido, señora?

—Acaso l'e visto, señor.

—¿Cómo es eso? Nosotros le hemos visto entrar
aquí.

—Nu'a entrado nadies, señor —afirmó el Fran-
cisco, hijo del José Manuel Játiva—.

—¡Yo le he visto! —vociferó el Oficial dando

J o r g e
I c a z a

un empujón a la mujer—.

—Que's pes, acaso será no más de'ntrar como en casa botada —gritó la chola encarándose con la ofensa del hombre—.

Ciego de furia, el militar, se desembarazó del estorbo a punte patadas, la mujer cayó retorciéndose de dolor entre los golpes secos de las botas del hombre, el hijo se abalanzó en defensa, pero los culatazos de los soldados le sembraron en el sitio.

Cuando pudieron entrar al registro de la casa, el chagra había fugado por la trasera, adentrándose por los chaquiñanes de la montaña, sin dejar huellas.

65



*E n l a s
c a l l e s*

4 XXXXXXXXXX EL EXODO

—Con esto doy una satisfacción plena a la sociedad —anunció don Luis, antes de levantarse de la cama, preparándose para leer los periódicos.

—¿Han publicado tu artículo? —interrogó doña Laura, revolviendo la ropa de uno de los cajones del armario.

66 —Bueno, si quieres te sientas y escuchas.

—Estoy buscando un par de calcetines. Sigue, te oigo.

—“La verdad de los hechos ante la Historia”.

—¿Le dejaste con ese título?

—Sí... “Los sucesos de Chaguarpata. Se falscan los hechos no tanto por la falta de informaciones, cuanto por la falta de amor y culto a la verdad y a la justicia, cuando el criterio se corrompe de parcialidad y se extravía por las ideas y tendencias de avanzada, que dejan en las conciencias el prejuicio y el odio a los capitalistas y a los que poseemos tierras, honrada y limpiamente adquiridas me-

J o r g e

I c a z a

díante el trabajo asiduo y tenaz de toda una vida; criterio que no permite considerar los hechos y los acontecimientos con la serenidad y ponderación que reclama la verdad, que debería informar las noticias y comentarios, especialmente cuando, por medio de la prensa, se trata de ilustrar a individuos y colectividades, respecto de la fisonomía que ante la moral y el orden social tienen los sucesos que se desarrollan, especialmente cuando éstos son desgraciados y sangrientos, en los que han intervenido centenares de personas de civilización atrasada, obedeciendo motivos, más remotos que próximos, que son las verdaderas causas de muchos crímenes contra la paz social, las personas decentes y las propiedades; grandes retrocesos y terribles caídas del indio en el campo de su adelantamiento y cultura”.

Don Luis levantó el tono de voz al ver la despreocupación de su esposa. “Es una bestia, no me entiende ni jota”, pensó. Y luego de componer el pecho con fingida tos, siguió leyendo:—“Infracciones y delitos de toda clase, que sumados asustan por su número y calidad, y de los que, hasta hoy, no responden los delincuentes de las ideas de avanzada, asesinos de las conciencias que sirviéndose de la ignorancia del indio y del apartamiento físico y espiritual en que vive, tuerce su criterio y siembra en su corazón el odio, por la necesidad

*E n l a s
c a l l e s*

y la consigna de odiarnos a los que no son su clase, considerándonos como enemigos, máxime si poseemos tierras o capitales”.

—Es una infamia —murmuró doña Laura con la cabeza hundida en el cajón—. Los calcetines no aparecían por ninguna parte. Eran los más nuevos. Unos lindos a listas rojas.

—“Sí, señores... No responden ni ante la ley, ni ante Dios”.

Al oír la palabra Dios, la esposa se olvidó de los calcetines y cogiendo gusto al artículo, en el escalofrío de una emoción cristiana, corrió a sentarse sin hacer ruido. Se trata de algo serio, se dijo.

—“Con estos antecedentes de orden general, y sobre los cuales debía poner el ojo la justicia y los terratenientes, vilmente calumniados, haciendo un llamamiento de unión defensiva, unión de cuerpo social ultrajado, entremos en materia. Prédicas trasnochadas pretenden la quiebra de la paz social inculcando el odio y tratando de convencer a los indígenas que las tierras son de ellos, y que sus poseedores no somos más que despojantes que, sin embargo de disfrutar lo que no nos pertenece, explotamos y tratamos inhumanamente a sus verdaderos dueños”.

Sin poder detener una explosión de cólera, la señora murmuró:

—¡Es inaudito! ¿Qué querrán estos brutos? To-

J o r g e
I c a z a

da la vida ha sido lo mismo, desde que nació: siempre han habido dueños, siempre han habido indios. Y sobre todo, así es la voluntad de Dios.

—Pero espérate... Aquí les friego... “Pues dicen ellos que Atahuallpa dejó a los indios y no a los blancos la posesión de todas las tierras. ¡Oh! He aquí las ideas de avanzada en su plenitud, apoyadas en hechos de la historia cuatro veces centenaria, mas no en las leyes ni en títulos jurídicos”... ¿Eh?... ¿Qué te parece? ¿Entendiste?... ¡Les friego!

—¿Cómo crees que no pueda entender? —afirmó doña Laura—; pero como en realidad se había perdido en las escabrosidades de los razonamientos de su marido, rogó a éste siguiera leyendo.

69

—Sigue... Sigue.

—“José Manuel Játiva y un tal Landeta, incendiarios de profesión, precipitaron el levantamiento haciendo que circule la noticia falsa de que yo había ordenado a mi mayordomo quitara a los indios sus huasipungos y al pueblo el agua que les regalo para beber. Lo único que he hecho en beneficio de la higiene es ordenar que se prendan fuego a varias chozas de los comuneros de Pinancocha, por ser de mi pertenencia, y además, por ser de indispensable necesidad para el mantenimiento de la buena salud de los habitantes de Chaguarpata

*E n l a s
c a l l e s*

—desde hace algunos meses se viene observando casos de fiebre palúdica en toda aquella región, debido sin duda, a los miasmas despedidos por aquellas viviendas sembradas en el lodo putrefacto, como podrá comprobar la comisión sanitaria que haga la respectiva investigación—. Todo esto, desde luego, con la debida indemnización y visto bueno de los moradores. El fuego aligera un cincuenta por ciento la destrucción de las chozas, las cenizas abonan el terreno y la necesidad de la siembra era urgente. ¿Cuál no sería mi sorpresa al recibir la noticia del mayordomo, que alcanzó a fugar de los indios, dirigidos por los chagras incendiarios Játiva y Landeta, de que había sido atacada la hacienda, sorprendiendo a los sir-

70 vientes que cuidaban las obras de ingeniería hidráulica que separan las aguas del río, dándoles muerte en la forma más inhumana: reventándoles los ojos, etc.?"

—¡Pobrecitos! Mira cómo se me corta el cuerpo sólo imaginándome —comentó doña Laura alzándose la manga y enseñando un brazo rollizo de piel encrespada como carne de gallina—.

—“¡Qué cadáveres los de aquellos hombres! Se podría exclamar: Ideas de avanzada he aquí tu obra: un ojo reventado... ¡Dos muertos...! ¡Un herido! Terratenientes, vuestras honras están en peligro, vuestra caballerosidad, vuestros sentimien-

J o r g e
I c a z a

tos de caridad cristiana que han soportado calumnias, que ruborizarían a los salvajes, ya no deben ser la piedra de toque de los vagos que nos atacan: unámonos para defendernos porque la paz social así lo exige! En el sumario que se instruye para descubrir los autores, instigadores y cómplices de los sucesos sangrientos de la hacienda "El Penco", constan muchas declaraciones de los deudos de las víctimas, y todas ellas están conformes en la culpabilidad de los indios y cabecillas. En cuanto a la conducta de los patrones, coinciden en que se les ha tratado de manera caballerosa. En la hacienda "El Penco" no han existido ni el palo ni el látigo, menos los cepos y torturas que se usan en muchas haciendas de la sierra, en don-

71 de se impone al indio el precio de los vellones de lana, de los ganados, se les da de comer carnes podridas, se les . . ."

No pudo soportar más la esposa y acudió en ayuda de su marido, haciéndole recuento de las salvajadas cometidas en las personas de los indios por sus queridos vecinos terratenientes:

—¿Por qué no pusiste lo que la Juana Mendieta les marca a los runas con marcador de buey; y la Luz García lo que les hace dar látigo en el patio de la hacienda; y el gordo Morejón cuando se chuma que pasa violando a las indias de ocho años; y lo que todíticas las longas de "Guayrani-

*E n l a s
c a l l e s*

gua" están enfermas por el hijo del Héctor Contreras?

—Con esto es suficiente.

—No... Para que vean que nosotros somos otra clase de personas.

—“En las haciendas de mi propiedad, se ha tratado humanamente a los indígenas, desterrando los castigos corporales, respetando a sus mujeres e hijas, obsequiándoles, anualmente, prendas de vestir y ayudando el trabajo de sus tierras con semovientes de hacienda, etc... , etc. En pago, las ideas de avanzada siembran la rebelión y fomentan los crímenes.—f.) Luis Antonio Urrestas”.

Arrugó el periódico y se quedó mirando a la esposa como si buscara en ella el auditorio que le aplauda frenético.

72



Las chagras que van al velorio comentan la muerte de la mujer del José Manuel en voz baja. La más sensitiva, se limpia las lágrimas y los mocos en el revés del matiné pringoso.

Van llegando a la vivienda donde se vela a la

J o r g e
I c a z a

muerta, casi todos los moradores del poblado. Al huérfano se le ve arrinconado en una de las esquinas con la boca abierta ante el chisporroteo de las velas que le traen a la memoria las patadas del Oficial en la barriga de la mama y las muecas que ésta hizo al morir.

Algunos chagras mozos se hacinan en la puerta —no hay posada para tantos—, y, broma bromeando, se beben una botella de aguardiente.

Cerca de las diez, sin que nadie le llame, como en todos los velorios, llegó el ciego Fidel Calupina, se sentó en un rincón, esperó la copa del guacho, porque como a músico no le tocaba llevar el agrado o la jocha que corresponde a todos los concurrentes —botella de mallorca bajo el

73 poncho, específico para matar el gusano de la pena—, y se puso a rascar un Sanjuan en el arpa, joroba que le salió desde que le empezaron a supurar los ojos.

El Ambrosio Yánez, remendón zapatero del pueblo, se ufana con una botella haciendo el guacho, parándose ante cada concurrente, con aire de sembrador, para dejarles la semilla de la borrachera que florecerá al amanecer. Al llegar al rincón del huérfano, se quedó mirándole con sus ojos ribeteados de rojo, suspiró, y, sirviendo una copa le ofreció entre bromas:

—Elé, que más te querís huambra pendejo, to-

*E n l a s
c a l l e s*

mate el primer trago de tu vida, ya'stáis caminando para viejo.

El mozo bebió entre los comentarios de la vecindad:

—Las primeras gotas.

—Que si'amejore.

—Todo es hasta comenzar.

—Dale otra.

—No, pobre huambra.

—Arrarray, juerte está. Pasa quemando las tripas.

—No vendrás a shorar maricón.

74

Quien te dio la cinta verde

que te dé la colorada,

quien te dio la mala noche

que te dé la madrugada.

Tararán tan... tan... tan... tán.

Cantos del ciego asfixian los comentarios.

—Sacale a bailar a la Rosa.

—Así... Con quitadas.

La monotonía de la música caía sobre las parejas con ritmo igual de azotes, produciendo un zapateo con cabeza y pañuelo gachos.

—Así: punta y talón.

—Quitale vos, ve, Camilo.

J o r g e
I c a z a

Ed. de la B. N.

Fiera chola carishina
Amante de los varones
Tiradora del ponchito
Silbadora en las esquinas.
Tararán tan... tan... tan... tán.

El ciego meneaba la cabeza haciendo brillar dos lágrimas de legañas que le chorreaban de los ojos al compás de la música y del baile.

Los cirios han perdido su objeto funerario y ahora se los utiliza como tizones para prender los cigarrillos.

Sentado en el suelo, el Yánez, junto al huérfano, se lamenta de la vida con su compadre Melchor.

75 —Ya nu'ay compadrito quien me dé una chauchita. Ya no se quieren poner zapatos los chagras. Yo ca jodido sin tener un par de zapatos que componer. Dende que murió mi mujer, parece maldición, cada vez es para peor.

—¿Y de qué murió pes la comadre? —interroga el Melchor—.

—Perniciosa, pes. No duró ni dos días. Siquiera la vecina que'estamos velando, ha durado más de dos meses con las patadas. Lo que's la mía: dolor de barriga, dolor de barriga, y a l'otra vida si'a dicho. ¡Ay compadrito, dende el levantamiento de los indios estamos jodidos! Razón dice taita Cu-



ra que's castigo de Dios y que tenemos qui'acerles conjurar a los roscas para que se les vaya el diablo y vuelva todo como er'antes.

—Yo ca sentí enormemente nu'estar a la muerte de la comadre.

—Onde le cogió pes la noticia.

—En Shano Chiquito. Algunos indios están trabajando ashá. Ya les han dado el huasipungo y todo. Contentos están los roscas. Yo tan voy a ver si la semana del lunes cojo mis trapos y me voy con los guaguas.

—Sí, nu'ay más. Yo también estoy pensando irme a Quito. Ya le dije a mi guagua la Dolores qui'arregle no más todo: ¡para lo que tenemos! Por el guagua tierno qui'ay que shevar car-

76 gado; di'ay nos d'ir no más. Oír como desde que ganan la plata en Quito... Púchica... Siendo mujer embarazada ca, de abortar no más.—Y dirigiéndose al huérfano, concluyó:— Si querís, t'e de shevar no más a vos tan. Ya sois huambra grande, onde quiera tí'as de colocar. Aquí, ca, para qué pes. ¿Para morir de paludismo o de sed? Pendejada. ¿Querís irte?

—Elé como nó pes.

—Aura el pobre claro pes, ¿qué más le queda?

—intervino el Melchor—.

—Entonces prepararaste.

Se quedaron callados viendo bailar a las cha-

J o r g e
I c a z a

gras mozas.

Otavalo de mi vida
Tierra onde yo nací
Onde se consigue amores,
Sólo con los rondadores.

—Hay qu'irse ashá —embroman todos los mo-
zos—.

Oro, plata, pan y dulce
Toditico te'de dar
Si'asta el corazón te'dado
Huambrítica quieres más.

77 A pesar de los cantos del ciego, el velo-
rio se iba quedando solo, los moradores se
han hartado de hablar de las fatalidades que pe-
san sobre ellos, y de los proyectos de emigración
a Quito.

Casi todos han salido medio borrachos y tamba-
leándose entre las tinieblas que llenan las calles,
sintiendo alegría al pisar en el lodo con los pies
afiebrados por el alcohol. Se los ve vacilantes, dan-
do traspíes, palpando con las manos en las tinie-
blas, errando en la oscuridad con los ojos. Alguno,
alzan la cabeza encarándose con el erupto ne-
gro de la noche. Sienten ansias de gritar, pero las

*E n l a s
c a l l e s*

blasfemias les salen inarticuladas a manera de rugidos. Permanecen a ratos sembrados en el barro, en una pausa de búsqueda urgente, en una pausa babosa, tránsidos de frío, abandonados al calambre de las tinieblas, de la borrachera y del barro.

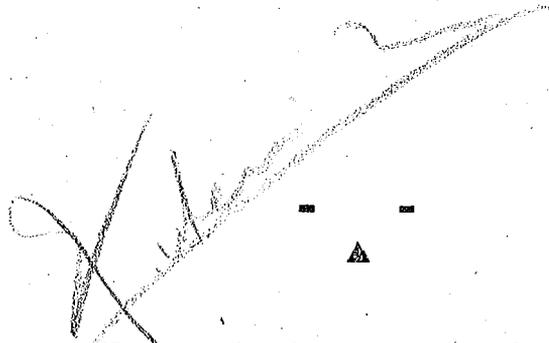
Cuando vuelven a iniciar la marcha lá hacen con los puños cerrados y amenazantes, con las garras chapoteando en la oscuridad, en desesperación de arañar fantasmas.

Los cirios también van para su fin. El huérfano empieza a sentir la mordedura del miedo en el pecho. Deja su rincón deseoso de huir, mas, al llegar a la puerta, la negrura de la noche, como si la vida se hubiera cortado a pico, le detiene en el umbral. El cadáver no le infunde mie-

78 do; más espanto le causa el Pedro Lugo que se ha quedado dormido en un rincón, con la cara para el techo, abierta la boca y roncando de una manera estrepitosa.

Felizmente la tía Leticia llegó a tiempo, despertó al borracho, le puso en el umbral, cerró la puerta, tendió unas mantas y unos cueros en el suelo, entre los cutules y los cuyes, preguntó al mozo si ya había orinado, se guardó los restos de las velas y se tendió a dormir abrazada del sobrino.

J o r g e
I c a z a



—No te pondrás los zapatos, han de shegar hecho flecos —le ordenó a la Dolores, taita Ambrosio Yánez, viéndole que ya tenía una media puesta.

—¿Y cómo he de caminar a esa lejura?

—Carajo, hace lo que te digo.

En la mañana enmudecida, el pueblo despertaba perezosamente, abriendo los párpados de las puertas y dando paso a la calle, junto con las muchachas que van con la olla a traer el agua de la acequia, un olor a redil, a perro mojado, a erupto de borracho.

79 El zapatero apenas se atrevía a pronunciar palabra. Una sorda incomprensión crecía en él arrastrándole irresistiblemente como toro desmanado que se lanza por una pendiente escurridisa. A la hora de la partida, se encontraba cansado de esperar el goce que había soñado sentir al desembarazarse de este pueblo de miseria.

Se puso a la espalda una maleta, dio otra al Francisco y ordenó a la Doloritas el cuidado de los

*E n l a s
c a l l e s*

hermanos.

Avanza una carreta, hundiendo las ruedas en el barro negro del camino, a su lado va, con ese paso lento del labrador que sigue el arado, apretando en la mano bronceada el acial y dejando que sus piernas se hundan en el lodo, el indio Antonio.

—¿Hasta onde vais, hijo? —interroga el Yánez—.

—Hasta partideru nu más, patrón —responde el Antonio azuzando a los bueyes en cuya lustrosa piel quema la garúa—.

—Ve, shevanos hasta'shá. Yo te'de pagar bien.

—Güeno pes, vení.

Subió al tablado la familia. El indio dio un silbo, incitando a la yunta a seguir el camino.

80

—Jati... jati... jati.

El pueblo empezó a danzar al compás de los baches del carretero. Un peón que se había quedado dormido en el corredor de la casa de la guarapera, se despertó mal humorado oyendo el ruido de la carreta, se pasó la mano por la cara, echó una maldición y se puso a orinar en la acequia; más abajo, dos muchachas, llenaban los cántaros. En la puerta de la casa del Fidel Calupíña, el guagua tiritaba de paludismo, esforzándose por mostrar una sonrisa a los viajeros. Perros esqueléticos tíranse a la calle para ladrar al vehículo; felizmente la Do-

J o r g e
I c a z a

loritas, amiga de todos ellos, les requería: ✕

—Clavelito ... to ... to ... to.

—Blanquita ... to ... to ... to.

—Osito ... to ... to ... to.

Los perros ladean la cabeza en gesto de reconocimiento y se ponen a menear la cola.

—Cairaste no más —reprende el viejo—.

Apresuradamente el huérfano se inclina para sostener a la muchacha; los catorce años turgentes de la Dolores hacen estremecer a los diez y siete del Francisco.

Tras de los perros salen a las puertas de todas las viviendas los habitantes de Chaguarpata; sintiendo un malestar gritón al despedirse de su querido vecino.

81 —¡Que la vaya bien! —gritaba una chola—.

—¡Acordaraste de nosotros! —decía otra y se ponía a suspirar—.

—¡Verás si nos mandáis a trair! —embromaba un chagra—.

—¡Cuidarás al guagua! —gritaba una vieja—.

—Escribirás pes ... ¡Escribirás! —salmodeaba un hombre—.

—¡Escribirás! —le gritaron desde una ventana—.

—¡Escribirás! —le gritaron desde una puerta—.

—¡Escribirás! —le dijo el ciego paralítico, mirando el ruido de la carreta con la oreja—.

*E n l a s
c a l l e s*

Salió corriendo el tendero y entre algazara de gestos, exclamó:

—Acordaraste de nosotros. Cuando vayamos a Quito, no ti'arás el desconocido.

La Paula, que se hallaba despiojando al menor de los cachorros sentada a la puerta de su chozón, se levantó sacudiéndose el regazo del centro:

—Verís como escribir a ver si nosotros tan nos vamos.

El guagua alzó a mirar y rascándose con las dos manos la cabeza de piojera revuelta, también se atrevió a murmurar:

—Ya te vash, no...

Dejaron atrás el pueblo; el campo se extendía infinito a los dos lados del camino; a la derecha, un centenar de indios, sembrados en el barro, trataban de abrir sangraderas a un pantano, a la izquierda, en mitad de un potrero, se veía a la familia del Zapata, con las mujeres que se guardaban de la garúa con la falda del centro en la cabeza; desprendiéndose del grupo, cruzó el potrero en un vuelo, dejando flotar tras sí sus largas trenzas, la hija mayor del Zapata, se paró en la cuneta, con las alillas de la nariz estremecidas, y, en un hálito, exclamó:

—¿Qué? ¿Ya te vais Dolores? Ve lo que venimos cogiendo cashambas.—Sin decir más se quedó sembrada en la cuneta, tal vez estrellada en un

J o r g e
I c a z a

exceso de velocidad emocional.

Torciendo un atajo, el torbellino de los recuerdos giró veloz y silbante, quejumbroso como el clamor de la carreta.

¡Chaguarpata!

¡Cómo vas desapareciendo!

El Yánez tuvo que limpiarse en el revés de la manga la cara mojada, tal vez de lágrimas, quizás de la garúa que empezaba a engrosar. †

■ | ■



83

Flagelo de hambre, de sed y de bayonetas, esparció por campos y ciudades girones de carne chagra e india.

En la mente de los runas fecundó el deseo de la huída. Por las noches se alcanzaba a divisar, chozas hechas piras, abriendo con lenguas de fuego las tinieblas impenetrables del valle.

No dejaban mucho en los nuevos hogares que les había dado el amo: un pondo vacío medio hundido en el suelo, ollas de barro, una cuchara de palo, un montón de boñigas y cutules, unos trapos mugrientos que han servido de jergón duran-

*E n l a s
c a l l e s*

te muchos años, y el centenar de piojos que se reproducen como intereses de Banco.

A la vista de los hogares en llamas, la indiada hacía una mueca de alegría, metamorfoseada en carantoña dolorosa con los reflejos naranja de las hogueras.

—¡Carajo! —parecen gritar las llamas retorciendo los palos resecos—.

—¡Carajo! —contestan los runas, en sinfonía de maldiciones—.

Guaguas abismados ante lo inaudito, tienen risas de buena gana, pensando en la muerte que les espera a los piojos. Sí, ya están reventando como tostado entre los tizones.

84 Cuando las llamas se ocultan en el montículo de un rescoldo de cenizas, y la noche es más impenetrable, cae sobre la desorientación indígena el zumbido persecutorio de una vida que fue siempre esclava, inmovilizándoles en una larga pausa de alelamiento.

¿Hacia a donde ir? Chaquiñanes tumbados sobre las montañas atraen con la gracia piruetante del zigzag, enredándoles en un dédalo de proyectos.

Es el mismo zumbido flagelador de siempre el que les dispara por el camino más próximo mordiéndoles en los talones.

Montaña arriba hasta caer en el hoyo pantanoso de la fatiga; hasta saber cuantos van: son cinco,

J o r g e
I c a z a

son diez, son muchos; hasta verse las caras congestionadas y poder conectarse con frases de esperanza.

Son quince los que huían aquella noche atraídos por las fantásticas promesas de la ciudad: llorando los guaguas, lamentándose las mujeres, cañajeando los hombres.

En la detención compungida: el cuchicheo, el amanecer de páramo que aulla. Seguían el rumbo de la huída que no querían decir era una huída, era una expulsión, un ponerse a salvo del zumbido flagelador, prisión custodiada por las drogas: cura, autoridad y amo.

Los pequeños se empiezan a paralizar en el so-roche, retorciéndose en vómito y diarrea. Un indio

85 viejo, que anduvo por esos lugares en sus mocedades y que conoce de remedios para esos casos, enarbola el acial envolviendo

a los enfermos en fuetazos ardientes, en la persecución por los pajonales hasta verles tendidos en la cama del cansancio.

Al anochecer, después de un día de ayuno, la manada se revuelve recelosa; vuelve a flotar el zumbido persecutorio sobre sus cabezas no acostumbres a la libertad; míranse con ojos preñados de desconfianza, tal vez el Juancho se vuelva para relatar la huída, tal vez el José, tal vez la Micaela. Y es así como, sin causa justificada, se insultan, se arañan, llegando a armar fuertes riñas,

En las
calles



como si estuvieran borrachos o en la fiesta de San Juan con sus anillos de púas. Las heridas manan sangre, narcotizado el dolor por el frío y curado por las mujeres que tienen que intervenir con amenazas de hembras.

A la noche, se vuelven a soldar en rebaño, perseguidos por el zumbido del temor que lo sienten mordiénolos en las espaldas. Caen cansados en una cueva tapada por frailejones.

Nuevo amanecer de perplejidades ante el paisaje serrano; los sembrados, el pueblo, las chozas. El adiós del:

—¡Ñucanchic!

—¡Ñucanchic!

—¡Ñucanchic!

86 Para alargar la última visión hacen un alto de registros: las doñas se muestran los pies donde los dedos son pingajos de carne cruda, o los pechos con cráteres de quebradas que manan sañgre.

—Cura pes ve.

—A ver te meo.

En la carne viva de los pies y de los pezones se orinan los machos haciendo comentarios picarescos a la queja de las mujeres.

El lodo y la lluvia les atormenta durante el resto de la jornada.

Al anochecer, de un día que ellos no supieron

J o r g e

I c a z a

Handwritten notes:
1.º
2.º

cual era, entraron en el dedalo de las calles de la ciudad, más intrincado y temible que el de la selva y la montaña.



“AMBROSIO YANEZ”
“Zapatero”

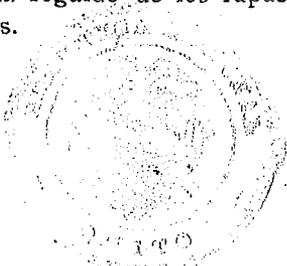
Con este anuncio, colgado sobre la puerta de una tienda del barrio de La Tola, empezó la vida ciudadana de la familia emigrada.

Seguido de los muchachos, el Yánez, apenas soltó las maletas en su nueva residencia, se fue derecho al grifón de agua de la esquina; el chorro se le clavó en la garganta, borboteando entre los labios hasta bañarle la cara y el pecho. La tos del atorón tuvo un eco de risas burlonas y de comentarios ciudadanos.

—¡Chagra bruto!

—Para brutos no hay como los chagras —murmuró uno de los mozos del grupo que recibió el duchazo—.

Coloreó hasta las orejas el Ambrosio y se regresó a la tienda seguido de los rapaces, como gallina con pollos.



*E n l a s
c a l l e s*

El trabajo era apenas socorrido y todos los vecinos le pedían rebaja en las costuras y medias suelas, amenazándole con irse donde el otro zapatero, instalado en el principio de la calle, con buenos operarios y con vitrina repleta de pares de zapatos a la última moda.

Continuamente a media noche, había oído golpes a la puerta de la tienda, golpes que le despertaban sobresaltado. Se oía llamar:

—Laurita linda.

—Abrime, soy tu compadre Simón.

—Lauritica, abrí ve... Te traigo plata.

—Negrita. Achachay, estoy con frío.

—Con amigos estoy, ve.

—¿Estáis ocupada?

88 —Lauritaaa.

—¡Abriiii!

—¡Abrí!

Un "quien es, carajo" soltado con energía macha, ponía siempre en fuga a todas las impertinencias nocturnas. Una vez, debió de ser de madrugada, porque ya cantaba el reloj amarrado a la pata de la mesa, llegó a la puerta una voz ronca.

—Laurita... Soy el Joaquín.

Como de costumbre salió a la recepción la fórmula salvadora:

—¡Quién es carajo!

—El que te monta —respondió la voz borracha

I c a z a

I c a z a

y sin inmutarse siguió con una serie de insultos y de palabras gruesas que, a pesar de su calibre, se filtraban perfectamente por las rendijas de la puerta, dejando alelado al Ambrosio.

—¿Ya estás con otro, no? No hay como dejarte porque en seguida me pones cuernos, carajo. Pero yo tengo la culpa por irme a la hacienda. Abrí.

Una patada se estrelló sobre el tablero. Adentro se encendió una vela. No era posible soportar más.

—¡Ah! ¿Ya tuviste que abrir, no? Ahora le mato al desgraciado ese que ha estado durmiendo con vos.

Una segunda patada puso frenético al zapatero. Se vistió rápidamente, y, dejando un reguero de gotas de sebo, salió al encuentro del borracho.

Ante la puerta abierta y apenas alumbrada por el foco de la esquina y la luz que temblaba en la mano del chagra, se dejó ver la figura de un hombre elegantemente vestido.

—¿Qué quiere, carajo? Aquí nu'ay ninguna Laurita.

—¿Carajo, quieres esconderle? Te voy a romper el alma.

—¿A mí? Tendrá primero que tomarse caldo de chaquiango.

Fueron apagados los alardes del chagra junto con la vela, por una mano potente, haciéndole ir de brucas a media calle.

*E n l a s
c a l l e s*

Quiso incorporarse, pero las manos se resbaban en la majada y en el lodo. Cada patada del desconocido le templaba en el suelo como rana muerta. De pronto se sintió nervudo, ágil, dio un salto de fiera, se tiró contra su enemigo, único punto identificado por su cólera salvaje. Cuando le cogieron los policías, un dolor punzante le atormentaba en los nudillos de los puños y en las puntas de los pies.

—¡Llévenlo a la Policía, carajo! ¡Cholo atrevido! A ustedes les consta, chapitas, como me ha faltado este desgraciado —gritaba el hombre bien vestido—.

Todo pasó como el ciudadano decía, ordenaba.

El zapatero advirtió a los guaguas, tiritantes en camisa a la puerta de la tienda:

90 —Atrancarase bien... Ya mismito vuelvo.—Mordió una maldición y dejó arrastrarse mansamente como buey al cual tiran del narigón.

Iba de un lado para otro entre una amalgama de borrachos y rateros que atestaban el calabozo de la Policía. Sin saber cómo, armó un diálogo con un hombre pasado en alcohol.

—¿De dónde es usted?

—De Chaguarpata.

—Uuu, Tierra de criminales.

—¿Cómo es eso?

—Claro pes. ¿No ha leído los periódicos? A un

J o r g e
I c a z a

bandido de su tierra le han cogido en Babahoyo.
Un tal José Manuel Játiva.

—¿Al José Manuel?

—Desde que le han muerto porque ha querido ponerse con las autoridades. Bien hecho, así se debe empezar a matar a toditos estos criminales.

Las biles del zapatero se desbordaron en insultos contra aquel pobre hombre.

—No si'a bruto. Cómo han de matar así al pobre José Manuel.

—A lo mejor usted también es de la banda de los criminales.

—Más criminal será usted, chumado de mierda, hijo de perra —gritó el Ambrosio fuera de sí—.

Un mocetón que roncaba arrinconado
91 junto a la taza del retrete, furioso al ver que interrumpían su sueño, puso en pie sus dos metros de altura, cogió al zapatero por el cuello, con gesto obsceno se desabrochó la bragueta y vació su vejiga sobre la protesta epiléptica del chagra. Cuando hubo acabado, le tiró en un rincón hecho un atado inútil de despechos y furias.

Apenas empezó a clarear, aprovechando del sueño del mozo de dos metros, se mostró disoluto con el guardián, y, a la hora de la justicia, taimado con el señor Comisario. Felizmente el autor del escándalo había telefoneado a la Autoridad competente perdonando la insolencia del cholo.

Emma Jales



Tras un largo errar en busca de alivio para el chuchaqui dejado por la cárcel, sin atreverse a llegar a la tienda donde esperan el trabajo y los huambras, adentróse en una callejuela que, como gusano baboso, trepa a uno de los cerros que encierran a la ciudad.

Los dos sucesos que se encontró en el bolsillo le sirvieron para aguardiente. A la noche regresó al barrio, en completo estado de embriaguez. Al darse cuenta de que se encontraba frente a la puerta de su zapatería, se sintió inexplicablemente atormentado, viendo de manera vaga, que traía para el Francisco un gran dolor.

—¡Taitico! —fue la voz que le dio la mano para arrastrarle hasta la vivienda—.

92 —¡Pero quién es el que jode, carajo! —se atrevió a decir, manoseando en las tinieblas de la tienda. Se puso a desdoblar los pliegues más remotos de su memoria, encontrando frases y gestos cariñosos del José Manuel. No pudo más, en medio de la perplejidad moza, entró a la recámara, se tendió en el camastro y se puso a llorar con pausas de carcajadas. Incorporándose de improviso, clavó la mirada en el huérfano, repitiendo: —Li'an matado al José Manuel. Li'an matado al José Manuel. Li'an matado a tu taita, carajo. ¡Ja... ja... ja!

El Francisco, clavado en mitad de la vivienda,

J o r g e
I c a z a

no sabía qué partido tomar: mudo, inmóvil, oía las palabras del ebrio.

—¡Li'an matado a tu taita!—. Por qué no te reis como él sabía'cer... Ja... ja... ja. El hijo del José Manuel... ¡Reite carajo!— gritaba en la última cima del grito para luego descender por la pendiente del llanto en torbellino de bufidos.

—Bien'echo, por criminal. Hay que matar no más... Ja... ja... ja. Vós... Vos sois el hijo del José Manuel; tan bueno que'ra... Ja... ja... ja.

Al muchacho le dolían las risas como latigazos. No llegaba a la comprensión clara.

Se levantó el Ambrosio, cogió con sus toscas manos de zapatero la cabeza del mozo,

93 quiso darle el pésame con mirada paternal, los ojos le fallaron en la mirada dulce, consiguiendo tan sólo bañarle con el duchazo fétido del borracho. Dando un trapiés se tronchó en la cama arrastrando tras sí el cabo de vela.

En medio de la oscuridad, se dejó oír la voz dulce de la Dolores que acercándose al Francisco le invitó:

—Mentira'de ser, vení dormirás.

Al sentirle que no se desclavaba del sitio, le cogió del brazo y orientándole entre las tinieblas, le dejó junto a los cajones que le servían de lecho.

*E n l a s
c a l l e s*



Entre los indios aventados por la represión, se encontraban el Antonio Quishpe y el Lucas Guamán. El Antonio había entrado al servicio de una vieja que le llamaban "La Tazona". Una viuda de aquellas que al perder el entretenimiento del marido, se dedicó al entretenimiento de los negocios: venta de ladrillos al por mayor, venta de adobes, plata sobre prendas, plata a intereses,

94 hipotecas, etc., etc. En las manos afiladas de la vieja, caían personas de no creer: Generales venidos a menos, hombres emprendedores necesitados de Capital, noblezas que hipotecaban la última casa para ver la mejor forma de conseguir maridos a sus hijas, etc., etc.

En cambio el Lucas Guamán sin poder soportar las impertinencias de Mama Miche, como se llamaba "La Tazona", se pasaba horas enteras esperando ganarse un real o una peseta sirviendo de cargador público, tendido en las gradas de la Estación del Ferrocarril.

Mama Miche, conocedora de las costumbres

J o r g e
I c a z a

campesinas, como buena expropiataria de haciendas, le amarró al Antonio adelantándole sesenta sueres y prestándole un chozón desvencijado que en épocas anteriores había servido de criadero de chanchos. Era el huasipungo sin terreno de cultivo.

Ambos vivían en el chozón. Se encendía el diálogo al atardecer:

—Aura ca, cogió pes la máquina al Timoteo.

—¿Cuál pes, el de Luna?

—Sí pes, el de Yaguarcucho. Pero bien'echo, por cuido. Yo ca iba a trepar al carro di pasajerus, cuando dando tirón al poncho me manda pur un ladu. Caraju, rudandu como guagra cay en sangradera. Toditico poncho estaba hecho

95 lástima. ¿Nu olís? ¿Tuditicu di mierda?

—Y di'ay ca.

—El se trepó pes. ¡Y carajo...! Taita Dios ca, en seguida castigando. El bruto se enreda en el brete y va'cair entre ruedas. Sunaban cumu tustado lus huesos. Fiero m'izo el cuerpo. Reculando máquina sacaron la carne hechu ñutu, ñutu. Tripas tan regadas en el suelo, embarrado en tierra, hechu'na pushca. Pero lo qui más lástima dando, el poncho nuevítico hecho trapo, jodido. De shorar a pilches semejante desgracia. Con pala tuvimos que recoger y meter en costal para shevar a velorio.

*E n l a s
c a l l e s*

Seguía contando el Lucas los detalles de la tragedia que a diario escupe el último vagón del ferrocarril.

Iba para un año que vivían en la parroquia, y su forma de hablar, caía en harapos arrancados por las burlas y las urgencias de la gente de ciudad, en igual acabamiento de los ponchos.

Se pusieron a mascar tostado. El Lucas hizo sonar unas monedas en la bolsa.

—¿Púchica, con plata veniste? —exclamó el Antonio—.

—Elé, claro... Sucorrido está trabajo. No vis que estamos shevando los bultos di maquinaria para fábrica que van a puner en esquina de "Muchas Ropas". Cumu casa sun lus cajunes. Ha-

96 ce duler rabadisha. Si querís tan, yo di'ablar con patrón para ver si te da trabajo.

—Elé, güeno juera pes, pero qué pes... Con lo que Mama Miche adelantó plata, no puedo pes.

—Caraju... Yo ca, breve le dejé nu más. Así miso empezó conmigo... Yo no soy pendejo.

Agradecido de su buena estrella, el Lucas se arremangó el pedazo de poncho que le quedaba y con aire de superioridad invitó al compañero a tomarse unos buenos tragos de aguardiente puro, de aquel que vende el Guachicola.

—Vamus, tumarís trago onde Guachicola.

—¡A púchica!

J o r g e
I c a z a

Dejaron amarrada la puerta de la vivienda con un pedazo de sogá, y, en la tienda del estanco, sentados en una banqueta, se emborracharon con el uno cincuenta que tenía el Lucas.

Edelberto



97

Edelberto

*E n l a s
c a l l e s*

Zapatería con espejos, con sillones para calzarse, con departamento especial para obreros, va desplazando a las pequeñas tienduchas de gallo con traba, de muchos hijos, de taita borracho y de parapeto de costal tapizado con recortes de periódicos, revistas viejas, retratos de gente presi-

98 denciable y programas de circo.

Se hacía obligatoria la borrachera de las tardes, catafalco donde el Ambrosio solía encerrar su descontento campesino ante los chasquidos metálicos, ante el baile de las luces, ante la animación rechinante dislocada de bocinas, de anuncios, de contorsiones, de calmas fingidas y de indiferencias utilitarias; esparciendo siempre aire y rezongueo de fiesta, con presunción de vieja que adoba sus arrugas en agua de cara.

Una vez que volvió más ebrio que de costumbre, quiso descargar su despecho sobre la timidez de la Dolores, pero el Francisco, impidió el atro-

J o r g e
I c a z a

pello dominando al borracho por las muñecas.

—¡Duérmase! —le ordenó—.

—A mí no me manda nadie. Menos vos, carajo... Hijo de bandido... ¡Fuera de aquí...! ¡Fuera, carajo!! —vociferaba tirándole con las hormas—.

El mozo desapareció calle abajo.

Todo fue medias palabras al día siguiente. El chuchaqui le mordía en la cabeza. No se estaba quieto; iba de un lado para otro, acosado por el ladrido de los reproches silenciosos de todos sus hijos. Espiaba los gestos de la Dolores, para ver en cual de ellos enganchaba una pregunta.

—¿Qué te pasa pes, ve? Ya jayanota sois par' estar shorando. ¡Hacete la guagua y ve-

99 rás, carajo!

Hostil el silencio obligó al zapatero ir en busca del mozo.

La calle empezaba a abrir los ojos legañosos de las mondonguerías. Seguían dormidos los estancos, roncando ayes de vihuela por las rendijas de las puertas desvencijadas. Se despereza hacia abajo la calle, retorciéndose en un marco de casas ventruadas con paredes desconchadas por la lepra de los años y tatuadas por letreros obscenos y dibujos fálicos.

Un fonógrafo chilla con chillido de fonógrafo. La tendera del chagro donde le fian, sacando su

*E n l a s
c a l l e s*

3

cara redonda de sol mañanero, entre nubes de racimos de velas, paquetes de jabón, sacos repletos de harinas, tarros de caramelos en palito, botellas y un queso en menguante, le interroga:

—¿Qué milagro pes, tan demañanita, vecino Ambrosio?

—No... li'a visto al vago del Francisco?

—No... Que's pes... ¿Se ha huido?

—Anoche salió... Y ni más.

De pronto se halló frente al mercado. Gentes hasta el mareo agravaron el chuchaqui del chagra. Los colores chillan como los olores.

Trae la casualidad la fotografía de un matrimonio chaguarpateño que ha venido a vender unos tercios de yuca.

100 —Qui'ay pes, cholito.

—Que's pes, acaso les conocí —comenta, disculpándose el Ambrosio—.

—Ya decían asha en Chaguarpata... Cuando vayamos a Quito, desconocido ha de star el Ambrosio —se lamentó la chagra, limpiándose el sudor que abría caminitos en la suciedad de la cara—.

—¿Y que's pes de la Lolita? ¿Y de los guaguas...? Nosotros ca, siempre'stamos recordando —afirmó el chagra acompañante de la chola—.

—Bien no más están.

Notó el zapatero cojear al paisano del pie de-

J o r g e

I c a z a

recho y buscando el hilo perdido de una conversación, insinuó:

—¿Qué te pasa pes?

—Jódido desde la minga. Al tumbar un árbol me logró en la pierna.

—¿En qué minga pes?

—En la de nuestro camino para empalmarlo con el tren. No vis que'l patrón Luchito consiguió que'l tren del Norte pase por l'acienda.

—Y así que da un vuelción enorme... Nosotros venimos a pata y shegamos primero —afirmó la chola—.

—Que's pes... ¿Nu'as sabido...? Ya tenemos camino. Hasta camiones van a traer los productos de "El Penco".

101 Como el Ambrosio pusiera cara de desconfianza, el par de chagras avivaron los detalles y el relato de la famosa minga:

—Sí, en tres jornadas, ya'stuvo acabado el camino. Tuvimos que pegarnos harto trago. Gran fiesta jue. El señor Presidente también dio un barril de guarapo. Y l'icimos ver que'ramos tiesos para trabajar. En un día estuvimos en el partidero.

—¿Sí?

—Ya sabís vos mismo como son las mingas. ¿Ti'acordáis en las de la Loma? Estas juevon un doble. Si no es por nosotros, no si'ubiera podido

*E n l a s
c a l l e s*

terminar nunca. En el barranco del Conejo hubieras visto. Colgados con sogas al precipicio trabajábamos. Hay murieron el Luis Calupiña, el Sebastián Montaguano, el pobre Cusumbo y un porrizo de indios.

La mujer, sin querer quedarse atrás en el relato del marido, empezó a contar con gran exageración de gestos:

—Y por qué no le contáis pes lo del desmonte.

—Uuu. Eso jue para pior. Un incendio brutal. No vis que se le metió al patrón Luchito desmontar prendiendo candela, chamiza de fiesta parecía el monte con shamas que shegaban hast'el cielo. Y una noche ca, habiendo prendido por todos los lados, él, no les cogió en redondel el incendio

102 a unos catorce indios, encerrándoles, ni para favorecer dio tiempo. Cuando buscamos ca, ni los huesos habían quedado.

—Hecho ceniza —terminó la mujer—.

—Pero si'acabó mismo. De cuenta del Gobierno ca, nunca pes. Hubieran tenido que gastar plata. Con la minga: un pite trago y taita curita que nos regaló unas medashas, jue'l todo. Pero ya tenemos camino. Aura sí, somos gente. Nu'ay pueblo más patriota que'l nuestro. Aunque digan tan, pruebas nos dado, —gritaba el chaguarpateño arremanándose el poncho en gesto de desafío—.

—Por qué no te venís asha —invitó la mujer—.

J o r g e
I c a z a

Una avalancha de indios albañiles invadió la calle, reforzando la gritería de las moteras.

—Elaqui el runaicho.

—Caseritó, venga almorzar acá pes.

—Via esta rica mazamorra de chosho. Con carnes eso está.

—Elaqui el mote.

—Elaqui los chochos.

—Elaqui la fritada.

—Elaqui el tostado.

Se anudaban gritos de petición y oferta en un mudo diálogo de dientes y contemplaciones. Se apiñaba la gente trabajadora frente a los puestos de ventas de comidas: cuero de puerco cocinado con cebollas verdes, mazamorra de todas las

103 harinas adulteradas, mondongo, cariucho, timbushca, librilla, morocho, y, como plato especial, arroz seco con shuta de carne.

El matrimonio chaguarpatéño se sentó apresuradamente sobre sus costales llenos de yuca, defendiéndolos de un posible robo barajable entre los codazos del apiñamiento.

Así se quedaron alelados ante el almuerzo obrero: indios albañiles, barrenderos, cargadores, portadores y toda clase de gente que sólo posee cinco centavos para almorzar; comen de pie en cazuelas de barro y con cucharas de palo. Los que se han divertido más de la cuenta durante el do-

*E n l a s
c a l l e s*

mingo, van al mercado sólo por no perder la costumbre, velando el hartazgo de los compañeros o mascando tostado traído desde la casa o desde la choza. La sobremesa la hacen sentándose en las veredas o arrimándose a la sombra de los edificios cercanos. Sobremesa que tiene mucho de registro higiénico: se miran las manos agrietadas por la cal, levantándose las cicatrices supurantes; el cemento ha puesto grietas en los pies, para calmar el dolor se echan saliva, las mujeres despiojan a los rapaces con cariño de hembras, mascando los pijos como postre.

Las doce del día es una ventosa que absorbe a toda esa muchedumbre. El Ambrosio se despidió de sus amigos y siguió la corriente de la masa trabajadora.

104

Entre tanto los chagras cansados de esperar al comprador de yuca, tuvieron que dejar sus ventas en las consignaciones al precio impuesto por los amos.

Los camiones que llegan de "El Penco", en cambio, descargan la mercadería y regresan por la carretera, saliendo precipitadamente de los recodos: gruñones, míopes, vestidos de trepitantes carrocerías de madera, exhalando como los guagras, respiración fatigosa por las narices del capoc y pidiendo paso libre a grandes voces: sintiéndose gladiadores de los caminos siembran el espanto en

J o r g e
I c a z a

runas y chagras.

—Carajo. Indios animales, si'an di'acer a un lado.

Complacencia de bofetadas de polvo o escupitajos de barro tienen para los indios que cosen su espanto de un lado a otro del camino, hasta caer cansados en las cunetas.



105 Se oyó en el interior ladrar los perros,
las mujeres se sobrecogieron.

—Lucas! —gritó el señor Armando—.

Tras de la reja de la puerta de la fábrica apareció la cara cetrina del indio Lucas Guamán. Los huesos se le habían endurecido cargando quintales, y el poncho se había desprendido en girones cuando llegó la maquinaria para la fábrica. Era uno de los que se transportaba los bultos más enormes. Virilidad grata a los ojos del gringo ingeniero, virilidad que le valió ser nombrado cuidador del edificio en tanto se armaban los telares.

Un par de zapatos viejos del gringo terminaron la fachada ciudadana del indio Guamán.

*E n l a s
c a l l e s*

A medida que se iba acercando la apertura de los talleres, el barrio se congestionaba de proyectos. Todas las calles cercanas se sentían orgullosas de su nueva adquisición, haciendo rodar, con urgencia de hambre y esperanzas de hartura, el contingente de brazos jóvenes: Alpaguasi, Chiriacu, Chaguarquingo, el Puente de Machángara.

Alpaguasi, calle vieja en alcahueterías, mandó a bañarse a las muchachas de 14 a 20 años en la quebrada de las Monjas. Era necesario comparecer sin mancha ante la presencia del encargado de escoger obreras: la hija de la chichera, que afirman las malas lenguas, tiene la "Mano del Muerto" debajo del pondo de la chicha, para llamar a la sed de

los indios que pasan de camino hacia
106 Los Chillos; las gemelas de la "Mata Puerco"; la Claudina del sastre; la longa Mariana hija del carpintero Rodríguez; las Muchas Ropas; la nieta de la frutera; la rubia a quien el párroco halaga dando uno o dos reales, cada vez que abre la chucha del Cristo de la Agonía, pordiosero aprovechador de la ignorancia de los indios; las hijas de las revendonas: la Juana, la Cristina, la Zoila, que suben a Chaguarquingo a descaminar a los indios y llevarse las mercaderías a precio de regateo y amenazas.

Chiriacu, calle acostumbrada a sentir diariamente el traqueteo del ferrocarril y el vértigo ve-

J o r g e
I c a z a

Aquí me queda
Patron

loz de los automóviles, calle abierta a todos los viajes largos, de espaldas anchas y aspereza de empedrado, ofreció los machos: el brequero Castillo agotado por sus cinco años de ir sobre los vagones de carga a todo lo largo de la línea férrea, cortando con su figura esmirriada la neblina de las montañas, el sol abrasador del trópico y el flagelo de los páramos; el fogonero Alberto Campos tostado el espíritu al fuego lento de la caldera; el ayudante Martínez, experto en completar su exiguo sueldo con leña que roban los guaguas en las bodegas de la empresa del Ferrocarril; el marido de la frutera Consuelo, cansado de estar alerta cuando llegan carros de fruta podrida, es-

perando que la Sanidad se duerma en
107 sus alcobas bien desinfectadas, para ir con los guaguas a la noche a traer el plátano arrojado en el basurero y venderlo a los indios; el Proaño, que vive sembrando coles y lechugas en la trasera de su casa; el Ramón Landeta, chagra que asomó en la Estación una noche, y que nadie sabe de donde vino.

Las tienduchas del puente de Machángara sacaron las cabezas de sus moradores, a fin de hacer la guardia contra los advenedizos de la ciudad, contra los guayrapamushcas del campo traídos por don Luis Antonio. Todo el barrio se aprestó a la defensa, soltando el freno de sus lenguas viperinas.



—Ve pes... Estos guayrapamushcas qui'an venido a quitarnos el pan.

—Calzón de taita.

—Tortolón.

—Mca bríncos.

—Pilchisiques.

—Todo fue venir onde nosotros para ponerse pinganishas.

—Chaguarejos.

—Pispitishas.

—Para qué servirán.

Insultos que crecían hasta el despecho o hasta el aclimatamiento en uno de los cuchitriles de Alpaguasi o Chiriacu.

108



Metido en una atmósfera heterogénea de felicitaciones, don Luis Antonio se vio obligado a convertirse en ametralladora de reverencias.

—Su discurso ha sido un éxito.

—El plan administrativo es de un avance social inaudito —afirmaba un aspirante a Ministro—.

—Esté usted seguro que se cumplirá. Aquí tie-

J o r g e
I c a z a

ne usted los comedores obreros, vea usted... Los hechos dicen más que las palabras. La Caja de Ahorros será otra de las realidades implantadas por mi.

—Aquello de cooperación mutua entre patrones y obreros estuvo admirable —vociferaba un jovencito—.

—Usted hará la gloria de la Patria —carraspeó un viejo asmático enfundado en una leva del tiempo de don Eloy—.

—¡Ah! Todo esto está muy bien... Pero...

—insinuó una vieja—

—¿Qué? ¡Diga! —ordenó don Luis—.

—Hemos hablado con doña Laura para traer al padre Pástor a que bendiga la casa y la

109 consagre al Corazón de Jesús.

Como se trataba de una cosa no consultada por ningún tratado norteamericano, conocido por don Luis, éste frunció el ceño y lanzando una gran bocanada de humo para envolver su gesto sorprendente, continuó:

—Sí... Sí. Ya veremos el día.

Otra vieja que iba clavando en todas las personas y cosas su impertinencia con los impertinentes, le murmuró afable:

—¡Oh! ¡Comedores para obreros! Me parece que estoy en Inglaterra.

—O en Estados Unidos —rectificó don

*E n l a s
c a l l e s*

Luis—.

—Da lo mismo —afirmó la vieja estirando su figura de sombrilla de hace un siglo—.

—¡La Psicotecnia, el sistema Taylor! Cuando podremos implantar la cadena Ford... ¡Oh, la cadena! —chillaba un erudito—.

—¡Oh!

—¡Ah!

—¡Oh!

Al final de la gran ceremonia de la inauguración de la fábrica y cuando don Luis rodaba en su automóvil para su casa, se entretuvo en relamerse las felicitaciones.

Al pasarlas revista, notó la palidez poco generosa para su gran esfuerzo. Hizo mal en **110** no contar en público todo el calvario sufrido en el extranjero cuando buscaba la maquinaria: cómo anduvo, ofreciendo, regateando hasta la verdulería, —su padre que era un gran ecónomo criollo le enseñó este secreto—, cómo se puso en contacto con casas no muy bien acreditadas, lo que dijo para convencer, yendo un día, y otro..., hasta conseguir el ahorro de diez mil dólares, costo de su viaje y estadía, comprando maquinaria un poco usada.

—¡Oh! No saben reconocer... —salmodeó con asco—.

Como era de pensar, a la vuelta de don Luis An-

J o r g e
I c a z a

tonio del extranjero, encontró a su hijo más flaco, más largo y más retraído. Ese día, al regresar de la inauguración, después de encender un cigarrillo, de entornar los ojos, de envolverse en nubes de humo, se puso a cavilar: "No... Tengo que salvar al muchacho cuestè lo que cueste".

Su adolescencia de masturbación le llenó de vergüenza. Recordó su cura insensible: la chola Rosa, cogida al azar de criada de mano, las vacaciones en la hacienda con el café servido por indias jóvenes, todas vírgenes, bien lavaditas, cuyos chillidos caían en la indiferencia de una vieja costumbre. Ese fue un método bueno para épocas pasadas, un poco bárbaro, ya no podría dar resultados

para su hijo. "La orientación del muchacho debe venir en forma nueva. Sacarle de sus momentos solitarios... Sacarle...

Sacarle... Sacarle a la calle... ¡Eso!... A la calle".

Tanto dar la vuelta a la manivela de las interrogaciones y deducir respuestas de remedios, a veces absurdos y a veces pasados de moda, exclamó a media voz:

—Sacarle a la calle en máquina... ¡Eso! La máquina salvará al muchacho.

Le chispearon los ojos como si urdiese planes secretos, se pasó las manos por las mejillas, estiró las piernas y volvió a cavilar. De pronto se pu-

*E n l a s
c a l l e s*



so de pie y fue directamente al cuarto del hijo.

Como retrato de buen escamoteador de vísceras, un Corazón de Jesús, colgado a la cabecera de la cama de Urrestas hijo, jugaba con su corazón inflamado, con la mano izquierda. —¡Prodigioso! Los malabaristas del siglo, necesitan de sus dos manos para el número de las teas encendidas—. El cuarto olía a engrudo y agua de colonia.

—Te traigo una gran noticia.

El muchacho se incorporó en gesto defensivo. Se puso rojo, Papa Lucho era un personaje poco frecuente en su alcoba. Tal vez haya notado algo malo y venga a...

—Sí, te tengo que decir algo bueno.

El muchacho era apenas dueño de sí; **112** el padre se le acercó, le puso la mano olor a tabaco americano sobre el hombro, y exclamó:

—Te voy a regalar un automóvil. Una cosa espléndida, aprenderás a manejar.

El hijo enrojeció hasta las orejas, se negaba a creer aquello; no tanto por la magnitud del regalo cuanto por lo imprevisto. Probó a sonreír y la risa miró una vida nueva.

Don Luis se pasó las manos por los botones del chaleco; se dio dos palmaditas en la barriga, hizo un gesto picaresco al atolondramiento del muchacho y dando un suspiro de alivio salió de la alcoba.

J o r g e
I c a z a

- -
▲

Francisco Játiva, intimidado, asistía a esa experiencia extraña de su propio despido, un remolino de calumnias lanzadas por la señora que usaba moño y fraile, donde había servido de paje durante varios meses, le clavarón un silencio de pesadilla. Calumnias contra las cuales no podía reaccionar aún viendo la falsedad de todas ellas.

—En mi casa no consiento inmoralidades —había exclamado, para terminar la **113** vieja.

Empujado por un deseo loco, nacido de la urgencia estomacal, el Francisco salió a la calle con un nido de esperanzas en los bolsillos vacíos: calles, plazas, el Aguarico.

Empezó haciendo recados a todos los borrachos clientes del Guarcushca, escamoteando los vueltos de la cerveza y de los cigarrillos. Supo que la alcahuetería alimenta con comida sazónada con el ají de los carajos, de las gran putas y de las patadas en el culo.

Pero una sorda rebeldía iba creciendo en él: la

*E n l a s
c a l l e s*

rebeldía de no querer ser un hambriento, de no querer ser un alcahuete.

Entre la gente que conoció en aquel barrio, había un gendarme que un día le dijo:

—Ayer dieron de baja a cinco chapas. Por qué no te presentáis a ver si te dan de alta.

Sobresaltado, pensando en las palabras del amigo, llegó a la plaza Bolívar. El edificio de la Policía Nacional le estremeció hasta la gana de orinar, tuvo que volverse corriendo al pretil de San Francisco y vaciar la vejiga frente a la iglesia.

Se quedó en la esquina, junto a la puerta de calle donde venden fruta, contemplando la casa. No era sino una prolongación de los muros del templo, retazo de convento con nariz

114 de garita y altos ventanales de cárcel, todo postizo y de disfraz, tal vez siguiendo el ritmo de la vida del pueblo en el cual se encuentra enclavada.

En el tramo de la esquina, están las oficinas y los calabozos para los contraventores, en el de atrás queda el cuartel.

Entró en el tramo de las oficinas, un hálito cavernoso y frío le cortó la resolución. Desde una ventana, el anotador de presos le preguntó:

—¿A quién busca?

—¿Aquí estará el señor Intendente?

El Anotador de presos metió la cabeza, como un

J o r g e
I c a z a

loco, y se hizo el que trabajaba. Se armó un revuelo de agitación en los corredores. Llegaba de la calle el señor Intendente. Todos tenían que ponerse firmes. Algunos hombres, entre los cuales se hallaba el Francisco, rodearon al recién llegado.

—¿Son ustedes los que quieren darse de alta?

—Sí, doctorcito.

—¿No traen ninguna recomendación?

En cartas y tarjetas, nombres de banqueros, de Ministros, de mujeres y de frailes, pasaron ante la vista del señor Intendente.

—Está bien . . . Anóteles —ordenó al Secretario.

—¿Y tú? —interrogó dirigiéndose al Francisco.

—Señor . . . Yo . . .

115 —¿Qué?

—Nada, señor . . .

La turbación del cholo puso de buen humor al señor Intendente.

—¿Cuántos hay anotados? —inquirió al Secretario.

—Ocho.

—Entonces, anótele a este también. Necesito doce.

El Primero López, encargado de la vigilancia de la 2ª Compañía, a la cual fué destinado el Francisco, le llevó a un cuarto repleto de ternos kakis, y, escogiendo entre un montón de calzones, gorras y

*E n l a s
c a l l e s*

guerreras viejas, le acondicionó un terno.

—Cuidarale bien —le iba advirtiendo conforme le entregaba las prendas.

Después de echarle una ojeada a la chapa de metal con el número y darle unas friccioncitas en la manga, le entregó la cifra: 120.

—¿Y'aura mismo tengo que salir al servicio?

—Claro pes. Aura estamos de primer cuarto. Ya se libró de salir de seis a doce. Aura ca tiene qu'esperar hasta las cinco de la tarde para correr lista. Hast'eso cójase con alguno para que l'enseñe a tocar el pito. Ya le voy a dar uno viejito que dejó taita Melchor; el pobre viejo que murió en el hospital con la tos. Como todavía es uste shunsho le'de mandar a que haga ca-

116 rrera por las afueras. Deje no más. No ve que yo soy el que reparto.

—Gracias. Entonces verá si me manda por La Tola.

—Por La Tola ca jodido es, no ve qu'ay muchos chumados y muchas chepas.

—Es que yo conozco toditico eso.

—Uuuu... Alguna gasha ha de tener por La Tola. No vendrá con pendejadas. El Comandante ca es un jodido.

En tanto el furriel de la 2ª Compañía lee la orden general ante la columna de celadores formados en uno de los amplios corredores del cuartel,

J o r g e
I c a z a

el Francisco, convertido en el chapa N° 120, tiembla con la nerviosidad que nos trae la proximidad de lo desconocido.

La voz gangosa del 1° López empezó a llenar el cuartel.

—Chile-García Moreno, Humberto Londoño.

—Chile-Venezuela, Carlos Iza.

—Guayaquil . . .

Con cachaza de veterano guardia, el 1° López iba poniendo postes de vigilancia en todas las esquinas de la ciudad, a la vez que con flexibilidad paterna les aconsejaba la mejor forma de hacer el servicio, la mejor forma de cuidar la propiedad privada de las calles.

—Estos dos primeros deben tener cuidado con los autos.

117 —Así mismo es —confirmó un Inspector de bigotes chorreados y pucho de cigarrillo en la comisura de los labios.

—Bolívar-Guayaquil, Timoteo Carrasco. Verá bien los candados no, casi siempre las viejas d'ese lado dejan sin echar shave.

—Chile-Guayaquil. Lo mismo aquí.

El 1°, seguía desgañitándose mientras la columna se desgranaba en el hueco oscuro de una de las puertas de la cuadra. Terminado el escalafón y cuando sólo quedaban en el corredor los Inspectores, los Subinspectores y el chapa N° 120, el 1°

*E n l a s
c a l l e s*

ordenó:

—Entonces usted váyase no más a La Tola, pes.

En la penumbra de la cuadra, un enorme galpón frío y hediondo, los celadores se preparan a salir a las esquinas. Se les ve moverse, entre las dos hileras de camastros de tijera, con diligencias de hormiguero. Procuran llevar al brazo toda clase de abrigo para amortiguar un tanto los primeros fríos de la noche. El único abrigo legal es el capote, pero ellos se dan maña para barajar en el capote los abrigos ilegales. El Londoño, el Iza, el Carrasco y todos los que tienen servicios centrales, se conforman con esconder una toalla mugrienta que les servirá de bufanda. Taita Julián, Policía de toda la vida, escamotea una cobija otavaleña a

118 rayas blancas y rojas, le es indispensable para envolverse el reumatismo, única jubilación que le dejaron los aguaceros y el patriótico cumplimiento del deber; además, ahora le mandaban por la Chilena y el ronda va poco por ese lado, se podrá dormir en una puerta de calle, enroscado como perro y abrigado con su otavaleña.



J o r g e
I c a z a

6 [REDACTED] LA LANA
[REDACTED] DEL MISMO
[REDACTED] P E R R O

Las juntas de accionistas se sucedían cada jueves y domingo.

—¡Es necesario salvar los capitales! —era el grito de todos al sentirse con la quie-

119 bra en los tobillos—.

—¡Nos han engañado!

—¡Merecería la horca!

—¡Qué se le haga responsable!

—¡Es un imbécil!

—¡Por meterse en lo que no sabe!

El Ingeniero diagnosticó:

—Casi todas las máquinas son viejas y no podrán producir más. Ya hemos visto que ni las veladas dan resultado.

La declaración hizo retorcerse de rabia a los oyentes. Alguien se atrevió a murmurar por lo bajo.

*E n l a s
c a l l e s*

—¡Estafador!

Los bufidos cercaban a don Luis; él se defendía echándoles en cara el ahorro de los diez mil dólares.

Palabras, insultos, paleativos, agravaban día a día el asunto. Echando toda clase de maldiciones los accionistas se arrancaban los pelos de rabia por haber cambiado de negocios, haciendo votos por volver a sus intereses, a sus hipotecas, a sus negocios honrados, a la usura permitida por la iglesia —el módico dos por ciento—, a todo eso que huele a paz hogareña, a chismes de cocina y a mujer menstruada.

Urrestas se hallaba demasiado sorprendido para poder seguir cumpliendo su deber de salvador de la Patria. El teléfono, su aliado, no le servía para nada. Sus indios carecían de valor en esta ocasión, la plataforma de sus espaldas esclavas no jugaban papel. Todo por dejarse arrastrar por la creencia tacaña de su padre: el ahorro.

—¡A la mierda el ahorro! —murmuraba a solas—.

Se espeluznaba al ver que todos los accionistas pedían a grito herido la liquidación, él no debía estar con ellos, le correspondía por su prestigio de prestidigitador, sacar el remedio para convencer a toda esa manada de cretinos. ¿Pero dónde podría

J o r g e
I c a z a

encontrar la fórmula mágica? ¿Dónde? Acosado por las inculpaciones salía de las Juntas saturado de despecho, le parecía hallarse desnudo ante una humanidad inclemente, para no temblar de frío volaba a refugiarse en la cama de "Culo de Negra".

—Veni pes... ¿Chuchaqui estáis que te veo tan triste? Te voy a dar copita para que te levante las fuerzas. Nu'ay nada mejor que la lana del mismo perro para curar el chuchaqui de las borracheras, esa tristeza es del trago.

—Mientras la Zambita buscaba la botella, don Luis se puso a girar alrededor del remedio case-ro de la mujer: "La lana del mismo perro... La lana del mismo perro..." Tuvo un vago presentimiento de haber encontrado la solu-

121 ción. Se quedó sentado en la cama. En el caso de la fábrica, la lana del mismo perro eran las máquinas viejas, la tacañería heredada al taita, la usura. Encendió un cigarrillo.

—Sírrete breve este rico cognac que me trajo el Carlitos Mora —invitó la mujer—.

Tomó la copa, arrojó el cigarrillo y encendió otro. Se echó vestido sobre la cama.

Por el foro de su conciencia gamonal, acostumbrada a servirse del elemento humano indio como remedio para todos los males, asomó un nuevo personaje: el obrero. Entonces en la tragedia ya no eran dos, eran tres, ese tercero vino a rom-

*E n l a s
c a l l e s*

per el equilibrio angustioso, desesperante, vino a ser el mediador que cargará con el peso del drama mal urdido por el comediógrafo novato. Ese era el tercero que ya no se le podía ir de las manos acostumbradas a empuñar el látigo para el ruina. Saltó de su abatimiento, con salto que le hizo saltar de la cama, tomó el sombrero y salió a la calle.

—Que te pasa ve... Loco cro que'stá el viejo —se lamenta la Zambita—.

Toda la noche hizo números. Radiaba su cara cuadrada, como zapato de hule, cuando entró a la Junta de accionistas. Se veía en él, al Urrestas de siempre: lentes redondos de cerco de concha, bien asentado el pelo, olor a tabáco america-

122 no, haciendo brillar el anacronismo de su rubí y hablando con criterio de conquistador.

—Es un cínico —murmuraron los descontentos—.

Con manifiesta energía y hasta exaltación histérica, se le oyó gritar:

—¡No iremos a la quiebra!

Sonaron las burlas. El hombre no se inmutó, antes por el contrario, sacando el gesto del alucinado gritó a la tacañería:

—Bien... La industria es la vida moderna, la del confort, la de las grandes ganancias, la del supremo bienestar; para llegar a ello debemos cru-

J o r g e
I c a z a

zar las cordilleras de las intranquilidades, las selvas de las pequeñas campañas económicas. Ustedes han temblado, muy bien, pero deben saber que los que quieran pueden quedarse conmigo y con la fábrica; los otros pueden retirarse a sus hogares, a seguir la vida chica y un tanto repugnante de la usura... ¡Escoged!

Tal fue el vigor y el convencimiento puestos en las palabras que llegó a lograr la dubitación de los oyentes.

—Yo voy con don Luis —fue la respuesta de algunos—.

Pero los más hicieron el reclamo inmediato:

—¿Y nuestro dinero?

—Yo compraré las acciones de los que
123 no quieran tenerlas. Y, óiganlo bien, las compraré a la par.

Creycron que sólo se trataba del sacrificio del hombre honrado.

—¡A la par!

Al siguiente día, los periódicos hicieron circular la noticia, la gente tuvo que agolpar su admiración sentimental en los ojos.

—El sacrificio del hombre honrado.

—¡El honrado!

—¡El honrado!

Gritaba toda la República en estremecimiento admirativo.

*E n l a s
c a l l e s*

—De estos hombres ya no se ven.

—Estos necesita la Patria.

—El honrado —afirman en todos los círculos políticos—.

—¡El honradooo!

Fue el eco que perduró por mucho tiempo en la Nación.

Una vez en su poder las acciones —la mayor parte compradas a la baja—, empezó a desplegar un plan fecundado al calor de la cama y de la sabiduría de la Zambita: “La lana del mismo perro”. El ahorro, la escatimación de los gastos, la usura, fueron los que le metieron en el lío, ellos también, según el consejo casero, debían salvarle.

Hizo destruir inmediatamente los comedores —crecieron los puestos de comida, como en el mercado, alrededor de la fá-

brica— rebajó los salarios y aumentó las horas de trabajo, anexionó un departamento de mecánica para refacción de piezas, cargando un porcentaje del valor de la compostura en la cuenta del obrero inexperto en cuyas manos se había deteriorado el material —viejo proceder de su padre con los indios—, por último, instaló los turnos de veladas.

Antes de entrar definitivamente en el período de reconstrucción, los obreros movieron penosamente la cabeza en señal de protesta. Les halagó con las

J o r g e
I c a z a

esperanzas de la fundación de la Caja de Ahorros, instalada mediante el cinco por ciento de descuento sobre el salario mensual y, las multas cobradas desde esa fecha en adelante por atrasos. En cambio, los obreros, podían tener plata cuando quisieran, con sólo solicitar un préstamo de la Caja al módico diez por ciento. También les ofrecieron médico y medicinas en los casos de accidentes de trabajo, etc., etc.



125

A la llegada de la Dolores por las tardes, los muchachos se le tiraban a las manos.

—¿Qué trais?

—¿Qué trais?

—Esperen, ya voy a fiar una media libra de mashca onde la vecina Juana. En la tienda de la vecina, a media cuadra de la casa, unos obreros se bebían el jornal en la trastienda vestida con la pijama a rayas de los presidiarios, con la pijama puesta a las siete de la noche por la luz del foco que se filtra por entre las rejillas de la estantería. Sobre el carril chirriante de la guitarra resbala una

*E n l a s
c a l l e s*

cancción:

Por andar bebiendo
la casa has dejado
y los pobres guaguas
shorando han quedado
Por andar bebiendooo.

—Oye, vecinita, haga pes la caridad de fiar una media librita de mashca.

—A tiempo le veo. Mi Juan que'stá empleado en la Fábrica me dijo que le avise que desque van a cambiar a las obreras, iráse a ver.

—¿Siii?

—Sí... A toditas las de la huelga des-
126 que están sacando. Mi Juan está recomen-
dado para que busque muchachas. El me di-
jo que le había hecho anotar a usted. Así es que
irase no más.

Cruzó la calle —el Francisco ya estaba en la es-
quina— la Dolores atacada de un cosquilleo tibio
en el vientre, se metió apresuradamente a la casa.

—¿Onde está la vela? —inquirió a los hermanos
palpando en las tinieblas del cuartocho—.

—Acaso hay... No te acordáis que anoche mis-
mo se acabó —murmuró la voz del mayor de los
rapaces—.

—Cogé el tarro y anda traírás un poquito de a-

J o r g e
I c a z a

gúa de la shave para hacer chapo.

Salió corriendo el muchacho, a la vuelta llenó la oscuridad con una fatiga anhelante.

—¿Qué venís haciendo?

—Nada.

—¿Qué venís haciendo, te digo?

—¡Nada! ¿Que's pes?

Se abalanzó la Dolores sin darle tiempo a huir.

—¿Que's esto?

—Palanqueta.

—¿De onde venís robando?

—Una voz infantil se oyó murmurar temerosa:

—Onde la vecina planchadora. Nu'abía nadies en el cuarto. Un perro entró y casi mi'adelanta.

—Ya mismito vais a devolver, shugua.

127 —¡Que's pes!

El llanto del menor deshizo los escrúpulos de conciencia.

—Quiero pan... ¡¡Quiero pan!!

—Casha bruto, han di'oir.

—Entonces dame.

—Toma, tragón.

Fue repartida la palanqueta en partes proporcionales.

—Con que vayan a estar gritando, verán.

Afuera empezó la averiguación del robo. Se oía la voz de la vecina llenando la casa:

—Ve pes, este perro bandido de la Ñata lo que

*E n l a s
c a l l e s*

si'a shevado la palanqueta, aura le cashco.

Estalló el llanto de los hijos de la planchadora, tras el lloro se oía correr unas voces persecutorias, gritando:

—Tomen vagos. Dejar que se sheve el perro la palanqueta. Aura ca comerán mierda.

Por los rincones del cuarto del zapatero remendón se oía róc como ratas en entablado.

Bajo el foco, como hijuelo que le hubiera salido al poste, el chapa N° 120, silba el pasillo "Esperando".

A la presencia de una silueta femenina en la vieja casa donde vive el Yánez, al Francisco, disimuladamente, se le ve que se acerca y parándose junto a la puerta de calle interroga:

128 —¿Por qué no saliste breve?

—Que's pes... Ni las diez no son.

—Vamos para'rribita.

—¿No estaba mi taita en el estanco?

—No, vamos no más.

—Bueno, pero sólo un rátito. Ya mismo ha de venir taita Ambrosio, no encontrándome ca, Dios guarde, a lo menos si shega chumado.

Instintivamente dirigieron sus pasos hacia un sitio libre de miradas indiscretas.

Cuatro cuadras más arriba de la casa donde vive la Dolores; las calles, libres de la pulcritud recta y ciudadana, se trepan jugueteando a los cerros.

J o r g e

I c a z a

A grandes trechos, un bombillo de 25 bujías, colgado de un poste nudoso y retorcido de madera, denuncia a los enamorados. Al filo de la quebrada, basurero del barrio, se acurrucan viejas casonas que, de vez en vez, abren el ojo legañoso de una ventana y depositan una lágrima de excremento que baja lamiendo el muro de la quebrada.

Olor a desperdicios, a orines fermentados, a afrocho de café lo envuelve todo. Viejas del tiempo del gualataco salen de las casas con el bacín bajo el pañolón. Mozas de vida sospechosa, desde el umbral de sus viviendas, arrojan a la vía lavaca-ras de agua de permanganato.

—Vamos para'ca —invita ella—.

—Ya mismito caye el ronda, tengo
129 que'star en ese aguayte.

Se adosaron a la peña. Como buen macho, él empezó a desbordar su agresividad sobre los senos turgentes.

—¿Que's pes? Estate quieto.

—Quietto mismo estoy pes.

La agresividad incontenible se derramó senos abajo.

—Elé no dije... ¿Ya comenzáis, pes? ¡Jesús! Por eso no quiero venir.

De la quebrada subían emanaciones excitantes, dando atrevimiento de libertad a la lujuria. Exploran las manos del macho bajo los trajes. Desde el



pescante del poste, la luz del bombillo frena al deseo, defendiendo la moral de los ventrudos parroquianos que cautelosamente van saliendo de las tienduchas de mujeres de mala nota: salen de hacer un depósito de lujuria, de esa lujuria que en el honrado hogar se ha vuelto intolerable.

—No... No así —protesta la muchacha con voz en la cual agoniza la virtud—.

Del cerro baja un olor a tierra húmeda, a hierba, a campo, a naturaleza en cópula, olor que aviva el sentimiento campesino desorientado en la ciudad. Era inevitable; después de los primeros remilgos llegaron a besarse. La Dolores sentía encontrar en el Francisco el abrigo de su tierra perdida. Defensa en nudo de abrazos sofo-

130 cantes. Ella se entregó a él con un nuevo sentido de ceder: por ayuda, por acoplamiento de encuentro voluntario. Así sucedió, bajo una luz mortecina, envueltos en el olor nauseabundo y junto a las tiendas de las prostitutas, esa cosa sencilla que es el amor sin hastío.

Se oyó pasos en la calle.

—¡Púchica, mi Comandante! —afirmó el Francisco soltando el brazo de la Dolores y corriendo hacia abajo para ver si podía dar parte de su servicio al Jefe.

Metido la cabeza en el cuello levantado del abrigo, dejando entre las solapas erectas el botón

J o r g e
I c a z a

rojo de su nariz, producto de su inveterada afición al aguardiente y a un liberalismo que se viene volteando desde época de Don Eloy, mi Comandante Diego Castañeda, no se preocupaba en aquella noche sino de repasar la oferta que entré vaso y vaso de cerveza, le hiciera a su adorada Rosita: "Yo le colocaré a tu hermano".

—No cro que me vio —murmura consolándose el Francisco—.

Empezó a garuar. Se sentó en una puerta de calle. En el sueño le invadieron sus fantasmas: la Dolores, el cuartel, el Comandante. De pronto, un latigazo de frío le hizo despertarse tiritando.

—¡Carajo! —protestó—. Y volvió a caer en una modorra pesada, mecida por la garúa.

131



—Buenos días —entra saludando el cuartelero—.

—¿Qué hay?

—Sin novedad, mi Comandante.

—Abre la ventana. Andá verás si hay algo con que picarse donde la Paula; ojalá haya ese rico ca-

*E n l a s
c a l l e s*

riucho.

—De mañana ca, nu'a di'aber.

—También traerás una botella de cerveza, y dírasle que apunte no más a la cuenta.

Al volver con el plato de cariucho y picado por el olor del ají, de las cebollas y de las lechugas, el cuartelero se acordó de su pedazo de carne asada guardado en uno de los bolsillos de la blusa; sacándolo revuelto entre el pañuelo moqueado, un pedazo de piola, el pito, unas bolas madres y muchas migas de imposible identificación, lo limpió cuidadosamente, lo embarró con la salsa del cariucho, y sentándose en uno de los peldaños de la escalera se puso a devorarlo.

En el cuartel resonó el toque de llamada a la compañía de retén.

132

Magicamente el clarín iba atropellando a los jugadores de bolas en los corredores, a los chapas que se dejaban hacer la barba por algún compañero, a los que vivían a caza de un ratito desocupado para poder reponer el sueño siempre con saldo en contra, a la digestión de los dispépticos, a los reumáticos entretenidos en ponerse cataplasmas de sol, a las partidas de baraja de los Oficiales; atropellábalo todo, transformando la holganza del retén en mecanismo urgente de cuartel, en alistamiento de formación, en degüello de tranquilidad.

J o r g e
I c a z a

Los que jugaban a las bolas y se sentían perdidos, aprovechaban el momento para hacer trampas y embolsicarse las pérdidas; los de las barbas se quedan a medio hacer, limpiándose con el pañuelo la jabonadura del cachete que queda aún viejo; a los sorprendidos sobre el jergón de la cuadra se les ve meterse apresuradamente los zapatos, luchando con la humedad del pie sin media y el contrafuerte hecho a machote; los reumáticos se pegan la última sobadita a sus nudos hinchados y sus coyunturas desiguales; las partidas de baraja quedan destripadas sobre las camas de los Oficiales enseñando el tripaje de sus combinaciones.

—Que preparen los caballos...

—Que vayan con sable.

133 —A la parroquia Alfaro.

—Caballerizo, abrí la pesebrera.

—¡Traí la montura!

—¡Las polainas!

—Me han cambiado el freno.

—Que vayan todos los de mi compañía. Hay que dar sable sin miedo. Si alguno se resiste o se hace el gasho, le cogen del pañote y le traen no más —gritaba en mangas de camisa, desde la puerta de su cuarto, al grupo de oficiales que había ido a recoger órdenes, el Comandante Diego—.

—Rápido. Es orden superior. No descuiden el sable. Hay que manejarlo como látigo.

*E n l a s
c a l l e s*

—Está bien mi Comandante.



Se internó la Dolores por las calles más ocultas: calles estrechas, donde todavía sobran los carcerones de rejas altas y portón de cerrojo, y que, allá por el tiempo de la Colonia, escupieron oídos y sotanudos libertinos.

Se escurrió por los extramuros orillados de altísimos paredones conventuales, colas magistuosas de las torres vestidas siempre **134** con engalanados trajes de novias —de esas novias que se quedaron petrificadas al recibir la noticia de las calabazas del novio calavera—. Paredones, tan sólo útiles para quitar el sol a los hogares proletarios hacinados en sus contornos.

Avanzaba con los ojos llenos de esperanzas, clavados en una carretilla empujada por un guanguado. Cuando más fuerte y voladora era su imaginación, se sintió rociada por una tenue garúa; alzó a mirar, desde una ventana de reja un guagua en camisa se orinaba a la calle.

—Huambra malcriado. Ha visto lo que mi'ace carnaval.

J o r g e
I c a z a

Rió el guangudo, y se asomó a la puerta de una carbonería una mujer con un viejo sombrero de hombre a la cabeza y tiznada las manos y la cara; echó a mirar a la ventana y empezó, en són de guerra, una serie de insultos contra la Dolores.

—Que's pes. No ve que's guagua. Qui'a de saber pes. Ve pes, ya se desdoró, para el pite de miados que lí'a shegado. Ni que juera qué.

Antes de que la muchacha se atreva a tomar la defensiva, la carbonera continuó:

—Cashe ... Cashe, ni que juera guagua para ponerse a peliar, carishina de mierda.

Conforme se iba acercando a la fábrica, a la esperanza de trabajo, de pan para los hermanos, sentía el desaliento de los innumerables

135 fracasos, el despecho le quemaba en los ojos enrojeciéndole los párpados. Después de

algunos minutos, no supo cuántos, ya no se preocupaba del tiempo, llegó al puente de Machángara y se sentó en una de las piedras del pasamano a ver pasar el tranvía como si esperara a alguien. Al trabajo, al cual había buscado durante varios meses por todas las calles de la ciudad.

Buscó en los almacenes, donde supo que los turcos necesitaban empleadas de doble uso.

Buscó en los hogares cristianos, donde supo del valor del pase libre del certificado del confesor.

*E n l a s
c a l l e s*

Buscó en los talleres donde supo que todo es-
taba ocupado.

Buscó...

Buscó...

Ahora, sigue buscando.



136

J o r g e
I c a z a

Aquella mañana la fábrica no dio el grito de desesperamiento que ponía en pie a los obreros. La huelga estaba declarada desde hace varios días en defensa de ocho obreros despedidos por querer formar el Sindicato.

137 La Caja de Ahorros y todo el tren de reformas implantadas por la honradez de don Luis, vinieron a golpear fuertemente en los pulmones de los trabajadores, a producir buenos dividendos para los accionistas y esputos sanguinolentos para la masa trabajadora.

El médico después de una violenta discusión con el Gerente, resolvió presentar su renuncia.

—Pero, doctor, ¿no se podría remediar en alguna forma?

—Esa gente necesita curarse. El exceso de trabajo, la pelusa, son las causas de la congestión de muchos pulmones. Tenemos cinco casos graves,

*E n l a s
c a l l e s*

sin contar la anemia que succiona toda la alegría de los rostros. Necesitan tricalcine, pulmoserum, un reconstituyente fuerte. Si las inyecciones son caras y si se me ordena no usarlas, por lo menos démosles un tratamiento reconstitutivo.

—La Caja no da para remedios caros. Usted comprende que apenas son dos años y el fondo para esa clase de gastos es mínimo; los accionistas exigen cada vez más.

—En tanto los obreros están convencidos de tener un gran fondo de reserva por conceptos de multas e intereses.

—Pero usted comprende que eso no es de ellos.

—Yo no sé de estas cosas. Pero ellos se dan cuenta y necesitan curarse.

138 —Se les puede dar una cosa barata, algo así como bicarbonato... No saben lo que toman... La medicina es más eficaz por la sujeción... El enfermo convencido de la infalibilidad de un medicamento está salvado. ¡Hay que convencerles! Usted cree que todos esos brebajes que nos llegan del extranjero son los que en realidad valen y alardean? No, mi querido amigo.

—Usted podrá pensar como le parezca. Pero yo me retiro.

—Le suplico prudencia, doctor. Esta conversación debe quedar entre nosotros.

—Descuide.

J o r g e
I c a z a

En Alpaguasi, en Chiriacu, en el puente de Machángara, cambiaban paulatinamente las formas de vida. Se habían duplicado las puertas cerradas con guaguas quejumbrosos espiando la vida por la rendija, los cuales, al atardecer, cansados de esperar a la mama o al taita, dormían agotados de tanto llorar junto al perro, más rebelde e incansable raspador del umbral de tierra apisonada.

Aprovechando las cortas visitas del sol, en días de fiesta, las madres sacaban de los oscuros rincones a los hijos: parpadeantes, pálidos, con repugnancia de piernas aviejadas y fofas; curando la imposibilidad de caminar de los pequeños con sobaduras de cáscaras de aguacate a pleno sol.

—¿Que's pes, no quiere pararse?

139 —Que tan será...

—Elé, el mío tan está'sí. Chuno, chuno ha salido. Ya dos años cro que tiene. Y con lo que yo no paso sino en la fábrica, sólo la guagua le cuida, pero me cuentan que desde le hace cair a cada rato la carishina por estar jugando con los caris.

—Siquiera tiene quien le vea... Aura yo ca... tengo que dejarle encerrado dándole la mamadera.

Cada vivienda escenifica una tragedia: niño abandonado, un borracho, una vieja paralítica, un mutilado o una prostituta.

De vez en cuando, un grito escalofriaba las ca-

En las
calles



lles, se asomaban las vecinas curiosas y los comentarios se prolongaban hasta la noche:

—Al guagua de la Melchora, como li'an dejado solitico en la tienda sia'ido gatiando hasta el fogón y si'a quemado las manos; en el hospital han dicho qui'ay que comarle los brazos antes de que caiga la gangrena.

—¿Ya vio al mío tan como le cogió el tren?

Un mozo de facciones enjutas y de pulmones deshechos, habla con su vecino:

—¿Que's de la longa Mariana?

—Uuuu... La sanidad li'anda persiguiendo. De cogerle con cuchara desque está. ¿Y vos como vais pes?

—Ya parece que voy sanando.

140 A los dos lados de las calles de la parroquia se ofrecían esta clase de diálogos en exposición de humanidad flagelada: con guaguas haraposos gateando por las calles junto a los cerdos que devoran cáscaras de plátano apiladas en los umbrales de los hogares, con artesanos que en mangas de camisa trabajan en la vereda, con puertas entreabiertas hostezando oscuridad, con tuberculosis, con paralíticos, con prostitutas y con el enorme Cristo de la agonía que pide caridad para el párroco.

“Pero ese es el curso material de las cosas. Esa debe ser la vida humilde y resignada de los po-

J o r g e
I c a z a

bres", había afirmado por varias veces el cura.

Para el Ramón Landeta ya no existía tal resignación. El sabía oponer a la humildad cristiana: gritos, necesidad de rebelión en demanda del fondo de multas, necesidad de pedir la administración de la Caja de Ahorros, necesidad de organizarse en sindicatos.

Muchas veces el Landeta habló en nombre de sus compañeros al Gerente; la soltura, la fuerza puesta en los reclamos, le venían haciendo merecedor de la ojeriza de los Jefes. Cuando supo de tal presencia don Luis, palideció, ordenando la inmediata cancelación, pero desgraciadamente era tarde, el chagra estaba clavado en la masa de los compañeros como muela cordal.

141 Después de haber conocido la furia anarquista de un odio aplacado con el incendio, después de haberse visto aventado a una ciudad inhóspita, ancló el buen chagra en un cuartucho de la Estación, junto a la vivienda de un paisano que tenía negocio con los piqueros de fruta.

Mujeres de fogoneros y brequeros huérfanas de macho, —del macho que anda por las estaciones de tránsito del ferrocarril, tal vez divirtiéndose con mujeres de mala vida, del macho que volvía cansado y presuroso para poder ser una recompensa a los sacrificios de abstención sexual, del macho que a veces le traen hecho fiuto y metido en un cos-

*E n l a s
c a l l e s*

tal como defecación de trenes trituradores de hombres— era el medio femenino estancado en el cual el Landeta cayó, con sus arrebatos de potro suelto, como gallo de repuesto.

A la mujer del Teófilo le tendió el ala de unas canciones de su tierra, ella en un arranque sentimental, se agachó como gallina, en la quebrada de las Monjas.

A la Catota le consiguió haciéndose el comedido en la averiguación de la hora de la llegada de los trenes.

A la Claudina, mujer del negro Camilo, le aprovechó en el bosque, un día de esos de recolecta de hoja de eucalipto.

Picaba en una y otra, armando revuelo
142 de celos y comiendo a costilla de las faldas. Hasta que una enfermedad venérea le hospitalizó una quincena.

En la amplia sala olor a yodoformo y a monja, supo canalizar sus desenfrenos desorientados; por consejo de un hombre consumido por la tisis, un obrero de unas minas de oro, una partícula de la masa informe de tuberculosos y mutilados, extraída junto con el cuarzo por los señores gringos de los riñones de la tierra. El cuarzo va en marquetas a purificarse en los bancos extranjeros, la carne obrera se pudre en los hospitales o cuelga sus mutilaciones en la mendicidad.

J o r g e
I c a z a

En las pesadas e inacabables horas de hospital se ponían a conversar: el obrero le contaba su vida en monólogo de pausas fatigosas, trepando por el engranaje de una respiración anhelante, arrullados por el surtidor de la pila del patio que glugluteaba como la tisis en el pecho del enfermo.

—Dos años no más aguante... Otros aguantan menos. En el sexto nivel sudábamos como condenados.

Sin darse cuenta, se pasaba horas enteras transmitiendo al Landeta los pormenores de la vida bajo tierra, con ese fervor de las recomendaciones dadas a los que se quedan, cuando va a partir el tren, llegando hasta el crispamiento de sus manos pálido-verdosas en afán de arañar fantasmáticas; mas, su furia crispada tenía que troncharse sobre el pecho para oprimir el dolor de un acceso de tos inacabable.

Cuando cesaba la fatiga, volvía el relato, creyendo siempre que en el último momento no podría transmitir toda esa realidad.

—Lo más jodido eran las perforadoras que nos hacían temblar sin darnos tiempo de nada: no podíamos pensar, no podíamos sentir; siempre clavados en la vibración desesperante impuesta por la máquina sobre nuestros pechos y nuestras manos. Empapados en sudor que deja charcas en el suelo. Agua escurriéndose por todas partes. Lodo de-



vorador de zapatos de suela. Asfixia de la roca hecha polvo. Aniquilamiento de cambios bruscos de temperatura. Los anuncios gritando advertencias contra la muerte. Los accidentes de trabajo. Los reclamos. Todo mezclado en esa tumba infernal. Mientras afuera esperan los cuartos mugrientos donde hay que hacinarse diez o doce hombres agotados por el trabajo, tirados como puercos, en tanto la compañía gana un millón de dólares mensuales.

Seguía hablando de los desahucios, de la miseria de las mujeres, de toda una vida arrastrada en el barro y en el calor de la mina. El Landeta dominaba trabajosamente las lágrimas que pugnaban por saltarle.

144 —¡Carajo! ¿Y por qué no le prenden fuego a toda esa mierda?

El obrero meneó la cabeza con una sonrisa compasiva.

—No, ¿para qué?

—¿Para qué? —repitió el Landeta aquilatando la inutilidad de lo que había constituido siempre su forma de lucha.

—Oponemos, en parte, una resistencia de unión, una resistencia de sindicato.

Le explicó lo que era un sindicato, lo que era una huelga, lo que eran las clases, la explotación, el imperialismo, lo que eran los empleados de Go-

J o r g e
I c a z a

bienno que iban a fiscalizar a la Empresa, llevando la renta de cien sucres, y al final tenían que hacerse de la vista gorda porque los gringos pagan en dólares, ¡en dólares!, todos los servicios clandestinos.

—Todos carajo, se venden; no hay más que nosotros, nosotros los únicos, los demás, la mierda.

El obrero cayó en los almohadones agotado y susurrando:

—Un millón de dólares de ganancia en oro...

Y como viera un gesto vacilante y dulcero en el Landeta, continuó:

—No, esto no vale la pena.

Se palpaba en el pecho como para hacerle ver a su compañero lo inútil de su cuerpo

145 gastado.

—No vale. Se acaba... Somos cientos...

En la humanidad millones.. Pero quedan muchos millones también para saldar la cuenta. Esto, es nada...

Pasó una monja ordenándoles silencio.

A media^a noche el enfermo tuvo hemotisis.

—Un millón de ganancias en oro... —afirmaba en tanto la sangre se le iba de hilo en hilo—.

Un momento de calma. El Landeta se había despertado y desde su lecho observaba el menor gesto del obrero: vio como las manos amarillo-verdosas, caían pesadamente, vio como los ojos se

*E n l a s
c a l l e s*

inmovilizaban, notó que algo dejaba de roncar en el pecho; vio como la cabeza, tras una leve convulsión, cayó lentamente a un lado.



Los obstáculos a la sindicalización y el despido de obreros avivaban la huelga.

Como medida salvadora, la junta de accionistas, exclamó por boca de Don Luis:

—¡Somos caballeros y tendremos que **146** mantener nuestra obra tal cual está!

En represalia los obreros gritaban:

—Crearemos el fondo de huelga para resistir.

Grupos de mujeres obreras se barajaron indistintamente entre las calles de la ciudad, filtrándose por todas partes: almacenes, casas de viejas solteronas, oficinas públicas, interrumpiendo a los transeuntes, logrando enfrentarse con los pastores de almas, etc., etc. A las doce del día hicieron cosecha en la Plaza Grande; donde la élite masculina de la política y del arte arman las revoluciones y sueltan los grandes chistes, donde dieron con el tipo de viejo verde que, alargando un billete de

J o r g e
I c a z a

a cinco, insinuó a una de las obreras:

—No quiero ningún comprobante. Déjate de huelgas. Esto es para tí. Toma mi tarjeta, pásate mañana por mi despacho a ver si te tomo un sucre más en comprobantes para los vagos de tus compañeros.

El grupo de amigos prorrumpió en carcajadas, las obreras rieron por contagio.

A la agraciada le quemaba el dinero en las manos, tal vez por costumbre murmuró:

—Gracias.

Atardecía cuando las mujeres, entre alegres comentarios, retornaban a la parroquia con unos pocos sures. A la noche, la mayor parte de las muchachas, se revolcaban en los camastros, atacadas de fiebres ilusorias. Entre los vericuetos de la imaginación danzan las escenas del día: ojos inyectados de lujuria mirándolas con codicia, palabras afectuosas, manos que se abren paso entre las recias timideces del rubor para aprovechar la turgencia de las caderas y de los senos en botón. En medio de la oscuridad de las tienduchas enfiladas a lo largo de la cuesta de Alpaguasi, la sangre joven aceleraba los corazones imprimiendo a la noche una cálida ansia vital.

A la vereda de la línea férrea, alcoba de los novios del barrio, se entablaron diálogos desusados.

*E n l a s
c a l l e s*

El orgullo producido por la nueva cotización ciudadana abofeteó los desplantes y las licencias de los enamorados proletarios.

Día a día iba disminuyendo la vuelta puntual de las comisionadas. Día a día la fuerza de la protesta de los primeros momentos iba agonizando en la angustia de la espera y en los días sin jornal. Los comentarios se volvían desfavorables para el Landeta y para el Guamán, convertidos en perros fieles de la huelga.

Los promotores estaban al borde de la gran resolución, necesitaban el pequeño empujoncito para precipitarse.

El Landeta pudo pulsar el sentimiento de los moradores de Alpaguasi al pasar una mañana haciendo minuciosa recolecta de los comentarios lanzados desde los alrededores de las casas de los obreros.

Vio el sacar de las cabezas del vecindario, y, como quien no quiere la cosa, avanzó por la avenida de murmuraciones.

—Por éste...

—Buenos días, cholito.

—Ya voy para ashá.

—Y como va pes la cosa.

—Ya va a morir el pendejo.

—Matándonos di'ambre.

—Por hacernos creer.

J o r g e
I c a z a

—Que le saquen, a nosotros ca, que nos importa.

—Mapa sindicato.

—El diablo lí'a de'star esperando, por eso es irqui.

—La mala conciencia.

—Buenos días.

—Como vais pes.

—Por este pendejo estamos jodidos.

—Por éste... Por éste.

—Por él.

—Contento ha de'star aura.

—¿Se podrá hacer algo?

—Yo le'staba diciendo no nos metamos, mos de salir jodidos.

149 —Por éste.

—Por éste.

—Muriendo di'ambre. Pior que antes.

—Que nos importa que le manden sacando.

—Algún castigo lí'a de venir.

—Muriendo di'ambre... Ha di'aber paciencia.

—Hasta mi guagua no volver más. Elé aura quién me ayudará pes.

—Por éste.

—Desgraciado.

—Chagra.

—Descreído.

—Por él.

*E n l a s
c a l l e s*

Se había convencido de la realidad al dejarse triturar por las fauces murmuradoras de la calle. Había pulsado la situación en la dentadura de esas dos hileras de casas proletarias. La música le zumbaba en la cabeza, con el estribillo enloquecedor: "Por él". "Sí, carajo... Por él". "Son unos mierdas" pensó; y al tomar la calle que da a la fábrica, se le vino de súbito la idea "Haré abrir las puertas de los talleres a la fuerza. Debemos tomar el trabajo con nuestras manos cuando se nieguen a darnoslo. Quizá así no nos llamen ladrones".

Apenas desapareció la figura del obrero, asomó la del señor curita. Los corredores se deshicieron en reverencias, genuflexiones, saludos místicos,

hasta que el buen párroco se encontró **150** frente al corredor del Exce Homo, donde abrió la hucha, después de hacerle cariños a un muchacho que jugaba en la calle.

—Los obreros están dejándose corromper por los herejes —exclamó después de contar el poco dinero tragado por la alcancía en esa semana—.

—Dios les ha de castigar —le contestó el hojalatero del barrio, que vivía en la casa del frente—.

—Mañana mismo les amonesto en el sermón. No he de consentir que mi parroquia caiga en los lazos del demonio. *rey comunismo*

A las espaldas del párroco, el muchacho de la calle, escribía en la pared:

J o r g e
I c a z a

"Biba la huelga".

Todas las noticias que llegaron hasta el despacho de Don Luis, fueron alarmantes: los obreros se preparan a romper las puertas, se preparan a romper los candados, han escalado ya los muros, se han apoderado ya de la fábrica, hay rumores de incendio.

Felizmente, en esta ocasión, el teléfono le podía conectar con la salvación.

—¿Ministro?

—... Sí...

—Todo mal. Yo anticipé el resultado. Acabo de saber que los obreros van a destruir la fábrica. Esto no se ve ni en tierra de salvajes. Si se hubiera hecho lo que yo dije a primera hora, todo se hubiera solucionado bien.

151 —... No. ala pendejo

—Para algo ha de servir la Policía. Con unos 50 hombres se arregla la cosa.

—... Sí. ala copudo

—Sí... Sí... Es indispensable tomar esa medida. Acabar con toda esa gente que nos tiene hasta la coronilla. Hay un tal Landeta que es el instigador de todo esto, ojalá le den su merecido.

—... Sí. al pirocu

—¡Landeta!... Es un criminal; el prototipo del disociador y canalla, conozco todas sus mañas, es del pueblo vecino a mi hacienda. Figúrese si

E n l a s
c a l l e s

no le habré estudiado al dedillo. Imagínese usted que se ha atrevido a levantarle la voz al Gerente. ¡Al Gerente! ¿Se imagina usted?

—.....
—Sí, suficiente, pero que sea pronto. Donde se les deje pueden cometer una barbaridad.

—.....
—Gracias.

Dejó el teléfono, se quitó la bata de casa, se puso la americana de casimir inglés y se tiró a la calle dejando a su paso un fuerte olor a tabaco americano.

152



J o r g e
I c a z a

Antes de que los obreros pudieran romper las puertas, según propuesta de Landeta y de Guamán, cincuenta Policías a caballo pusieron al edificio una corona de sables.

Alpaguasi, Chiriacu y el puente de Machángara derramaron sus multitudes sobre la cuenca de la plaza. Los de Alpaguasi, torrente venido en bajada, eran bullangueros y alharaquientos, la viada del fuerte declive en el cual se inclina la calle, les proporcionaba fuerza para arremolinar el lago de cabezas, venido con furia taimada desde Chiriacu. La respiración anhelante de los que subían desde Machángara, colmaba la inquietud, despertando un sentimiento de fuerza interior en la masa.

—¡No queremos sino que nos abran la fábrica para trabajar! —escupió un hombre frente al cordón de policías olor a majada, a alfalfa, a sudor de caballo y de chapa—. La multitud erizaba el co-

*E n l a s
c a l l e s*



gote como perro que quiere atemorizar al enemigo enseñándole los dientes de las murmuraciones y de los gritos. Un tintinear de sables, un ruido de espuelas, pisadas de cascos y voces de mando, alisan con mano escalofriante de acero los pelos hirsutos de la masa.

Muchas mujeres repletas de cólera desenfundada, acosan por todas partes a los chapas, haciéndoles ver la contradicción social en el cual iban a incurrir.

—¡Maricones!

—¡Vendidos!

—Ya te'stáis miando de miedo.

—Ve, hasta el indio ese hecho el gente, amenazándonos con el sable.

154 —¡Maricones!

—¡Maricones!

—Retírense... Retírense... —insinuaba en voz baja un oficial, ladeando con el pecho del caballo a la gente.

—¡Carajo, queremos entrar! —afirmaban por todas partes—.

La voz, del oficial volvía a insinuar:

—¡Retírense...! ¡Retírense...!

En la esquina una vieja sermoneaba a uno de los jinetes:

—Que's pes... Ya cro que shega el día del juicio... Porque estáis vestido de chapa será pes que

J o r g e
I c a z a

ti'acís el futre.

Como el hombre se hiciera el desentendido, la mujer siguió la plática en voz recia:

—¡Catota! ¡Con vos hablo! Has de tener paciencia de amenazar con el sable a tus taitas que'stán aquí, hecho el chusha faite... Ja... ja... jay... Aquí'stá tu taita, tu mama tan... y yo pes, que te cuidé dende chiquito, de porte de cuso. Has de querer desquitarte pes, de las cuerizas que te metía por cagón, por ishpassiqui en la cama.

La gente que rodeaba a la vieja rió a carcajada tendida. La mujer repitió el detalle:

—Sí, pes. ¿No ven que le conozco como si li'ubiera parido? Nosotros ca estamos emperados porque tenemos hambre, porque nos au-
155 ga la tos, no por ishpassiquis... ¿Eso ca no sabís? Dende que te metiste con la volantusa de la Carlota, y estáis de chapa, ya no querís conocernos a los que somos de tu familia, a los que conocimos tu miseria, a los que somos de los mismos.

Todos los celadores ardían en una angustia desesperada, les pesaba el sable, oían aquellos insultos retorciendo los labios, levantándose sobre los estribos para no sentir el mordisco del cansancio en las nalgas.

De la gran cadena de sables, cargada de furia y de despecho, emanaba una atmósfera angustiosa.

*E n l a s
c a l l e s*

Un arrapiezo descalzo que pregona caramelos, empieza a subastar sus conocimientos sobre los celadores:

—Ve, Shuqui... Buscando te' estaba tu mama...
¡Carameloos!

Algunos obreros se acercaban a los celadores y les hablaban por lo bajo, eran viejos conocidos, camaradas de borracheras, camaradas de miserias. Los chapas escuchaban recortando gestos incomprensibles o mirando resignadamente a lo lejos.

—Quítense di'alado del cabasho, nos ha de ver el Oficial —afirmaban, separando a la gente—.

Cada vez tomaban más bríos los obreros, sin atreverse a creer que aquellos hombres montados, que eran sus hijos, sus hermanos, sus **156** parientes, sus amigos más íntimos, pudieran irse en furia de sables y de ultrajes, con bayonetas y fusiles, sobre sus pobres protestas de gritos y de puños.

Se apiñaba la muchedumbre avanzando y tornando a retroceder en un oleaje de odio que soldaba los más grandes rencorés y deshacía las más grandes distancias entre ellos. El Landeta y el Guamán, corren entre el lago humano con la noticia de haber visto al Gerente entrar por la puerta trasera. Se congestiona el grito, se llaga al alarido. Un Oficial pasa revista a la fila de soldados, produciendo un estremecimiento de sables, correas, monturas y cascos.

J o r g e
I c a z a

La muchedumbre siente placer en revolcarse en las voces de protesta.

—¡Qué salga de la fábrica, el perro!

—¡Queremos entrar!

—¡Qué salga!

Se enfoca el odio de la masa en los Oficiales, haciéndoles parpadear y buscar arrimo con las miradas en los sables de sus soldados. El sol evapora un olor picante a cuerpo sudado, deseos audaces, cargando la atmósfera de gritos estridentes y de burlas crueles.

De pronto un Oficial se incorpora en la silla. La muchedumbre hace una pequeña pausa para observar los movimientos. Estalla el trueno de una voz de mando que se enreda entre los silbidos, entre las maldiciones y las rechiflas salvajes lanzadas por el tumulto ante el olor de un peligro próximo:

—¡Despejar, carajo!

—No . . . ¡¡Nooooo!!

—¡Despejar!

—¡Nooo!

De improviso, la fuerza de los caballos y de los sables se incrusta con desesperación bárbara en la gran masa, meneando el espanto de la muchedumbre. El destacamento se lanza blandiendo los sables, los sables hechos látigos. El tumulto se encrespa en oleajes de espanto. Las mujeres se tiran

*E n l a s
c a l l e s*

al suelo por montones. Pelotas de piltrafas humanas ruedan anudándose con gritos. Todos corren hacia un topeteo desenfrenado, estrellándose contra las paredes de las casas y reventando en espuma de alaridos. Sólo el sable cae entre la confusión obrera que rueda indefensa entre las patas de los caballos. Tintinean los estribos, crujen los huesos, resoplan hombres y bestias en zarabanda de olores nauseabundos, de gemidos, de maldiciones, todo estremecido, palpitante y degollado bajo la fuerza del látigo de acero.

—¡Cobardes!

—¡Asesinos!

—¡Maricones!

Suenan los cascos sobre el empedrado.

158 Suenan los sables sobre las espaldas, sobre las caras, sobre los brazos, sobre el tapiz proletario.

—¡Carajo, basta!

—¡Basta!

Impetuosas las maldiciones de la muchedumbre iban poco a poco retrocediendo en lágrimas. Una mujer se tapa con las manos una herida en la cara, la sangre se escurre entre los dedos. Un muchacho tiene el brazo roto. La manifestación empieza a deshacerse en carreras, llevando en la jeta anhelante el sentimiento de abandono, la conciencia de las vidas que se estrellan en una realidad

J o r g e
I c a z a

esclava.

—Cojan piedras... ¡Hay que coger armas, ca-
rajo! —grita el Landeta subido a las gradas que
llevan a la plaza de la Estación—.

La dura esclavización cuartelaria hacía temblar
los sables en las manos de los policías, y la voz
de mando, quemándoles el alma, caía sobre ellos
en embrujo de autómatas vapuleadores.

Con voz de selva gritaba el Lucas Guamán, a-
garrado a las riendas de un caballo y oponiendo
la mano en garra al sable que le deshilachaba el
brazo.

—¡Bajá hijo de puta!

—¡Cójanle! —grita el Oficial—.

Cayeron dos gendarmes más, armando
159 un nudo de cosa sanguinolenta, de pata-
das, de sables y de mordiscos.

El Francisco se entretenía salvajemente contan-
do los sablazos que iba dando: uno, una vieja que ro-
daba en una algazara de polleras; dos, un mucha-
cho llorando maldiciones; diez, mujeres suplican-
tes; once, un gesto de dolor reprimido; doce...
!No! ¡No puede ser! Le engañaban los ojos.

—¡Sí, carajo, la Dolores!... Salí di'ay, mierda,
—le gritó ajustando las riendas para ver de desen-
redar a la hembra de las patas del caballo—.

—Salí di'ay —repetía frenético, blandiendo la
hoja acerada en el aire—.

*E n l a s
c a l l e s*

La mujer logró zafarse y empezó a pedir perdón agarrada a la bota del macho. El Oficial que venía detrás, gritó:

—¡En qué t'as quedado pensando, cojudo! Ya querrás que nos rodeen. Nu'ay que perder el tiempo. Dale, carajo, dale.

Quiso el Francisco fingir disciplina y empezó pegando apenas; pero los gritos del Oficial, una piedra en la cara, el caballo que se le encabritaba, la muchedumbre arrollándole, hicieron crecer la furia y la fuerza en ascenso paulatino, contra el bulco de carne aferrado a la bota. En el vértigo de una inconsciencia sádica, azuzado por la voz superior, frente a la furia de los suyos, sintiendo el dolor de los golpes en carne viva, que-

160 riendo reírse de la angustia bárbara pegada a su cuerpo, vapuleó sin piedad a su hembra. No supo más. Había que pegar, pegó fuerte.

—Toma... ¡Toma, carajo!

Se desprendió la mujer cuando el caballo cruzaba la plaza, la plaza que se iba quedando desierta, pero el chapa seguía fuetecando a la ilusión de una cosa dolorosamente pesada y aferrada a la bota, de una cosa que le golpeaba en el pie con pulsación vehemente. "¿Por qué no se para ese golpe-teo maldito?... ¿Por qué no se para?", pensó furioso. El sable silbaba junto al espanto acaraco-

J o r g e
I c a z a

leante del caballo.

—¡Qué haces, imbécil!

Era la voz del Oficial que le sacaba de la inconsciencia.

En las tiendas cercanas curaban a los heridos, en tanto en las calles, empezaban el arrastre a la policía de la gente que logró caer en las garras del despecho de los gendarmes.

Al Lucas le llevan arrastrando cuatro chapas. Manaba sangre del brazo, pero eso no obsta para que le pongan moquillo en las muñecas y le lleven arrastrándole.

—¡Carajo, maricones...! ¡Cuántos son!

Las patadas se le iban en blanco, se agarraba a las piedras, dejando en su arrastre giros **161** nes del vestido. Se envolvió en la salvación de un poste; una patada certera dejó tendido a un hombre en la calle, era el chapa N° 132 que, en retortijones de cuica pisada, daba botes cogiéndose el vientre.

—¡Ay... ay... ay!

—Onde te shegó pes —le interrogaban los compañeros—.

—Aquí... Aquí.

—Mal golpe ha sido. Li'a shegado en los güevos.

—Verás no más que le mata.

—Denle palo a este indio maricón.

*E n l a s
c a l l e s*

—¡Ponele moquisho en la boca como a las mulas para arrastrarle, carajo!

En semi-inconsciencia se revolcaba el 132, en tanto, al Guamán le llevaban arrastrado como a perro.

Con un pequeño dato, publicado en la primera página de los periódicos, finalizó el incidente:

“Inscripciones en la Intendencia. Hasta el sábado de la semana próxima se podrán inscribir en la Intendencia de Policía todos los obreros que quieran trabajar en la Fábrica de...”



162

Los Oficiales iban un poco a la delantera, a veces se volvían para mirar al pelotón de celadores: con las cabezas gachas, dejándose llevar por los caballos que movían las orejas pretendiendo espantar las moscas dolorosas.

Una vez en el cuartel, cayeron rendidos en los camastros de la cuadra, sacándose antes, las polainas y los zapatos, dejando sancochar su dolor por el vaho nauseabundo que sube de los retretes y que se filtra por el entablado desigual.

J o r g e
I c a z a

Se va haciendo de noche, los dos focos que alumbran al largo recinto, se extinguen en los rincones, dando a los chapas siluetas extrañas.

El 120 se ha echado tapándose la cara con la toalla. Desde que llegó quería dormirse; la cabeza era un volcán de ideas.

El vecino del Francisco, el Bilioso, un hombre saturado de descontento desde que se vio flagelado por las reumas; un hombre que vivía echando pestes de la vida, del cuartel, del Comandante, de la cornida, del olor a mierda que se filtraba por las rendijas del piso, de los aguaceros en las esquinas, de los chóferes, de los borrachos, murmuró:

—Por estas mierdas, por estos carajos...

Nadie le preguntó nunca quienes eran aquellos a los que hacían alusión sus maldiciones, y, sin duda, tampoco él lo sabía, pero no obstante, los chapas cataban el peso de aquellos flageladores desconocidos.

En el silencio del cansancio se clavó la voz de mi Comandante Diego:

—¡Muchachos!

El cansancio tuvo que ponerse firmes.

—¡No...! Sigán, no más. Hoy estamos alegres. Mañana es el santo de mi señor Intendente, ya ordené al Habilitado nos descuenta de las raciones un porcentaje para mandarle el regalo de todos los años, nos ayudaremos con las multas de los sub-

Arturo Chumboga
Arturo Chumboga

*E n l a s
c a l l e s*

sistes. Pero aora el señor Intendente ha querido participar con la tropa su alegría y nos ha mandado un barrilito de puro para que nos tomemos un canelazo en nombre de'l. ¿Ya hice hacer el agüita, no güelen?

Se dio cuenta la tropa de que la cuadra estaba invadida por el olor apetitoso de canela. Los ojos de mi Comandante brillaron con desmedida satisfacción apenas el cocinero, chapa con delantal hasta los talones, entró en la cuadra llevando un balde repleto de agua humeante.

—Traigan las marmitas —afirma don Diego, poniendo toda la confianza posible en sus palabras—. Era el olor del alcohol el que suavizaba el carácter bilioso de mi Comandante; iba de un

164 lado a otro, domesticado por el aguardiente, dicharachero, jovial, padre para los infelices subalternos; estaba tan distinto de aquel otro de los chuchaquis: grosero, cruel, con absoluta falta de compasión para sus chapitas, etc., etc.

Sentado en uno de los camastros de tijera, ordenaba al cocinero la repartición. Desde luego él tuvo las primicias de despuntar el brebaje narcotizante.

—Pondrasme bien cargadito.

—Güeno está.

Al probar, paladeó exquisitamente y siguió bebiendó a sorbos.

J o r g e
I c a z a

—Sigan... Sigan.

Se abrió un rumor de marmitas ante aquella tropa ávida de querer quemar la molestia dolorosa que se colgaba del pecho.

—¡A mí primero!

—Pondrás yapando.

—Poné más trago.

—Ve pes este pite que da.

—¿Irán a emborracharse, no?

—Entonces mos di'acer chivo.

—Y nos han de shevar a la Policía.

—Ja... ja... ja.

Toda la cuadra rodeaba a mi Comandante. Se suceden los canelazos en la misma proporción de las lamentaciones y de las reiteradas promesas de lealtad a la Constitución.

165 —Sí, mi Comandante. Dende luego que nos están pagando, como usted mismo dice, tenemos que cumplir con las órdenes superiores, tenemos que ser fieles hasta la muerte.

En un argumento airoso de alcohol y rubicundo de entusiasmo, se paró mi Comandante y les lanzó un largo discurso cosido a hipos, plagado de pausas indecisas, salvables tan sólo en el puente de un giro criollo o de una confianza quechua. Se sentía inexplicablemente alegre. Una palpitante satisfacción hizo oscilar en vaivén borracho su péndulo cardíaco detrás de sus pectorales cuadra-



*E n l a s
c a l l e s*

dos. Alzó la marmita llena de canelazo, hasta donde le dio la mano; le cruzó la gana y el coraje de gritar: "Viva mi Comandante Diego Castañeda", mas, rectificando por creerlo grito subversivo contra el Gobierno, vociferó:

—¡ Viva la Constitución!

—¡ Vivaaa! —corearon los chapas entusiasmados de alegría ebria—.

—Da pes otro pite.

—Poné más.

—Adefesio, no ponís trago.

—Está guañucta.

—¿ Quieren que les trastuerne el barril?

—Juerte está —afirma uno abriendo la boca para refrescarla en el vaho pútrido que as-
166 fixiaba a la cuadra—.

Uno de los celadores, de cutis apergaminado, con sinceridad campesina, no marchita aún por la ciudad, empezó:

—Aura ca, a nosotros nos creen bien brutos, por que no decimos nada; pero aura ca, acaso no se ve, acaso no se comprende: nosotros ca defendimos las leyes, defendimos que no se roben las tiendas de los comerciantes, defendimos que los señores no sean faltados por los chumados, defendimos de los choques en el tráfico, defendimos en los chivos que no se maten entre eshos, defendimos todo lo que's de'shos; y acaso agradecen? Eshos

J o r g e
I c a z a

Ed. de la Torre

mismos son los piores enemigos del celador, a lo menos los chumados, Dios guarde, di'adrede, sin motivo, quieren pegarnos, insultando no más viven. Se chuman y el primer pato es el pobre celador que no les da ningún motivo. Hay algunos bien fregados: están bebiendo tranquilamente y de pronto no más se acuerdan de úno y salen como locos y... ¡guaag!, juera chapa. Algunos señores, como úno ha servido donde eshos no tiene ánimo ni di'acer nada, fregados, fregados son. Son unos malditos. Nosotros ca, aguanta qui'aguanta.

Aquella inexplicable contradicción, sentida a cada momento por la chapería, se vio libre de una represión carcelaria; la compuerta que sostenía las lamentaciones se vio franca. Les fue

167 siempre tan difícil formular una queja clara y precisa de aquella incomprensión, que dejaron acumularse el montón de vejámenes, que dejaron que pesara sobre ellos aquella angustia, con cohesión de amontonamiento de piedras. Ahora, un número cualquiera, había logrado retirar una piedra de la base, el montón se desgranó de suyo, fácil, quejoso y con murmullo de rodar de pequeñas tragedias.

Todos encontraban algo que decir, algo de que lamentarse. El ruido salía incomprensible, con tintes de rebeldía estremecedora del valor intachable de mi Comandante Diego Castañeda.

*E n l a s
c a l l e s*

—Hasta los huambras nos joden —afirmó el más próximo—.

—Cuando nos sentamos en las puertas de cashe, adrede pasan pisando.

—Elé, el otro día ca, un señor no me pegó un puñetazo en las cumbambas. Las muelas han quedado resentidas.—Y después de tecléarse los dientes, terminó:

—Y yo ca le traje pes. Yo no me caso con nadie; pero el señor Comisario se puso caliente diciendo que para qué le'traido, que's una persona de consideración, que tiene harta plata, casi me dan de baja. ¿No si'acuerda mi Comandante lo que casi me joden?

Jadeantes de alcohol, enronquecidos de
168 lamentaciones se miraban como gallos después de haber sufrido varios chupeteos de ca-reo; la luz difusa de la cuadra y la luz difusa de la borrachera, hacían increíbles las quejas de los chapas.

—Elé viá... Elé viá —murmuró un celador venido de Puenbo hace apenas tres meses, levantándose una de las piernas del pantalón y enseñando una enorme llaga supurante, abierta por la patada de un borracho noble. En la carne lastimada, ponía el foco manchas de descomposición.

—Todo porque le dije qui'ay que ser más educado, que no me trate de indio; pero había estado co-

J o r g e
I c a z a

piado y me fregó no más. Era un gashazo de plata. Me habló pes el señor Intendente para que otra vez no sia bruto y conozca a las personas.

—Adefesio... Lo que mi'cieron a mí en el chivo del Ejido los chumados de un automóvil, eso es cosa. Habían sido los hijos de unos señores de las haciendas de Machachi.

Mientras hablaba se iba alzando la manga de la guerrera en afán de certificar lo que decía.

Dos enormes cicatrices tatuaban el antebrazo.

—Elé... Con los dedos jodidos, acaso se pueden mover bien; los tendones desque están fregados.

Pretendió mover la mano, crispando los dedos en mimetismo de araña paralítica.

169 —Eso ca es nada. Lo que l'cieron al Manuel en la carrera de Ambato. Elé... Vianle... Vianle —gritaba un gendarme señalando a un compañero de anteojos ahumados—.

—Reventarle el ojo con la punta de un paraguas. —El aludido se acholó, sin querer quitarse los lentes y para evitar preguntas indagatorias, dijo:

—Tres meses enteritos estuve en el Hospital.

Acorralaban las quejas al Jefe, formando ante sus ojos encarnados una barrera de piernas, brazos, pechos, caras, cabezas, estropeados y deformes. El tormento de las articulaciones hinchadas por el reumatismo y de la tos que punza en los pulmones

c a l l e s

c a l l e s

no se exhibieron en aquella feria de quejas; allí solamente se subastaban las heridas, las cicatrices, las señales o las deformaciones escritas por aquellas gentes feudo-burguesas acostumbradas a tratar al indio a fuate. El reumatismo, la tos, les consideraban como enfermedades mandadas por taita Diosito, en las cuales, el trabajo, los aguaceros, las malas noches, los golpes, los Jefes, la organización misma, nada tenían que ver. Era necesario ocultarlas para no ser dados de baja.

Conforme crecía el coro de lamentaciones, al Francisco se le iba abriendo un surco por donde corría el despecho; tuvo que separarse del grupo, para ahogar sus quejas echado de bruces en el camastro. También allá, en un rincón, tai-

170 ta Julián, se amontonaba sobre su otavaleña pensando en su guagua al que sableó en la calle.

La algazara de los que seguían los comentarios, puso cataplasma de intranquilidad en el dolor de los que se retorcían en los jergones. Mi Comandante se había retirado prudentemente.

El Bilioso, con ese odio arraigado en lo más hondo de su sér, cuando vio que se empezaba a terminar el aguardiente, se puso a buscar su lecho con machismo urgente por escurrírsele de los puños; era un delirio de fuerza capaz de sentir placer en extrangulaciones o degüellos, iba murmurando:

J o r g e
I c a z a

—Todo por estos desgraciados, por estos mierdas.

Las camas enfiladas en dos largas hileras, le salían al paso empujándole de un lado a otro, como si se hubieran puesto a jugar al “no es mío”. Como un chulla futre se le veía pavoneándose entre las camas, buscando al celador que sirva de blanco de su vigor desbordante.

—Aura me como un chapa, carajo —exclamó—.

Al ver al Francisco, tendido boca abajo, moviendo las espaldas al són de un llanto incontenible, sintió derramarse su hombría en gestos de homosexual. Palpó libidinosamente el culo del chapa llorón, afirmando:

—¡Ay!... Panchita... No tan sufrida... Hip... hip... Tendré que dormir con vos... Maricón de mierda.

Golpeóse fuertemente el pecho con los puños, con gesto de gorila. Los borrachos rieron y lanzaron una serie de insultos. Taita Julián se tapó la cara con su otavaleña.

—Todo por estos mierdas... Por estos carajos —repetía parado ante su cama y mirando el llanto del Francisco—.

Casi todos se habían tronchado de borrachos, sin siquiera desvestirse; la cuadra se poblaba de ronquidos y volvía a imperar el olor típico. Con la aurora se filtraban los ayes de un ratero que en el pa-

*E n l a s
c a l l e s*

tio le hacían declarar sus robos a punte baño helado.

El Bilioso, cansado de estar de pie, se sentó en el filo de la cama y puso la mano sobre la espalda temblona del Francisco, repitiendo:

—Todo por estos mierdas... Por estos carajos.

Un contagio sentimental de lágrimas le empezó a invadir por el brazo. Sorbió varias veces los mocos. Era macho, no quería llorar. Mordiendo las palabras, con hipos de chumado sentimental, afirmó:

—Todo por estos carajos... ¡Por estos mierdas!

172

Despertóse la Dolores sintiendo los cosquilleos de la luz mañanera que se filtraba por las rendijas de la puerta. Creyó que un sinapismo le atormentaba en la espalda. Roncaba taita Ambrosio de manera estrepitosa, en tanto los golfillos se revolcaban entre los cajones. Se puso a recordar cómo llegó a la casa cerca de las once de la noche, cómo la vecina planchadora le curó con ceniza caliente, afir-mándole:

—Esto es como la mano de Dios.

J o r g e
.I c a z a

Recordó todos los temores que puso la vecina al contarle que taita Ambrosio había llegado chumado a las nueve y que desde esa hora le anduvo buscando hecho un loco por toda la casa y por todo el barrio.

—Como nos dio pena a mi y a la longa Miche, tuvimos que meterle en guando a la cama. Acaso quería ir... Revolcándose en el lodo del caño, emperrado como guagua tierno, hecho una pushca, gritaba: "Si'aicho puta, si'aicho puta, carajo". Dios nos guarde, unas cosotas —le había dicho la vecina—.

Sin duda con la ceniza deben habersele reventado los golpes.

—¡Arrrray! —murmuró al sentarse—.

173 La mujer se enjugó los ojos llenos de lágrimas para mejor contemplar al hombre que en ese momento se tiró de la cama.

Se aclararon las anchas rendijas de la puerta. El Ambrosio despertó a los rapaces dando un puntapié en los cajones.

—¡Levántense, carajos!

—Que's pes —se atrevió a decir la muchacha—.

—¡Mierda! —gruñó el hombre—.

—Pero...

—Por perra... Sucia, carajo... —insistió maníaticamente el zapatero—.

Hubo un momento de silencio, la muchacha se

*E n l a s
c a l l e s*



puso pálida y llena de amargura, afirmó:

—Me fuí a ver si me recibían en la fábrica.

—Casharaste, perra corrompida.

Con un grito, la Dolores estranguló los insultos.

—¡Sí...! ¿Acaso su mercé nos da para nada? Aquí muriendo di'ambre con los guaguas, mientras usted se gasta la plata en el estanco. ¿Cuándo? ¿Cuándo nos da para nada?

—¡Me da la gana, carajo! Ya mismito te vais di'aquí. Que no te vea más, puta de mierda.

—Me d'ir... Me d'ir, pes... Adiós, no faltaba más... Sólo por los guaguas aguanto.

Ciego de furia el zapatero quiso pegarle. La Dolores se defendió con fuerza de hembra herida, arrancándole al padre un mechón de cabellos.

174

—No mi'a de pegar así no más... No mi'a de pegar.

Desarmado el zapatero, lleno de furia, permaneció unos minutos en silencio, rígido, con la cara del color de la ceniza.

—¡Carajo! —gruñó sintiéndose vencido, y, para ocultar el dolor de la sorpresa, salió precipitadamente del cuarto.

Cuando la noche juntó a la Dolores y al Francisco, sólo una idea se le había clavado a la mujer durante todo el día: no volver más a la casa, no volver más.

J o r g e
I c a z a



Inconscientemente empezaron a descender la calle. Ninguno se atrevía a decir nada, cuando él pretendió torcer la dirección hacia la quebrada de los amores, ella intervino enérgica:

—¡No! Shevame a tu cuarto.

—¿Eh?

—No quiero volver onde mi taita. Shevame a tu cuarto.

Un cuartucho casi vacío, con estera y con cobijas en el suelo para tirarse los días francos, el vestido de paisano colgado de un clavo, un pedazo de espejo sobre un cajón, un bañín en medio del cuarto fermentando orines, una botella vacía que hacía las veces de candelero, un baúl desvencijado y un olor a humedad sumaron las aspiraciones de la Dolores.

175

aciones de la Dolores.



Pepito se acordaba de sus días de recogimiento con burlesca sonrisa y, sin más averiguaciones, a sus compañeros de colegio de la misma catadura les llamaba:

—¡Puñeteros!

*En las
calle s*



Casi todas las noches sacaba el coche barajándose entre las calles. Reunía amigos, con la prisa de las reuniones a máquina: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. ¡Completo! Parecía gritar el automóvil.

Muchas veces se había preguntado: ¿Qué hacer con tanta plata de mi taita? Con tantas noches, lluviosas unas, picadas de viruelas lumínicas otras y, las menos, con faro que aún sigue embobando la histeria de los melenudos. ¿Qué hacer con todas estas calles en cuestas y bajadas, con todos estos hombres sumisos, con todas estas mujeres banderilleras de sonrisas al quiebro?

Una vez, después de haberse pegado una empipada de aguacates, le sintió a su automóvil con algo de cama en el asiento. Llegó con sus amigos a casa de mujeres alegres.

Una mujer, después otra... Se podía llegar al aniquilamiento a fuerza de meterles billetes de a cinco en el hocico. Todas se tienden, todas piden adelantado para que no se les haga perro muerto, y, todas dejan hacer, dejan cabalgar. No encontraba por ningún lado la briosidad de la lucha, el corcoveo, la fuerza del macho que domina y de la hembra que se queja.

Al salir de aquella casa, aburrido de tanta sumisión, el auto pisó en una charca esparciendo lodo hasta el traje de una muchachita de pañolón.

J o r g e
I c a z a

—Ha visto... Chushas de mierda lo que mi'acen.

Frenó el carro Pepito, cogió a la muchacha por las muñecas, la arrastró hasta el interior del automóvil y salió disparado a toda máquina. La desconocida se retorció en gritos de protesta, abriéndose campo entre la maraña de mozos ebrios que la acosaban a besos y manotazos de lujuria.

—Cashá... No seas tontita.

—¡Tápale la boca! —ordenó Pepito desde su asiento de chófer—.

—¡Canten, para que no oigan los chapas!

Se ahogó la protesta de la muchacha en una serie de canciones desafinadas. En la mente de todos ellos, sin haberse puesto de acuerdo,

177 punzaba la idea del "tuti".

—¿Por la Estación?

—No.

—¿Por onde, entonces?

—Onde.

—Onde.

—¿Por el Norte?

—Muy lejos.

—Dale más de prisa.

—Casha, carajo.

—Onde.

—¡A la pata de Guápulo!

—¡Eso, a la pata de Guápulo!

*E n l a s
c a l l e s*

- Canten... Canten, viene gente.
 —El Teatro... San Blas.
 Las gentes de las calles, murmuraban:
 —¡Borrachos!
 —Que rico humor.
 —Para eso es la juventud.
 —Yo también era así en mi tiempo.
 —Ya mismo suena el chivo, malo es estar hecho
 los ñañitos.
 —Chushas alharaquientos.
 —Púchica... Con mujeres cro que van.
 —Van chishando las carishinas.
 —Que rica vida.
 —Parece que les coge el diablo.

Poco a poco la ciudad iba quedándose
 178 atrás. Una hilera interminable de focos,
 como fantasmas en procesión, como fleco
 suelto del enjoyado de luces orgullo de la ciu-
 dad, se pierde acompañando al camino. Cesan los
 cantos. Un bosque de eucaliptos a la vista.

- ¡Aquí...!
 —¡Qué rico tuti! —afirman los mozos relamién-
 dose.

El frenazo, la extracción de la víctima, la impa-
 sibilidad de un cielo y de un paisaje infinitos.

- ¡Pronto..., pronto! —grita alguien—.

La internaron en el bosquecillo. La noche era
 fría, el murmullo del follaje rodaba pendiente a-

J o r g e
 I c a z a

bajo confundiéndose entre montes discutidores en círculo. En lo más hondo ha precipitado un puebluco de torre, plaza y casucas, que duerme profundamente.

Mientras los amigos tumban a la muchacha, le alzan los trajes y la sujetan uno de cada extremidad, Pepito se desabrocha precipitadamente los pantalones, exclamando:

—Este sí que va a resultar un “tuti” macanudo.

Gime la muchacha en el suelo con las piernas y los brazos separados.

—Tendranle bien, a lo mejor me muerde —ordena Pepito, listo para la lucha. Pero se sentía temblando con la nerviosidad del amansador de potros, presto a cabalgar lo desconocido.

179 La piel de la muchacha brillaba en la oscuridad, tenía la cara envuelta en el pañolón, la lucha le había desgarrado los vestidos que se le arremangaban hasta el ombligo. Repudió al macho con un movimiento ondulatorio, desesperado. Gritó hasta enronquecer. Todo eso enardeció a Pepito hasta el espasmo sexual.

—Casha... Casha bonita.

—Acabá breve —le gritó el que sujetaba la una pierna.

—Patea duro.

Pepito que había acabado de forzarla, se levantó sujetándose los pantalones y evitando la mirada

*E n l a s
c a l l e s*

de los amigos. El último de los agraciados no tuvo la molestia de la repudia, la muchacha dejó hacer, tal vez por hallarse rendida o quizás porque había llegado al desmayo.

Partió el automóvil, la hembra permaneció echada algún tiempo; al volver en sí notó que las piernas se le doblaban y que el andar era vacilante. Con la cabellera revuelta, parecía un fantasma del bosque. Echó al abismo una larga mirada. Llorando y sacudiéndose las basuras que se le habían enganchado en el traje, se alejó camino de la ciudad.

- -



180

El Francisco estaba de carrera en Santo Domingo; la Dolores, arrimada a la pared, bajo el Arco de la Virgen, le pedía disimuladamente para la cocina.

—El ocho mismo fue que me diste los cinco sucesos.

—Mañana habrá que ver quien me lleve. Y andate no más. Después dicen que los chapas sólo vivimos enamorando a las cocineras. Andá...

—Adiós, nu'ay como estar ni un ratico. Querís

J o r g e
I c a z a

que me vaya porque has de star tendiendo el ala a alguna volantuza.

—Para eso es uno cachaco.

—Adefesio, alguna perra rancucha eso ha de ser.

—Así decían de'Londoño; meshizos li'a hecho parir a la tonta Josefina.

—Adefeeeeesio. Eso ca él pes.

—Verás... Vos ca, como puerca vais a soltar los guaguas.

—Cashate mejor... Tierno está todavía —afirmó la mujer tocándose el vientre—.

—Verás que son cuatro.

—Dios guarde, Dios ampare —se santiguó la barriga—.

—Güeno, andate breve. Ya mismito cae

181 el ronda.

—Entonces, mañana pedirás para el almuerzo.

—Sí... Andá no más.

La Dolores se alejó del puesto de vigilancia del marido. Sus pasos retumbaban en la soledad de una calle. Allá, por la esquina, abre los ojos incandescentes un automóvil. La Dolores, en afán de librarse de las banderillas inoportunas de los faros, se arrima a la pared más próxima. El auto para en sus narices, un hombre le arrastra hasta el interior del vehículo. Cantos. Velocidad. Hombres que han perdido el rubor y la manosean por todos lados.

*E n l a s
c a l l e s*

Gritos ahogados en las canciones de los desconocidos.

—¡No!

—¡Cashá!

—¡Por Dios, que quieren de una pobre!

Un camino largo. La lucha. Ella que se arrodilla llorando.

El "tuti", el "tuti" que excita hasta la crueldad.

—¡Por Dios, estoy preñada!

—¡Qué carajo...! Así es más rico —vocifera Pepito—.

Las protestas son crucificadas en el suelo por los amigos.

—Cashá, no shores tanto. Que más te querís.

182

—Por Dios, no. Estoy preñada. ¡Mi'jito!

—Ténganle.

—¡No! Como ha de ser justo tantos. ¡Mi pobre hijito!

—Cashá carajo. Mientras más se encabrite mejor.

La virilidad de los mozos escupió todo su semen sobre el hijo proletario antes de nacer.

Echada la Dolores en una sangradera, con las piernas separadas, en postura impúdica ante una noche negra, oyó como se alejaba el automóvil entre risas y comentarios. Le dolía el vientre. Mor-

J o r g e
I c a z a

dió una queja creyendo que iba a abortar. Se tocó el sexo. No pudo ver si era sangre esa cosa babosa que le embarraba los dedos. Avanzó pisando en las tinieblas y en el despecho. Un dolor de las caderas le hacía tambalearse. A la luz del foco más cercano, volvió a meterse las manos bajo los trajes, la cosa babosa le chorreaba por las piernas.

—¡ Sangre! —afirmó en alta voz, viéndose la mano manchada de una sangre babosa.

“Aborto”... “Aborto”. Le gritaba una voz golpeándole el cerebro y el corazón.

—¡ No! —gruñó histéricamente y se sentó a llorar con hipo incontenible.

A la mañana siguiente, la vecina que vino a pedirle candela, le preparó una agua de hierbas para contener el flujo.

183

El Francisco no supo nada, ella le ocultó de miedo de que le mande sacando.



*E n l a s
c a l l e s*

—Es una desgracia —gruñó, escupiendo gran cantidad de saliva tras de la puerta.

—¿Qué? ¿La vinagrera? El bicarbonato está en la cómoda.

184 —No, mujer.

—¿Entonces, por qué esa preocupación?

—Es una desgracia, siempre que armo una nueva industria, para dar de comer a este pueblo imbecil, se levanta el avispero, se levanta la agresividad, con insolencia, con cosas medio ni se que las, con cosas que les hace tan diferentes de los indios, por ejemplo. Han perdido la humildad, el afán de servicio, aquello de no reclamar tonterías.

—¡Es que la corrupción ya no tiene límites! —se lamentó doña Laura—.

—Y da la coincidencia que siempre ha de ser el mismo Landeta. ¡Este desgraciado!

J o r g e
I c a z a

—¿El Landeta?, ¿pero ya no dijeron que le habían muerto?

—Los perros no mueren.

—Todo hace la falta de temor a Dios.

—Ahora está en Chaguarpata, corrompiendo a la gente. Dicen que quiere fundar el sindicato de los trabajadores de la cabuya; es decir algo como una banda de ladrones para robarme lo poco que tengo.

Se sentó don Luis junto a su mujer, abatido, postrado de dolor, como si hiciera equilibrios en el filo de la quiebra inminente. Se abrió la gran pausa de las grandes tragedias de los grandes hombres. El, don Luis Antonio Urrestas, miembro de la Cámara de la Banca, socio de la Sociedad de Agricultores, Senador por la Raza Indígena,

185 na, Vicepresidente de la Cámara Legislativa, casi por costumbre, etc., etc., ¿se iba a dejar abatir por un don nadie de gorra? ¡No! Su machismo le impedía llorar, pero el profundo suspiro con tirada de cabeza para atrás, le salió grande, porque grande era su resolución, y las lágrimas sólo son para los chicos.

—Le aplastaré —murmuró—.

—Es lo mejor.

—¿Sabes si el Intendente tiene teléfono?

—Creo que sí.

En vez de irse a la cama, se encerró en su despacho con el teléfono.

*E n l a s
c a l l e s*

—¿Se puede hablar con él?

—

—Dígale que le necesita el señor Luis Antonio Urrestas.

—

—¿Cómo va mi querido Intendente? Dispense que le moleste. Se trata del asunto del Landeta que hablamos ayer.

—

—Sí, ahora me cuentan que está formando sindicatos. Eso es un crimen.

—

—No, si yo no niego el derecho de reunión. Lo que no consiento son a los corruptores, estos tinterillos que no hacen otra cosa que **186** romper al obrero. Está bien que bajo la vigilancia del Teniente Político . . .

—

—Sí . . . Y hasta bajo la vigilancia del cura; ya me conocen lo rojo que soy yo, se reúnan y hagan sus reclamos racionales, pero no con este loco que nos va dando muchos dolores de cabeza. Debe tener alguna enfermedad para que se le antojen tantas majaderías.

—

—¿Eh? . . . ¿Qué dice?

—

—¿Qué ha tenido una denuncia que es leproso?

J o r g e
I c a z a

—
—(Con un gran suspiro de satisfacción). Entonces a recluirle sin más trámite... Que comprobación ni que niño muerto.

—
—Tiene razón... Nosotros debemos preparar la tramoya para que lo que tenga apariencia de justo, de recto y natural, salga a la calle bien vestido... Así nadie podrá tildarnos de nada.

—
—Sí, con el médico de Sanidad.

—
—Un pobre mediquillo que acaba de graduarse, con humos de grandeza, con fiebre de surgir en la vida pública, recién casadito... Le conozco mucho, es el hombre que necesitamos.

—
—Todas esas ideas le vienen precisamente porque quiere utilizarlas como plataforma para llegar al camino fácil, conozco el material. Usted le ofrece algo bueno en la administración, lo demás va de suyo, va rápido. La ciencia es nuestra, nosotros la hemos hecho, nosotros la hemos pagado.

—
—La práctica de estos asuntos, nada más. Eso lo hago por ahora, por tenerle a este mono de Ministro; me ha pisado el poncho, yo no sé por qué.

*E n l a s
c a l l e s*

Aun cuando tengo mis dudas...

—Sí, carajo... Todo fue por el cruce que le hice en la cuestión de la petrolera, él quería para la Compañía Inglesa, yo, naturalmente, conseguí para la yankee.

—Pero no se dan cuenta que el rato que a nosotros nos dé la gana estaremos arriba. Tengo varios proyectos.

—Sí.

—Claro... Para este asunto, como para todo, tengo que contar con usted. (Hace una mueca despectiva).

188

—Bueno... Entonces no se olvide de mandar a ese mediquillo.

—Ya hablaremos de eso. Hasta mañana. Frente a la cama donde doña Laura empezaba a dormir, el marido informó:

—¿Qué te parece? La cosa va arreglándose. El pobre Landeta ha sido leproso.

—¡Pobre! —murmuró la señora medio dormida, dándose la vuelta para el rincón—.

—¡Pobre! —tuvo que terminar don Luis—.

J o r g e
I c a z a



Celadores designados para hacer la semana de guardia en el Penal "García Moreno" preparan en la cuadra sus maletas sobre las camas de tijera. El Bilioso, mientras arrolla las cobijas y la toalla, se pone a comentar:

—A vos ca, es la primera vez que te van a mandar a la Casa Grande, no?

—Sí, pes. Ojalá dejen dormir —contesta el Játiva ajustando el rollo de cobertores con un pedazo de soga—.

—Tenís qui'andarte con cuidado. Onde te trinque el Martisho, con esa jayanota que tiene, no t'ía de dar ni el viento; a lo menos si estáis poniéndote así agachado, provocando.

Los comentarios del Bilioso fueron interrumpidos por una carcajada general.

—Que's pes —interrogó el Francisco, sin saber de lo que se trataba—.

—¿Nu'as oído hablar del Martisho?

—¿Para clavar clavos?

Todos se creyeron con el derecho de hablar del

*E n l a s
c a l l e s*

extravío sexual del Martillo. Empezaron los comentarios, con exageración de detalles, con mímicas obscenas, haciendo retorcer de risa al auditorio.

—A un pobre guangudo, qui'abía entrado con leña, púchica, mientras el indio estaba agachado dejando las cargas, el otro ca, yendo despacito por detrás, li'abía cogido de mala parte a mano shena, cosa de no dejarle ni moverse al guangudo, y le había ensartado como cuy.

—Y cuando jue el guardián ca, fuuuu... Y'era tarde: dándose gusto con el indio. Curtido, curtido es pes este Martisho. Por más que le dan palo, no desque suelta hasta acabar.

—¿Ha di'aber coraje?

—Si es un verraco, el bandido.

190 —Tontera —interrumpió el N° 204— lo que yo ví, eso es cosa.

—¿Del Martisho?

—De todíticos. A mi m'izo pes tener la linterna el doctor, cuando les hizo la vista de ojos a los presos. Casi toditica la noche pasamos examinándoles. Púchica, daba pena ver: shoraban, se revolcaban, sin dejarse ver. Los más ya tenían perdido.

—Cashá, mentiroso —gritó un chapá del extremo de la cuadra—.

—¿Mentiroso? Les hubiera querido mostrar, ¿Preguntaralén al doctor, no? Por más señas, a ese que le dicen el Pulga, le'ncontramos tan mal que

J o r g e
I c a z a

se l'iba no más el excremento; y al otro, al Farfushas, que murió recién nomás en el Hospital, a ese sí que m'izo fiero verle, hasta las nalgas tenía una especie de sarna como coliflor, de ni se qué enfermedad que li'abían pasado.

—¿Carajo, de veras?

—Las vendedoras que entran ashá, si'acen la plata.

—¿Siii?

—No vís que sólo por dejarse tantiar les cobran a los presos lo que les da la gana? Había una guaricha que le decían la Capulí que salía mishcadota di'un mundo de cosas, sólo por dejarse tantiar. Y si no ca, qui'an di'acer los pobres.

—Tirarse la di'a bordo pes.

191 —Los guardianes desque si'acen ricos, sólo con el pretexto de shevarles mujeres. ¿Jodido tiene que ser aguantarse, no?

Los policías prétendiendo movilizar una oratoria pintoresca y cómica, obtenían con sus relatos vividos un amárgor de tragedia que acabó por desesperar las esperanzas de descanso que llevaba el Francisco.

Muros de piedra, en cesta cuadrada, capaces de no reventar con el fermento de los desperdicios arrojados por la sociedad, forman el Penal "García Moreno". Frente a la puerta de esa gran casona, acurrucada en el regazo de la montaña de la Li-

En las
calle



bertad, hay un bancón de piedra, donde el señor Director, militar retirado, Comandante a fuerza de saberse presentar a tiempo en los cuartelazos revolucionarios, toma el sol en las primeras horas de la mañana. El guardián le da allí las novedades de la víspera.

—Sí, mi Comandante.

—Tirar la comida en el suelo y mearse en los baldes. ¡Aura tendrán que comer en lo mismo, carajo! —ordena el Director desde su asiento de piedra, poniendo una cara de energúmeno—.

—Arrancaron no más los alambres de la luz, y salieron corriendo del comedor por encima del chapa de servicio; al pobre li'an dejado hecho un Cristo de los pisonces y de las patadas. Es indio
192 Guamán es el que mete en todos estos chivos.

—¿"El come chapas"?

—Y'acostumbrado desde que mató al pobre Alberto di'una patada.

—Buscándome está el indio ese. Onde me coja con la luna, le di'aplastar no más todos sus retobos.

—Ay señor... No es por decirle, pero demás bueno es usted. Le creen a uno un shunsho. En el tiempo del difunto Gómez, alma bendita, nu'avía pendejadas, él ca ternejo era. Ni a levantar a ver se atrevían los bandidos. Juera de lo que, como us-

J o r g e

I c a z a

té les hace bañar a media noche por castigo, él ca les hacía trotar por el patio dándoles palo hasta que pidan misericordia.

—Dejá no más... Que se repita la pendejada y van a sentir mi mano. En esto soy mejor que para la caída —afirmó el Director, dirigiéndose al médico que en ese instante subía el poyo que ornamenta la fachada del presidio—.

—¿Qué hay pues, doctor?

—Ya verá... Que me hicieron trabajar una semana en el informe de la vida sexual de esta gente, y, como pedía mujeres como el único remedio, ha gritado la superioridad espantada: "todavía son criminales y todavía se les va a dar mujeres". Me han tildado de exagerado e inmoral.

193 —Tienen razón. Como ha d'ir a pedir mujeres para estos bandidos. ¿Dónde se ha oído? ¡No!

El primer impulso del médico fue entablar discusión, pero el Director le pareció en ese momento un bicho tan ignorante que optó por entrar a escribir la renuncia.

A la tarde, cuando sacaron a seis reclusos para descargar un camión de harina, pudo el señor Director encontrar el incidente, el pretexto para dejar bien sentado su nombre de enérgico, ante la posteridad —guardianes y compañía—.

Se excitaban con la libertad dada por el pedazo

*E n l a s
c a l l e s*

de calle, los presos. El Guaman tenía ganas, indistintamente de reír fuerte, de reñir con alguien o de acariciar el sexo de una mujer. A mala hora logró pasar una chola, que venía de la cantera de dar de comer al marido, llevando una olla de barro tapada con hoja de col, por mitad del grupo de presos. Un deseo irrefrenable de hacer ver su machismo le invadió al Guamán, y, al paso de la hembra, impudicamente, le metió la mano en el culo, levantando una algazara de centros que dejaron al descubierto dos provocativas y rollizas piernas. La mujer se volvió mascullando un insulto, mas, el deseo excitado de los presos se tiró sobre la hembra en un alarde de mimos y tanteos, azuzados a la vista de las formas hembras. La olla

194 se reventó en el suelo escupiendo un resto de mazamorra, el pañolón voló entre respiraciones anhelantes, las manos masculinas aletearon desquiciadamente, los gritos de la mujer extrajeron a la guardia, el chófer reía a carcajadas, las vecinas sacaban la cabeza por las puertas de las tiendas y, al final, los presos se quedaron jadeantes al ser arrancados de la cercanía de las formas femeninas.

Casi cerca de la media noche, el chapa que entregó la guardia de la garita lateral al Francisco, le murmuró al paso:

—Una semana jodida nos ha tocado. No trásus-

J o r g e
I c a z a

tarás por los gritos del baño.

El 120 quiso pararse a levantar tertulia, pero la silueta del reemplazado se dejó tragar por la escalera que se hundió en el edificio. Se quedó perplejo como vigilante de las tinieblas. La noche estrellada enfrió a la tierra. Allá en el fondo, los reflejos de la ciudad iluminada burbujean en un cielo negro. Un viento de páramo baja dando tumbos entre el ramaje del bosque cercano de eucaliptos.

—Carajo, si esto ca ha sido páramo. Sí, pes... Estamos en las faldas del Pichincha —murmuró arrebujándose en el capote y en la toalla—.

—Achachay, carajo. Si sigo metido aquí ca, voy a amanecer como mata de pap'elada.

195 En los patios de la cárcel se amontonaba el silencio y las tinieblas.

Se puso a pasearse por la terraza enladrillada. De pronto palpitó algo allá abajo. El chirrido de un cerrojo le cortó los nervios, obligándole a echar mano del rifle. Picado de curiosidad, y para no caerse, se tiró al suelo y sacó la cabeza como un tumor que le hubiera salido a la cornisa. Olfateó las tinieblas con la precaución dada por los malos recuerdos; estaba sobre el ladrillo roto que tenía una inscripción de cruz y fecha conmemorativa de la caída de un chapa que, agotado de noches en vela, se puso a pasear con los ojos cerra-

*E n l a s
c a l l e s*

dos, se quedó dormido, y, sin darse cuenta, cayó al abismo del patio.

Las siluetas de unos hombres se movían allá abajo, junto al baño donde tiritan las estrellas más a prisa que en el cielo, debe estar el agua muy fría.

—¡Tírenle, carajo! —se oyó la voz del guardián—.

Un chapoteo... Un silencio... Una voz ahogada saca la cabeza de las aguas.

—¡Achachay! Mordiendo está. Dejen salir. No si'an malos.

Otro chapoteo. Otra pausa. Ahora un grito.

—Achachay, carajo.

Un cuerpo desnudo huye. Se siente una persecución furiosa, apremiante.

196

—Cójnle.

—Por aquí.

—Ve, vos.

—Ajajá, no.

—Pensaste escaparte.

—Aura si te jodiste.

—Hasta que mueras te vamos a tener.

—¡No más viá! No sia malo.

—Echenle.

—¡Por Dios viá! Por su mamita.

—¡Qué mierda!

Cae una cosa en el agua estallando en mil lati-

J o r g e
I c a z a

gazos. La pausa es larga. Se siente una respiración a flote.

—No le dejen salir. Vos estate viéndole por ashá. Estate al aguayte de la esquina.

—No por Dios, me muero. ¡Achachay! ¡Basta!

—¡Onde sigas gritando, te tengo más, pendejo!

—Ya no puedo viá. Achachay, carajo... ¡Basta mierda! ¡Desgraciados! Tengan compasión de un pobre... Ay... Ay... Ay... ¡Achachay! No puedo más.

—Hacete el maricón, verás... Para estar meándote en los baldes si sois bueno, aguanta cojudo.

—No... No más... ¡Achachay!

Vuelven a temblar las estrellas en el agua. La silueta del hombre desnudo se ha quedado entumecido como arriero cogido del páramo. Tiene la cabeza caída. Parece que quiere vomitar. No, es la tos, la tos que le convulsiona. El viento silba con fuerza que retuerce el castigo.

—A correr, carajo... Corre te digo...

El hombre desnudo cae al suelo.

—No puedo... ¡No!

—¿No podís, no? Ya veremos...

Todas las sombras rodean al caído, se echan saliva en las manos.

—¡Dale!

—¡Dale!

*E n l a s
c a l l e s*

Chal... chal... chal... Suena algo cayendo sobre la carne mojada y tiritante.

—Ayayay.

Queja de aullido confundible con el ladrar de los perros de las chozas de la montaña.

—¡¡Ayayay... ayayay!!

La silueta desnuda se retuerce en el fondo de las tinieblas como una larva que le ha salido a la noche.

Chal... chal... chal.

—Dale más duro... Por algo si'a di'acer el que tose.

—Ayayay. ¿Por qué quieren matarme? ¡No!

—Las voces y las quejas empiezan a subir envueltas en lágrimas—.

198 —Dale...

—¡No!

—Entonces, corre.

—Ya voy.

—Toma.

Chal... chal... chal.

El desnudo empieza a dar saltos con ondulaciones de reptil, entre el círculo de sombras apaleadoras.

Chal... chal... chal.

Los mocos se le iban de hilo en hilo al chapa 120; cerró los ojos sancochados en frío y dolor. No quería oír más, pero aquel: chal... chal...

J o r g e

I c a z a

chal, le seguía como perro mordiéndole los talones. Se encontró metido en su garita, palpando el fusil febrilmente. En las camas, los presos despiertos con el ruido de los gritos del apaleado, recordaron las piernas provocativas y rollizas de la choila, masturbándose con frenesí al són de los ayes del Guamán.

Al día siguiente, el indio Lucas no asomó por ningún lado, había muerto.



199

—¿Ya llegamos a Chaguarpata? —interroga el doctor Aparicio Pacheco al chófer que viene manejando el auto—.

—Atrás de esta lomita no más está.

El sol emboba el paisaje. A lo lejos, unos indios peinan a la tierra con el arado de bueyes.

A la puerta de la choza de la guarapera hay una decena de indios sentados sobre sus cargas a la sombra del tejado pajizo, limpiándose el sudor con una punta del poncho y el cansancio con los pilches de chicha.

—Ya deben estar aquí los chapas de la escolta

*E n l a s
c a l l e s*

—comenta el doctor—.

—Eshos ayer mismo vinieron por el tren —murmura el chófer—.

A la puerta de una casa, un ciego mendiga ladinamente la caridad.

—Nu'ay... Nu'ay... Parece que no oye el taita Simón. ¿Ya no podrá pes tejer sombreros? —pregunta la chola de la casa—.

—¿Con qui'ojos pes?

La chola alarga al mendigo una cazuela de locro guardado.

—Elé, tome, pero pedirá a taita Dios que le cure al guagua, viá..., hecho una lástima cón los fríos.

El mendigo mete sus ojos sin luz en los
200 ojos afiebrados del rapaz acurrucado en un montón de cutules.

—Carajo, aquí todos son ciegos —comenta el médico—.

—Por los sombreros desqu'es. Como tejen de noche sólo a la luz del fogón.

Se paró el automóvil frente a la casa del telegrafista donde le habían preparado un cuarto al señor doctorcito que venía a inspeccionar los casos de perniciososa.

Ante la súbita presencia del Teniente Político, pensó perplejo el doctor: "Que gran borrachera nos vamos a pegar".

J o r g e
I c a z a

—Es el clima fregado para los ajueceños —repetía la autoridad pueblerina—.

—¿Hay con quien mandar por el traguito? —preguntó el médico con sonrisa burlona—.

—Elé como no pes. Con uno de mis chapas. Los que mi' a mandado el señor Luchito de Quito, esos ca muy futres son —comentó el Teniente Político—.

Don Luis Antonio Urrestás, se dijo el médico y pensó con sonrisa compasiva para la ignorancia: "Cualquiera dice me ha mandado el señor Intendente, no el señor Luchito. ¿Qué tiene que ver en esto don Luis?"

Con una botella de aguardiente puro se animó la confianza entre los dos hombres, a la **201** confianza se agregó el señor Telegrafista, siempre con la oreja alerta para el lado del cuarto vecino desde donde venía el tic-tac del aparato telegráfico y de vez en vez una llamada telefónica.

—Ya quedó para mañana la visita a los casos de fiebre —afirmó el médico—.

—Mañana hay que trincarles de sorpresa a los chagras.

—¿De sorpresa?

—Elé, no ve que se'sconden? Meten a los enfermos donde quiera.

—Claro pes. El señor Luchito les manda sacan-

*E n l a s
c a l l e s*

do de la cabuyera apenas sabe que'alguien de las familias de los trabajadores está con el mal. Para evitar el contagio desque hace así.

—La ciencia hay que aplicarla con tino entre esta gente.

—Así mismo es, pes. Y esa ha de ser la orden del señor Luchito —afirmó el Teniente Político como la cosa más natural del mundo—. Al notar el disgusto del médico, continuó:

—Lástima de taita cura, li'ubiéramos mandado a ver. Sabe preparar unos famosos hervidos con naranjisha. Pero aura con las rogativas está'tariado, por aquí tan, por ashí tan.

—¿Las rogativas?

—La fiebre ha espantado a la gente. Ha-
202 cen ruegos a taita Dios por medio del se-
ñor cura que sabe rezar en latín y que cobra baratico. Estos chagras más creen en el cura que'n el médico.

—O en los curanderos: los compadres, los conocidos, los que saben el secreto de las hierbas. Si no ca, con gentes de Quito, ariscos, ariscos son —informa el telegrafista—.

—Y a lo menos los indios son más jodidos. Eshos ca creen que todo es lo que ha cogido el cuiche, el monte, el mal viento. Con eshos es para pior. Los curanderos de'shos sólo saben fregar con el cuy tierno.

J o r g e
I c a z a

—¿El cuy?

—Bonito es ver. Siempre que uno sea de confianza. Porque creen que con el blanco se'panta el poder curativo.

—¿Sí?

—Como no pes. Di'ay sí, le tienden en un cuero de chivo al moribundo, sea guagua o mayor que sea, le dejan shuchito y diciendo no sé que palabras en quechua le friegan el cuerpo con el cuy vivito hasta ver que muera el cuy. Di'ay sí, le parten al cuy por la barriga y le ven en las tripas que's lo que tiene el enfermo.

—¡Qué bárbaros!

—Es que son desconfiados del blanco y no se dejan curar sino por sus curanderos.

203 —Cuando son guaguas ca, antes de que muera el cuy ya muere el cristiano.

Pequeños golpes a la puerta interrumpieron la charla. Apareció un chagra llevando dos botellas de aguardiente.

—El señor Administrador de la Cabuyera manda ésto. Dice que el patrón Lucho li'a telefoniado diciéndole que li'atienda al doctorcito y para que no le cojan los fríos le manda este purito de Baños.

—Que muchas gracias —se atrevió a decir el doctor un tanto acholado—.

Ya se había olvidado de aquel nombre que des-

*E n l a s
c a l l e s*

de su llegada al pueblo le empezó a perseguir. Ya se había olvidado de la recomendación amistosa del señor Intendente para declarar leproso a un tal Landeta. Ya se había olvidado de su ciencia pura, cuando el nombre del gamonal le trajo de nuevo sus fantasmas, pero también le trajo dos botellas para olvidarse de todo. Ya borracho exclamaba:

—¡Qué bueno es este don Luchito!

—¡Un santo! —comentaba riéndose el Teniente Político, y, en confianza de voz baja, de hipos y eructos sobre las narices del médico, repetía:

—Sí, a usted le quiere un mundo. A mi me consta. A mi mi'ablado por teléfono ordenándome que li'atienda. ¿No'es cierto ve Telegrafista?

El aludido hecho un trapo húmedo de alcohol, gruñó una afirmación meneando la cabeza.

—Por qué me va a querer... ¿Acaso me conoce?

—Le juro por Dios, usted sí que'stá salvado. Le juro por Dios —gritaba el chagra besándose los dedos en pretensión de formar cruz—.

Sonó un tic-tac insistente en el cuarto contiguo. Fue el tic-tac milagroso que puso de pie al trapo húmedo de alcohol y que le hizo alejarse atraído por la llamada imperiosa.

El Teniente Político, sintiéndose borracho y sin el testigo del telegrafista, dio rienda suelta a toda

J o r g e
I c a z a

clase de confidencias.

—¡Usted está salvado! ¡Le quiere! ¡Le quiere!
—gritaba en alarde de movimientos torpes de bo-
rracho—.

—A usted le ha de querer más... Ja... ja... ja.

—¿A mí? Jajajay. Si usted supiera lo que me manda qui'aga. Una de pendejadas. Ya no puedo. Ya no puedo más... Quiere sacar el precio de la cabuya a lo que le da la gana, quiere que yo les obligue a los chagras, lo mismito con la paja, lo mismito con todo. Aquí todíticos mi'odian a muerte. Los Tacos han jurado matarme. Los Tacos donde está hospedado el cojudo ese. Nadie, nadie me quiere...

Se le abrió un desangre de mocos y de
205 hipos llorosos.

—Nadie, carajo —seguía susurando—.

¿Por qué no se queja a Quito? —insinuó el doctor—.

—¡Qué carajo! Tengo cinco guaguas y mi'an de mandar sacando.

—Quéjese al Gobierno.

—¿Y quién piensa pes que's aquí el Gobierno si-
no don Luchito?

—Exageraciones. Mala fama.

—¡Mala fama! El otro Teniente Politico salió por eso. Porque no le quiso obedcer en no se qué cosa del Landeta... ¡Del Landeta! —Se atrancó

*E n l a s
c a l l e s*

como mula que no quiere brincar el precipicio—.

—¿Quién va pes a oír a un pobre chagra?...
Quien... ¿Quién?

Se abatió sobre la mesa y se puso a llorar como un chiquillo emperrado, repitiendo: •

—Quien... ¿Quién?...

—Bueno... ¿Pero qué es eso del Landeta? —inquirió el médico—.

—No ve que's el único que le para. Acaso no mi'acuerdo cuando se levantaron los indios por el agua y los huasipungos. Aura manda no más sacando a los pobres trabajadores por un disparete. El Landeta ca les hace ver la verdad y a lo mejor hace otro levantamiento y eso ca no lí'a de gustar a don Luchito; después úno es el que

206 paga el pato, porque el pueblo ca no ve nada y se va contra úno. Pero tiene que joderse el pobre Landeta, tiene que cair.

—Razones habrá.

—Mejor bebamos. Salud, doctorcito.

Quería beber para desembucharlo todo.

—¡Salud!

—Don Luchito me dijo a mí: "Aura ca que'stáís di'autoridad tenís que hacerle desaparecer", pero me dijo riéndose, en broma no más... Aura ca, cada vez es más serio. Y yo, piensa que piensa no sé qui'acer.

—Aprensiones de ustedes no más son.

J o r g e
I c a z a

—Sí, pes. Usted sabe.

—¿Yo?

—¡Sí! no si'aga el shunsho. Aura ca a Dios gracias ya dicen que's leproso; que le van a shevar y que par'eso ha venido usted... No si'aga el shunsho... Ja... ja... ja... No si'aga el shunsho... Ja... ja... ja.

Cambió de color el facultativo, le hirvió el aguardiente en las mejillas y, remozando sus escrúpulos de Universitario, se sintió defensor de la ciencia pura, dando un puñetazo sobre la mesa exclamó:

—¡Pero con la ciencia, se equivoça!

—Je... je... je. Aquí la ciencia es él... ¡El!
Lo demás es pendejada. Ji... ji... ji.

207 Brota caudalosa la dignidad profesional, se hinchan los carrillos de ira. El médico, ciego de furia, coge al Teniente Político por el poncho, zarandeándole con fuerza suficiente para sacudir el polvo de la calumnia que destila el chagra.

—¡Desgraciado! No sabe lo que dice, carajo. Los únicos criminales son ustedes.

Ante la escena inusitada, la borrachera tuvo su evaporación rápida. El rostro de la autoridad se iba descomponiendo de color, aparecía la mueca de la sorpresa y de la humillación.

—No, doctorcito. No decía por mal...

*E n - l a s
c a l l e s*



—Vuélvete a reír carajo —vociferaba el Facultativo zarandeando al chagra—.

—No, doctorcito.

Temblaba la imprudencia pueblerina entre las manos furiosas del científico de ciudad. Al chagra no le faltaban puños de manos callosas capaces de abofetear a ese hombrecito acicalado, pero, comprendiendo perfectamente que detrás de esa figura estaba la sombra del latifundista, suplicó:

—De broma no más era pes, doctorcito. ¿Acaso yo sé de'so? Dios guarde... No ve que soy un bruto... ¡Un bruto!

Empezó a hipar gritos de perdón.

Una propuesta del Teniente Político vino a poner el agujerito por donde se desinfló la
208 vejiga del disgusto.

—Oyé, doctorcito... Vamos a rematar onde la Concha.

—¿Dónde quién?

—Onde la Concha. La que'ra mujer del Antonio que se fue a la ciudad a buscar trabajo, y como no volvió, la pobre tuvo que desperdiciarse.

J o r g e
I c a z a



Se nutren los comentarios de Chaguarpata, con el recorrido mañanero de tres potencias escalofriantes: el doctorcito, el Teniente Político y uno de los chapas venidos de Quito.

“El informe será una cosa enérgica”, se decía el doctor Pacheco.

—¡Aquí! —gritó la Autoridad señalando una pequeña casuca—.

209 A la entrada del médico, salía el chagra o la chola con la disculpa hecha:

—Aquí ca nu'ay nada...

—Necesito ver.

—Elé qui'a de ver pes.

Un nombre arrojado por el Teniente Político, desbarataba las ocultaciones de los dueños de casa.

—¿Y el huambra Rafel?

—¿Acaso tiene nada?

—Veamos —decía el médico, apartando los obstáculos.

—Elé viá.. Elé viá no más —grita el chagra dueño de la única vivienda de la casa—.

*E n l a s
c a l l e s*

Al venir de la luz era inútil orientarse en la penumbra de aquellas viviendas de paredes renegridas.

—Elé viá no más.

—¡Sí!...

Enredo de cuyes en los pies.

—Cui..., cuiiii, cuiiii.

El Teniente Político se aferra en la testarudez de la búsqueda.

—¿Que's del Rafel?

—¿Acaso está aquí?

Pacheco, con los ojos hechos ya a la oscuridad, escudriña por todos los rincones, agachándose para no ahorcar sus pesquisas entre las sogas templadas de extremo a extremo de la vi-

210 vienda, donde se secan una centena de mazorcas de maíz colgadas por los cutules y una docena de harapos recién traídos del río.

Por los rincones, el doctor iba hallando: un fogón cavado en el suelo, una cama subida de piso a fuerza de amontonar adobes, unos tarros rodando en desorden, un sombrero de paja deflecado la falda y parado en la horma y un centenar de hojas de penca cortadas.

—Elé ya ve... Nu'ay.

—Adentro en el chiquero li'an di'aber escondido... Chapemos en un por si'acaso —insinúa el Teniente Político—.

J o r g e
I c a z a

Entre una carga de alfalfa, junto a un cerdo hozador de una batea repleta de afrechillo con papacara, es sorprendido el rapaz con fiebre, se halla amarrado la cabeza con un pingoso pañuelo, sus ojos injectados miran como si hubiera cometido un delito: dejarse sorprender.

—¡Le trincamos, no! —exclama triunfante el Teniente Político—.

La madre, sin saber que partido tomar, se suelta en un llanto incontenible a los pies del médico.

—¡No, doctorcito! Nu'aga de declarar. Patrón Luis nu'a de comprar los sombreros de mi marido, nu'a de querer la cabuya que cortamos, li'a de mandar sacando a mi Cristóbal de la cabuyera. Con que mos de comer pes, viá doctorcito:

211 no sia malo.

Limpiábase la mujer mocos y lágrimas en el pañolón, dejando ver una blusa remendada con parches blancos en la parte de las tetas, como parches de leche.

—¿Es verdad que don Luis hace lo que dice la chola? —inquirió el doctor una vez que se hallaron en la calle—.

—Así mismo es. Al señor no le gusta sino la gente sana.

El primer caso se repitió en casi todos los hogares: la cama en el suelo, la edad del tísico o del palúdico variaba hasta donde es posible la varia-

*E n l a s
c a l l e s*

ción en estos casos, los sombreros parados en sus hermas, los rimeros de cabuya amontonados junto a las paredes, la tos de los tísicos y el temblor de los palúdicos.

Visitar a las chozas de los indios fue más divertido por el mayor número y por los casos más variados: chozas de piso de tierra, pared de tapial, tejado cónico de paja y única puerta bostezando oscuridad.

Los visitantes sólo encontraron a los ancianos y a los guaguas enfermos, las mamás y los taitas tienen por obligación ineludible ir al latifundio a pagar el tributo que cobre el amo por el huasipungo que les da para vivir.

Ancianos acurrucados en las esquinas **212** de la parálisis o de las atrofiaciones, informan a los visitantes de los ausentes:

—Juan ga cun frius... Piru timblando, timblando tiene qu'ir a cainar onde patrón grande de hacienda.

—Qu'ir a cortar cabuya.

—Qu'ir a limpiar cequia.

—Qu'ir a pastar animales.

—Qu'ir a rajar leña.

—Qu'ir a siembra.

—Qu'ir a...

—Qu'ir.

Siempre "qu'ir" sea como sea.

J o r g e

I c a z a

En la oscuridad de una choza sorprendieron la palpitación anhelante, como pulso desigual de cardíaco, de un gemido angustioso: "agua'sha ... naranja'sha". Son dos muchachas indias que apenas contarán de siete a nueve años; acurrucadas sobre un montón de cutules y de boñigas secas, se re-tuercen entre los clamores moribundos, entre el temblequeo del paludismo y entre las súplicas de la sed insaciable.

—Agua'sha ... Naranja'sha.

—¿Qué dicen?

—Que el agua está lejos ... Que la naranja está lejos.

El Teniente Político mientras daba estos informes, metía la mano en el pondo hundi-

213 do en la tierra, encontrando en el fondo solamente el pilche.

—Agua'sha ... Naranja'sha.

—Ya nu'ay que darles. Ya si'an acabado toditi-ca la'gua. Seco ... Seco está el pondo.

—¿Y los taitas?

—In hacienda ... Trabajandu ... Amitú.

Entre súplicas, labios secos, miradas afiebradas, continuó una de las longuitas:

—Agua'sha ... Naranja'sha.

El doctor echó mano al chaleco y tiró cinco cen-tavos a la sed de la fiebre, afirmando:

—Cómprense naranjas.

*E n l a s
c a l l e s*

Aquel grito: "Agua'sha. Naranja'sha", lanzado por dos seres diminutos, raquíuticos y afiebrados, en tono menor de agonizante, de gentes hechas a soportar las necesidades vitales hasta el aniquilamiento, le produjo una desesperación sorda, un odio inconsciente; con reacción piadosa, caritativa, mantenedora del mal, plataforma de ejercicios espirituales, arrojó cinco centavos; pero el caso de los huambros sedientos se repetía con mucha frecuencia. Los sueltos del chaleco del doctorcito se agotaron, se puso triste por su dinero, e indigesto de tanta lamentación, exclamó:

—¡Vamos... Vamos!

214



Tirado en el suelo, entre ponchos, diluído en la penumbra de la vivienda de los Tacos y adobado en un olor picante de zumo de cabuya, majada de cuy, comida guardada y caca de guagua tierno, el Landeta recibió al médico con sonrisa afable.

Se puso a explicar:

—El otro día me fuí a bañar en el río, a la vuelta me shuvió. Desde entonces estoy jodido con el

J o r g e
I c a z a

resfrío. Mi'a dado tos. Estoy sólo moquiando. La espalda tan me duele como si estuviera roto un algo. ¿Qué tan será?

—Tal vez los fríos.

—Nu'a de ser.

—Sería raro, hay un centenar de casos.

—Nu'ace mucho que'stoy aquí.

—Es inexplicable... El clima es bueno.

—Todo es de la falta di'agua. ¿No si'a fijado el pite de agua que nos da don Lucho para beber? ¿No si'a fijado qui'ay mismo se mean y se cagan y hacen la cama los puercos? ¿No si'a fijado que los domingos toditica la gente hace romería a traír un pite di'agua del caserío de hacienda por onde desviaron nuestro río, río del pueblo?

215 ¿No si'a fijado que'n la parte de la rinconada, como no encuentra el agua suficiente declive si'an formado pantanos que hieden a leguas y con los zancudos que se levantan por mishones? ¿No si'a fijado cómo los guaguas, cuando si'acaba el agua que traen los domingos los taitas, se ponen a beber en cuatro patas en el filo de la'cequia? Desde que nos robó el agua este sinvergüenza de don Luis, el pueblo está jodido.

Pacheco no atinaba a responder a los atrevimientos de aquel hombre tirado en un camastro piojoso y mugriento. ¿Quién era él para ponerse a insultar a la figura más destacada de la Capital?

*E n l a s
c a l l e s*

¡Un don Nadie! Un pingajo humano se atrevía a posar su baba viperina en la honradez del Dios de la industria, del hombre íntegro, de la gloria nacional. Con sonrisa despreciativa, contestó:

—¿Por qué no se quejan a Quito?

—Parece que no les conoce. Son de los mismos. Ya hicimos el reclamo y quierdé pes ningún provecho. Mataron a los indios y jodieron a los chagras. Pero yo mismo tuve la culpa por no tener en cuenta la organización. Pensé que sólo charlando s'iba a sacar algo. Pensé que diciendo que les íbamos a incendiar l'acienda, íbamos a recuperar lo que nos habían robado. Pensaba más atolondradamente, aura ca nos di'unir para hacer fuerza, sin confiar en ningún pendejo. Con eso nos

216 de sacrificar por nosotros y para nosotros, no por ningún perro. ¡Ya les estoy uniendo, carajo!

—¿Sí...? —Fue lo único que pudo murmurar el hombre de ciudad. Estaba realmente aterrorizado ante esa voz agripada, voz de un pueblo que empezaba a despertarse de su desorientación—.

Una vez en la calle el doctor Pacheco, comprobó a la claridad del sol la realidad de las palabras del chagra miserable. Aquella comprobación le sacó de quicio... “¿Pero quien es él...? ¿Quién es él?”, se interrogaba poniéndose cada vez más furioso.

J o r g e
I c a z a

A la luz de una vela, cargado de datos, arrullando las pausas con el teclear del telégrafo, interrumpido de vez en vez por una llamada telefónica de Quito, se puso a redactar el informe.

—Señor doctorcito, le shaman al teléfono —anunció el telegrafista desde la pieza contigua—.

En el audífono sonó una voz bronca y autoritaria:

—Sí, doctor... Los que nos hemos consumido llevando la civilización a esas regiones, tenemos el derecho de que la ciencia nos ayude.

—Ordene usted, don Luis.

—Nos da oportunidad el caso del Landeta. Es un tipo que no se ha visto satisfecho con la mantanza de los indios por el levantamiento

217 to que provocó hace algunos años, y ahora quiere organizar una nueva masacre. Además va a infestar de lepra a mi pueblo. Un pueblo que ha sido tan sano, tan sumiso.

—Afortunadamente, este tipo sólo tiene gripe.

—No crea usted eso... Habrá que hacerle un segundo examen hasta que se halle el síntoma. Es indispensable. ¿No ve usted que todo el mundo lo sabe? He informado a todas mis amistades de la pericia médica de usted, he dicho que sólo usted ha sido capaz de diagnosticar una enfermedad que ningún médico ecuatoriano fue capaz de hacerlo... Fíjese usted que mis amistades son incon-

*E n l a s
c a l l e s*

tables y pudientes, fíjese que conocen del caso y ya no habrá para ellos más médico que usted. No sólo por su porvenir sino también porque me tomarán a mí como a un mentiroso, le suplico que rectifique el examen. Su suerte y la de su familia está echada.

—Bueno... Mañana pasaré de nuevo por casa de ese hombre.

—Oiga, doctor... Usted me inspira confianza. Debe usted saber que este tipo lanza a los obreros y a los indios en mi contra, poniéndome en el inaudito caso de mandarle al diablo. Si no fuera por ciertas ambiciones políticas que se nos mete a los hombres de cuando en cuando, hubiera lanzado todo a buena parte y me hubiera

218 ido a vivir en Europa como hacen todos.

Ya verá, mi querido amigo, como para el próximo año las cosas han cambiado fundamentalmente.

—Pero en este caso.

—Un fallo enérgico de su parte libra a la sociedad de una víbora.

—Pero...

—Sin peros... Es necesario. El pueblo debe darse cuenta que hay una mano superior que castiga con esas enfermedades a los elementos disociadores como ese Landeta: usted diagnostica, la Justicia le recluye y el cura presenta el caso como

J o r g e

I c a z a

propaganda, así todos quedamos en paz.

—Pero...

—Cualquier médico en su caso pudiera hacer lo mismo. Piense bien mi querido amigo. Hasta mañana.

Al volver a su cuarto y prender un cigarrillo en la vela, al doctorcito se le clavó la idea obsesiva de la lepra. “No... No”, repetía en voz baja, mientras se paseaba nerviosamente por la habitación. “He afirmado a todas mis amistades la pericia médica de usted”. Toda es gente de plata, gente que me puede dar fama. Se veía con anuncio de metal brillante a la puerta, mampara de cristales opacos, llamado por la fe popular: “El San Vicentico”... “Sólo usted ha sido

219 capaz de diagnosticar una enfermedad que ningún médico ecuatoriano fue capaz de hacerlo”... ¡La lepra!

—No... No. —murmura—.

Se sienta frente a los apuntes, va a empezar a escribir, repitiendo:

—¡Imposible!...

—Doctor, al teléfono —suena la voz del cuarto contiguo—.

—Voy.

—¿Con quién?

—.....

—Sí, señor Intendente.

*E n l a s
c a l l e s*

—
—¿Pero si todavía no presento ni siquiera el informe, cómo pueden proceder en esa forma?

—
—Precisamente estoy buscando un síntoma para poder basar en eso mi diagnóstico. Además ese mediquillo que usted dice está palanqueando mi puesto, por lo menos debe esperar a que yo renuncie.

—
—Sí, estoy muy agradecido de don Luis.

—
—Sí. Ya le dije a él mismo: esperemos hasta mañana. Haré un nuevo examen. Puede que me haya equivocado.

—
220 —No habrá más remedio.

—Hasta mañana. Gracias por haberme avisado a tiempo. *S*

Propicia la noche a exagerar la realidad de las tragedias, le acosó al doctor con sus mil fantasmas. Se vio destituido de su primer cargo médico conseguido a pura palanca y a fuerza de antesalas. La clientela no da para vivir en la ciudad. Miseria por todos lados, miseria que se le ríe en las narices. Tendría que recluirse en un pueblo a luchar a brazo partido con los boticarios y los curanderos. Tal vez tendría que caer en éste, en éste, con

*J o r g e
I c a z a*

su pobreza, con su sed, con sus piojos... No... "Usted diagnostica, la Justicia le recluye y el cura presenta el caso como propaganda". Tiene razón, el hecho saldrá a la calle perfectamente vestido, a su lado irá el cura pregonero. Nosotros veremos de bastidores.

—Doctor al teléfono.

Desde el audífono, una voz femenina se filtró melosa por el sentimentalismo de mi doctorcito:

—Hijito, no sabes cuanto te extraño. Te llamaba para decirte que estoy en un apuro, la costurera vino a dejar los pañales y dice que necesita los cuarenta sures.

—

—No sabes lo molesta que he pasado
221 con mi embarazo. Vino el médico, como es amigo tuyo, afirmó que luego te pasará la planilla.

—

—La señora de la casa también mandó a cobrar el arriendo. Tu mamá está un poco enferma.

—

—Vente hijito, vente. No sabes lo que te estoy extrañando. Adiós amorcito.

—

Que buena es mi mujer, pensó el facultativo, y se sentó a escribir el informe.

*E n l a s
c a l l e s*

J. I. Caza



En medio de la noche fría de la aldea, resuenan los pasos de la escolta, chapoteando sobre el suelo fangoso de la calle.

—¡Alto!

Un pelotón de hombres se para frente a la casa de los Tacos. Llaman a la puerta. Sale un muchacho a abrir. La mujer del Taco mayor que desca-

bezaba un sueño, se despierta sobre-

222 saltada.

—¿Quién es?

—Buenas noches... ¿Aquí'stará el Landeta?

—Aquí'stoy —murmura el aludido incorporándose en su rincón—.

Queda un silencio interrogatorio flotando en los rostros de los chagras, abatiéndose y agigantándose al compás de las manchas rojizas que pone el fuego del fogón en la vivienda. Puntas de fusiles se dejan ver por la puerta abierta, apagando la conversación soñolienta sobre las sementeras, las lluvias, la cabuya, el agua y los sombreros.

—¡Tiene que seguirnos! —ordena el chapa que

J o r g e
I c a z a

dirige la escolta.

Desde el rincón donde el Landeta arropa con ponchos su resfrío y su espanto, se encienden miradas de protesta. La mujer que se ha puesto de pie, murmura:

—Pero cómo pes... No ven que'stá muriendo con la tos; en semejante noche.

El Taco Mayor, dejando de tejer un sombrero, interviene:

—Siquiera qui'amanezca. Han de tener caridad.

—Tenemos orden de shevarle ya mismo... ¡Pronto!

—Pero...

—¡Pronto!

Aun cuando la tos apuraba, el Landeta **223** se vistió ayudado por los parientes: arrojándose en el poncho, en mitad de la escolta, salió a la calle. La mujer interrogó llorando a los chapas:

—Onde le shevan... Onde le shevan.

El Francisco Játiva que se había quedado al último, respondió:

—Es orden superior, ¡al Lazareto!

Una ráfaga de coraje cruzó por la vasta vivienda de los Tacos, encendiendo los ojos en furia desorientada.

Fuera, ulula el viento filtrándose por la puerta entreabierta todavía. El fogón pone reflejos más

*E n l a s
c a l l e s*

vivos en el dolor. Se han perdido los pasos en la garúa que arrecia por momentos. La candelã agoniza en un gran rescoldo de cenizas.

Después de una hora de caminar entre la noche cerrada a fuerza de oscura, y el lodo y la lluvia desesperantes a fuerza de tenaces, llegaron a la Estación, junto al caserío de hacienda, donde esperaba el tren que dejará a Landeta en el Leprocomio.

—Háganle subir a la cubierta de'ste carro —ordenó un brequero que alumbra con linterna de mano—.

—No podrá pes ir adentro —se atreve a decir el Játiva un tanto compasivo—.

—Como han de creer pes. Nu'ay ni'uno
224 vacío. En todíticos van cosas de comer.

Ashá'rriba le'mos de amarrar no más.

—¿En este aguacero?

—Adefesio. Nosotros tan vamos asha encima, así shueva. Hágale subir breve.

Aguijonearon al griposo los fusiles obligándole a treparse a la cubierta del carro.

—¡Achachay!

—Aquí . . . —ordena el brequero alumbrando la parrilla de tiras de madera—.

Le atan con sogas, boca abajo, las piernas y los brazos, ajustándole a la parrilla y dándole por todo abrigo un poncho.

J o r g e
I c a z a

—Vamos Ya mismito sale el tren.

Para mayor seguridad la guardia se acomodó en el interior del mismo carro, entre costales de comestibles.

—Desde aquí se le puede oír perfectamente, en un por si'acaso quiera huirse —afirma alguien—.

—Cierren la puerta.

—Puchica, el frío está tieso.

—Pero cerrados la puerta ca, nos vamos a quedar muertos con el olor de ajos..

—Cashá, pendejo Nu'estás oyendo como silba el viento en las rendijas?

Era un diálogo de sombras. Se puso en marcha la máquina arrastrando perezosamente los vagones. Arreciaba la lluvia en el tejado de

225 zinc de los carros. El Játiva busca el sueño fumándose un cigarrillo, a su lado dos chapas se revuelcan de frío.

—Dejá pes dormir.

—Elé . . . Vos mismo te'stás revolcando como puerco.

—Con el humo no puede uno respirar.

—Por fin si'acabó esta pendejada Mi pobre mujer ha de'star pariendo.

—Preñada estará pes.

—Elé, claro

—¿Oís lo que tose el pobre chagra?

—Cierito, carajo . . . La tos ca le va'joder.

*E n l a s
c a l l e s*

—Tendrán pes los leprosos.

—Así a de ser pes.

—Cashate . . . ¿Oyén? Quejándose'stá.

Crecía el clamor de la lluvia sobre el zinc; crecían las lamentaciones del chagra.

—Ayayay . . . ¡Achachay, carajo!

En el silencio de la indiferencia de los gendarmes, estalló una tos con fuerza de vómito.

—Ay . . . ay . . . ay. ¡Me muero!

—Carajo. Sería de bajarle.

—Cashate pendejo. Quien ha di'acer parar la máquina.

—A lo mejor nos contagia.

—Una pulga desde's la lepra.

—Dios nos guarde; dormí más mejor.

226 —¡Cierto!

—¡Ay . . . ! ¡ay . . . ! ¡ay!

Los bramidos de la naturaleza y el chirriar de la máquina en marcha ensordecieron la compasión. El rugido de la noche parecía reírse de la queja del hombre amarrado al tormento de la tempestad. Seguía cayendo la tos con monotonía de gotera arrulladora del sueño de los chapas. El poncho que le sirve de cobertor se ha empapado y pesa como témpano de hielo sobre el tiritante cuerpo del chagra. "Carajo, si me soltaran un ratito", piensa y procura mover las manos y los pies agarrotados de frío. "Yayay el pecho". "Que difícil se hace respirar

J o r g e
I c a z a

cuando cae el aguacero tan fuerte. Sin embargo siento sed". Pegó los labios a la tabla empapada. Algo le hirvió en el pecho, estallando en un vómito desinflador de la molestia que le oprimía, era el dolor que se le escurría por la boca con gusto pastoso de sangre.

Clarea la mañana. El Francisco abre la puerta del carro para orinar. Del zinc chorrea agua coloreada de rojo. El chapa recibe las gotas en el hueco de la mano convenciéndose de la realidad.

—Sangre —murmura, limpiándose precipitadamente en el capote al acordarse del leproso que viaja allá arriba—.

Cuando el tren llegó al leprocomio la escolta descargó un cadáver.

227



*E n l a s
c a l l e s*

10 **DEMOCRACIA**

Se empezaron a dar cuenta en la República que el mar azota en las costas, que el mar tiene peces, que las corrientes del Norte y del Sur arrojan a las costas ecuatorianas gran cantidad de pesca codiciable, que todo lo codiciable ha sido vendido al extranjero: suelo, subsuelo, etc.

228 Se abismaron los científicos.
Se hicieron estudios profundos.

Se llegó a la comprobación: "El mar es una cosa que puede ser vendida".

Don Luis, había tramado conocimiento con mister Kuney, experto en tratar con los negociantes del patriotismo al por mayor. Vinieron las genuflexiones, los brindes, los abrazos, las confianzas financieras. Don Luis estaba tentado de llevarle al gringote donde su Zambita, pero no se atrevió a tal extremo temiendo herir el puritanismo norteamericano en el cual creía ciegamente.

Aquello de sentirse unido a mister Kuney, tra-

*J o r g e
I c a z a*

tando en amena charla sobre el mar y sus peces, sobre la forma de plantear el monopolio, le parecía a don Luis Antonio una escena para ser filmada en las esferas celestiales.

La comisión en el negocito sería para don Luis una tarjetita de oro con inscripciones de brillantes tasada según los expertos en más de doscientos mil sures, obsequio que se le haría a pleno sol y con banda de música, pregonando las excelencias del patriotismo al por mayor; además recibirá un porcentaje en las utilidades, pretextando cualquier cargo en la Compañía.

—No hay como los gringos —afirmaba Urrestas, semiborracho, en brazos de su Zambita.

—Me consta —embromó la mujer—.

229 —¿Sí?

—La otra noche me presentaron a un inglés.
¡Qué tipo más simpático! Estaba con el Ministro.

—¿Con el Ministro?

—Hablaban de no se qué negocio del pescado. Pero era en mishones. Tomamos sólo champan.

Don Luis soltó las caricias de "Culo de Negra", tornándose lívido de rabia.

—No seas tonto, no fue sino cuestión de un ratito —murmuró la mujer creyendo reacción celosa—.

—Déjame.

*E n l a s
c a l l e s*

Fue la noticia una verdadera contradicción en aquellos momentos críticos de amor.

De pronto le acometió un deseo sádico de oír de boca de su enemigo la verdad, cogió el teléfono tal vez por hábito de táctica.

—¿Cómo está Ministro?

—

—El gusto es para mi.

—

—Sí, ya sabe usted: todo lo que se relaciona con el bien de la Patria tiene que relacionarse conmigo (hizo un gesto de tipo que blasona de modestia).

—

—No por eso... Usted comprende las **230** circunstancias. Además no encuentro una cosa más ventajosa para la Nación.

—

—¡Sí! ¿Dice que la inglesa ha ofrecido cinco millones anuales?

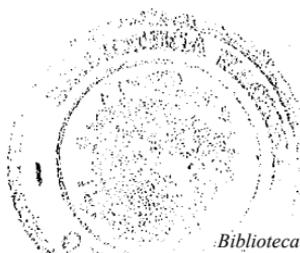
—

—De la misma forma que usted ha estado enterado de la oferta americana en la cual yo trabajo. El correo de brujas mi querido amigo. Además algo se deja adivinar por los periódicos.

—

—(Hizo una mueca como si se enterara de algo gordo). Bueno... Ya lo sabía. Con nosotros pasa

J o r g e
I c a z a



una cosa que ustedes no han tomado en cuenta. En verdad el efectivo es menor, pero las ventajas son mayores. Todo tiene su compensación.

—
—Yo quería estar seguro del apoyo oficial para poder hacer nuestra oferta en forma de no llegar a un fracaso.

—
—Sí. Comprendo que la honradez administrativa obliga a usted a mostrarse imparcial. Inclínandose desde luego a la parte más ventajosa para la Nación. (Sonrió satisfecho de haber podido lanzar una sátira que le andaba dando vueltas en el subconsciente).

231 —
—¿Entonces usted cree que nosotros podemos presentar la propuesta sin esperar el desaire definitivo?

—
—Sí.

—
—Era una pregunta, nada más.

—
—Nunca estaba en mí el adivinar nada.

—
—Usted siempre tan amable.

—

*E n l a s
c a l l e s*

—Saludes en la casa. Mucho gusto de oírle.

—



Hay épocas en las cuales la ciudad tiene sus despertadores de comentarios políticos; por los chagros, por los estancos, por las covachas, por los mercados, por los portales, por las plazas, por las calles se dejan oír voces cansadas que

232 acusan:

—Ya se le acaba la ganga a este Mono. Hasta con los aventadores desque negocea, ha de creer compadre?

—Todo Mono mismo es así.

—Otro tanto lo mismito ha de venir a robar éste.

—Cashe... No sea de mal agüero.

—Ya es sabido, otro de los mismos ha de ser.

—Con tal que nos dejen tranquilas.

—Dos velas voy a poner a San Vicente para que se vaya éste.

—Pero usted mismo estaba con banderitas cuando le trajeron.

*J o r g e
I c a z a*

—Como decían tanto de'l. Como él mismo dijo que aura sí vamos a tener a manòs shenas.

—Quierde pes.

—Quierde pes.

—Nu'ay que ser tontas. Ashá que se maten.

—¿Eso tan nu'ay cómo decir, no ve que siempre duele mismo?

—Y éste no desque se quiere ir.

—Le'mos de arrastrar pes, carajo.

—¿Cómo a los Alfaros?

—El Padre tan dijo en el púlpito, sólo por castigo podímos soportar a estos masones.

—Sólo a robar vienen.

—¡A robar!

—Ojalá nos toque un honrado.

233 —Ojalá pes.

—Ojalá.

—Todo caro. Muriendo di'ambre los guaguas.

—Cashará vecina no le vayan a oír. Aura ca un mundo de pesquisas están regadòs.

—Anoche a un pobre borracho que había estado gritando contra el Mono, no le shevaron dándole palo, cosa que gritaba, de dar lástima. Yo ca le dije al chapa que nu'aga así. Que'ra ordèn superior me contestó.

—Son unos bandidos. M'ijo que'stá en la Policía tan me cuenta que les están dando de baja por pendejadas.

*E n l a s
c a l l e s*

—Coraje da. Ve pes, shevando a la policía van a shenar la barriga.

—Ve cholito... Ya desde están formando los comités.

—Nu'e sabido pes.

—Sí...

—Como l'otra vez mi'an de dar una buena pisa, y más ni'e de sacar nada.

—Aura ca es otra cosa.

—Sí, así mismo me shevaron la otra vez. Inocentemente, ¡guac! juera cabeza. Tres días estuve en el hospital sin poder decir de lo que'ra porque me hubieran metido preso.

—Pero aura nu'ay que ser tontos. Cerveza desque'stan repartiendo. Si resulta, resulta;

234

de no ca nos chumamos siquiera.

—Ojalá no me vayan a malograr la nariz eso.

—Desqu'es honrado.

—¡Honradooo!

—Me voy al comité. Ustedes también tienen qu'ir, es necesario ser patriota —afirmó el maestro de taller, de la zapatería con espejos, a todos los operarios que trabajaban a sus órdenes, inclusive el Ambrosio Yánez que levantó a mirar con mirada de perro lanudo y sumiso.

Llegaba el tiempo en el cual todas las palabras recobran un sentido de ataque. Tiempo en el cual

J o r g e

I c a z a

se ven entre los carteles de toros, teatros, propaganda de medias de seda, píldoras para las lombrices y parches porosos, los retratos de los presidentes que, a los dos días de pegados, los enemigos políticos o la chiquillería insolente los adornan con bonetes o cuernos luciferinos.

En la lejana perspectiva de las calles, se va encendiendo un nombre que avanza a toda velocidad, como en propaganda de cine, conquistador de los primeros planos del transeunte. La palabra viene rodando en los patines de la honradez. Llega. Se agiganta. Narcotiza.

—¡Luis Antonio Urrestas!

Nombre que se le recomendaba como específico para combatir a los Landeta. La **235** taforma de su honradez creció en el recuerdo, levantándole una estatua más grande que a héroe de Independencia.

—¡Honradoooo!

Su nombre le sorprendió por primera vez a don Luis; la sorpresa se tornó grata cuando al encontrarse con el Ministro le pudo saludar:

—Qué tal... Qué tal, Ministro... —Como quien dice: "Con inglesitos a mi".

*E n l a s
c a l l e s*



Giraba la plataforma de la honradez ascendiendo en las espiras de humo de la fama.

—¡Honradoooo!

Don Luis, jinete en el caballo de los gamonales, se dio cuenta que podía tirar la carta de la democracia. La defensa de los otros se prendió de la dictadura.

236 Dos días antes del golpe dictatorial, Urrestas y los suyos lanzaron la circular secreta de la democracia a todos los pueblos donde eran gamonales de chagras, y a todos los latifundios donde eran dueños y señores de indios.

Chaguarpata se estremeció con ruido de camiones desconocidos. De los camiones descendieron hombres acicalados poniéndose en contacto directo con el cura y con el Teniente Político. Nadie pudo imaginar lo que iba a ocurrir.

A la tarde la campana empezó a llamar con clamor desconocido. Los aldeanos dejaron a medio hacer sus ocupaciones y corrieron al templo a fin

J o r g e
I c a z a

de recuperar su tranquilidad alterada por la curiosidad despierta por hombres y camiones. Estaba visto, la noticia iba a ser lanzada desde la iglesia, aquel repiqueteo extraño no podía tener otro objeto. Ante la palabra de Dios el silencio ritual es una obligación.

Por teléfono se habían puesto de acuerdo el cura, el Teniente Político y don Luis. El señor curita subió al púlpito en medio de un silencio espectacular. Dio la bendición a su pueblo, encomendose al Espíritu Santo y en nombre de Jesús habló a los fieles:

—Es hora de hablar claro para que alguna vez ustedes se den cuenta de la verdad. Don Luis Antonio Urrestas, debido a sus merecimientos, se halla ahora al borde de la **237** Presidencia de la República consagrada al Corazón de Jesús, pero como este santo varón quiere tener el visto bueno de su pueblo querido, ha mandado esos camiones para que todos los verdaderos hijos de Chaguarpata, todos los verdaderos hombres que aman la gloria de este pobre pueblo, vayan a la ciudad a protestar contra los herejes que quieren hundirnos cada vez más en el océano de impuestos. Imaginaos, queridos hermanos, quieren poner impuestos hasta en la casa de Dios. Esto no podremos consentir nunca. Vosotros iréis a la ciudad a decir: "¡No!" Dios verá con agrado

*E n l a s
c a l l e s*

esta pequeña molestia.

Siguió taita curita ofreciéndoles el Paraíso a manos llenas a cambio de la inmediata movilización a la ciudad a ponerse a las órdenes de mi señor don Luchito.

—¡Tendrán mil días de indulgencia!— terminó el santo sacerdote dando la bendición a su pueblo.

Se desparramaron los fieles en el pretil, las preguntas se desparramaron con ellos:

—¿Qué scrá?

—¿Qué nos harán?

—A lo mejor ashá nos sacan la plata.

—Qui'acer.

—¿Qui'aremos?

—Cómo nos d'ir como costales de
238 papas.

—Ha de ser bonito ir a conocer Quito.

Se hacía tarde y los chagras no aparecían por ningún lado. Angustiado el Teniente Político por la demora, afirmó dirigiéndose al cura y a los hombres venidos de Quito.

—Semejantes desconfiados que son. Han d'estar esperando que se les vaya a sacar de la casa.

—Hasta para mandarles al cielo es necesario conquistar a esta gente con trago —confirmó el párroco dirigiéndose a los forasteros.

—Sí, ha de ser de shevarles el agradito. Parece que no es nada pero una copa les compra no más.

J o r g e
I c a z a

Vamos taita curita a ver si le fían en la esquina.

—Nu'ay necesidad de tanto —intervino uno de los forasteros sacando un billete de a cinco.

—Elé bueno está.

—Ustedes quédense no más. Viendo mucha gente se han de acholar los chagras —ordenó el cura a los hombres venidos de Quito, dirigiéndose con el Teniente Político por media plaza.

En las inflexiones alegres, amenazantes y embromonas del párroco y del Teniente Político, adivinaron los chagras la alta cotización de su presencia en la Capital, adivinaron el secreto, y ese secreto fue devuelto en regateos; tanto más, cuanto que, desde que cayó la noticia todo era contradicciones,

239 le inventaban una atracción mayúscula para ilusionarle y sonsacarle.

—No si'ais pendejo... Venís conociendo Quito.

—Pero aura qu'e d'ir pes, teniendo qui'acabar los sombreros.

—Mañana has de terminar. Lo que pierdes aquí ganas allá, creo que les van a pagar bien.

Generalmente, en este punto, intervenía la codicia femenina, la cual, soltando su ocupación, animaba con palabras semi contritas la irresolución del marido, del hermano, del hijo:

—Andá no más. Qui'as di'acer... No tí'an de robar.

*E n l a s
c a l l e s*

—Ni que juera qué para que li'agan chogshomontón.

—Claro.

—¿Nu'estáis oyendo? Se trata de plata. Ojalá den algo —Concluía la hembra un poco indignada y mirando de reojo la botella de aguardiente que el fraile hacía brillar a la luz del fogón.

Meciéndose los cabellos pegajosos de sudor y tozudez, el chagra con el último desgano de su desconfianza, murmuraba:

—Bueno pes, vamos.

Entre risas el cura remachaba:

—Ahora sí, hagamos un guachito. —Brindando el aguardiente mientras aleccionaba al hombre del campo como debe portarse en las calles de la ciudad.

240

A la casa del sacristán el cura llegó terco y autoritario, con ese gesto que dice: "un hombre cristiano despreciar mil días de indulgencia es inaudito". La confusión de la familia creció hasta el espanto. El sacristán apaciguó la adustez del santo sacerdote cogiendo el poncho y murmurando:

—Ya m'estaba yendo señor curita.

Embozados en los ponchos, los Tacos, conversaban en el corredor de la casa, sin percatarse de la cercanía del cura —el Teniente Político se quedó donde el Cabrera, no hablaba con los Tacos

J o r g e
I c a z a

desde la cuestión del Landeta—.

—Señores, santas y buenas tardes.

—Venga taita curita. ¿Qué milagro visita a los pobres?

—Los pobres que desprecian las dádivas de Dios.

—Pero

—Tomémonos un trago.

—Ay, dios'olo pay.

Empezó a abundar en frases de alto amor patrio la charla del cura.

—Pero

—¿Qué?.... Ahora no es a él la manifestación. Se trata de la dignidad del pueblo. Se trata de la defensa personal. Lo pido yo. Sería una

241 barbaridad. Sería una verdadera vergüenza que todos vayan menos ustedes, el orgullo macho del pueblo. Aquí donde me ven, si

no cargara estos hábitos —se los alzaba con impudor de chola en celo— yo hubiera sido el primero en ir. Todos.... Todos van, menos ustedes. —Vociferaba el santo sacerdote con botella en mano y enseñando el ejemplo que en ese momento pasa por la calle: la figura del Teniente Político llevando del brazo a dos chagras, a los cuales les había ofrecido la exoneración de las multas por daños de unos burros en los sembrados de hacienda.

Aquellas palabras proferidas por un hombre des-

*E n l a s
c a l l e s*

corchador de devoción mística, les llenó de coraje, borró todo resentimiento.

Taco hermanos, se miraron, les acometió la sonrisa de sentirse arrastrados por el orgullo macho de los que van a enfrentarse con el peligro. Meaneando la cabeza, siguieron mansamente a taita curita.

Así fué arreada toda la chagrería.

Chiquillos, pegados a los centros de las cholas moquean súplicas para ir con los taitas, para ir con todos los apellidos grandes y chicos del pueblo: los Tacos, los Játivas, los Molinas, los Gabelas. Las mujeres en vez de lágrimas, empezaron a deshilar recomendaciones:

—Ve nu'iras a estar colgándote... Has
242 de morir en el camino.

—Si no te traen breve, aunque sea a pie venriste.

—Si te dan algo, trairás comprando en el Comercio Bajo una camisita para el guagua, ya no tiene que' ponerse.

—Al saber esto ti'ubiera asado unos cuicitos.

—Unos huevitos.

—Unas papas cocinadas.

—Algo pes.

—Nu'iras a beber. Ti'an de dar duro.

—Trairás algo.

—Saludarás al compadre si le vis por'ay.

J o r g e
I c a z a

—Alzate los pelos. Al saber esto era d'irnos al río para que vayas bien lavado.

—Nu'iras estar con las carishinas de Quito. Yo ca he de saber enseguida.

Arracimados los machos en los camiones, también se esforzaban por gritar, dominando la batahola de voces femeninas.

—Curarás la gusanera del puerco.

—Dirás al compadre Alejandro que me mande los dos reales de la cabuya.

—Verás que la mula mañosa nos'entre al daño, ha cogido soltarse de la soga.

—Mañana demañana shevarás la cabuya al río.

—Adiós, carajo... Aura ca, nu'e de volver.

—No t'estarás mojando, ti'a de sacudir

243 los fríos.

—Atrancaraste para dormir.

—Ve Manuela, sacale al guagua, s'está metiendo entre las ruedas. Ve pes, el cojudo.

—Quitá di'ay, carajo.

Cura y Teniente Político, mirando desde el pretil, se disputaban ante los guayrapamushcas la supremacía en la recolecta. La autoridad afirma:

—Elé ya ve, si no les amenazaba con las multas, no venía ni uno.

—Sí —gruñó el fraile con aire de eficiencia, sin querer defraudar el heroísmo del chagra.

—Si no les hacía creer que no les voy a cobrar

*E n l a s
c a l l e s*

las multas que me deben, estábamos jodidos.

—Sí —volvió a salmodear el religioso en la misma forma despectiva, poniendo interés en beberse la última copa, sobra de la tercera botella que sirvió para la recolecta.

Desde muy por la mañana, en el latifundio "El Penco", los mayordomos, jinetes en mulas y acariciando el rollo de la huasca montada al anca, recorrieron las chozas, comunicando la orden dada por el patrón.

Polem llevado por el viento fue la noticia, fecundando en todas las chozas la desconfianza. Resurgían viejos temores, recuerdos amargos de la época del huasicamato. Sintieronse presos en el mismo temor.

244 A las diez, los mayordomos y los chapas mandados por el señor Teniente Político empezaron el trabajo.

En una ladera, junto a la quebrada grande, se apuraba una veintena de indios deschaparrando el terreno. Desde el extremo gritaron los mayordomos:

—¡Rescas...! Dejen así no más. Vamos a Quito, ya están esperando en el pueblo los camiones.

Al pronto los indios, se hicieron los distraídos.

—¿No me oyen?

Sueltan las herramientas los indios y van hasta

J o r g e
I c a z a

los matorrales donde han amontonado los ponchos.

—¡Breve, carajo!

—Ya 'stamos puniendo poncho.

—Háganse los pendejos y verán si no les caimos con el fute.

—Ja... ja... jay.... Cun juete ha dicho.

Un bulto se escurre por la maleza, luego otro, luego otro.

—Carajo... No nos han di'acer pendejos. Ustedes por ese lado. Yo por aquí para cortarles la retirada —ordena un jinete esparciendo voces y carreras persecutorias por toda la hacienda.

—Por aquí.....

—Por asha.....

—Cójnle con la sogá.

245 —Enlazale con la beta.

—Dale con el fute.

—Ve donde si'a metido.

—Trincále al indio bandido.

—Onde están los demás.

El frenesí de caza de indios que hay en los mayordomos y los chapas, vibra en las patas de las mulas tendiendo la persecución una red insalvable.

—A cse.....

—¡La beta...!

—¡La beta...!

—Que no s'escape.

*E n l a s
c a l l e s*

—Verán mi brazo.

—Apuntarásle bien.

Silba una huasca cayendo en lazo certero sobre la carrera atolondrada de un indio que rueda por la pendiente.

—¡¡Amarrá la huasca a la cabezada!!

—¡¡Ajustale!!

—¡Ya le cogiste al indio animal!

—¡No se'a dir, carajo!

Avalancha de gritos espantan a la mula disparándola en loca carrera. La beta arrollada a la cabezada de la montura va arrastrando una pelota de ayes y de carne que en tumbos deja girones de poncho y de indio entre las piedras y las estacas del campo.

246 —Se jodió por bruto —comentaban los chagras haciendo coro de sorpresas alrededor del montón caótico de carne india.

—Carajo, acaso la mula me dio tiempo de desenredar la huasca.

—Y aura qui'acimos.

—Tirémosle al barranco para decir qu'el mismo ha rodado como guagra.

—Pero.....

—Qué carajo.... Al otro que l'estábamos siguiendo tan no se tiró a la quebrada?

—Sí, pes.... Como gashinazo cayó no más el indio bruto, hécho shapi ha di'aber quedado abajo.

J o r g e
I c a z a

De las chozas fué más fácil sacarles. Sólo tuvieron que espantar a fuede las lamentaciones de las indias y de los guaguas.

Allá, por el Norte del pueblo, los mayordomos y los chapas traen arreando una manada de indios como cuentayos que fueran a encerrar a las seis el ganado en la talanquera. Tras la indiada vienen las longas y los guaguas llorando.

—Traimos más de doscientos —se enorgullece el mayordomo.

—No van a tener onde ir.

—Shevarles a pata.

—Cierto.

—Pero

—Los de la cabuyera también faltan, y
247 a esos hay que darles más preferencia,
son más racionales.

—Pero los indios si'an de regresar si se les manda a pie.

—Habrá qu'acomodarles como quiera.

—Suban Suban —gritaban los acomodadores empujando a las cargas por el culo.

—¡Lado . . . lado . . . carajo!

Parece gritar la trepidación de los camiones, levantando un eco de recomendas, de adioses, de llantos de indias, todo envuelto en un oleaje de manos que despiden, en una nube de polvo que asfixia el dolor y que esparce a la gente rumiando esperanzas.

*E n l a s
c a l l e s*



Fueron descargados en la casa de don Luis.

—Bajen . . . Bajen —ordenaban los encargados de acomodar a la gente, miembros de un club electoral “Democracia”, haciéndoles atravesar el jardincillo principal, entre recomendaciones de cuidado para la integridad de las plantas, del piso y de la pintura de las paredes.

248 —¡Por aquí!

—¡Por aquí!

El patio de atrás se llenó precipitadamente; en el remolino humano cada partícula se defendía en la amistad o el parentesco fecundados en la aldea, formando verdaderos islotes humanos de comentarios.

El frío y el sueño fueron acurrucando a toda la gente, en el suelo. La voz de los acomodadores irrumpió con voces:

—¡Pararse . . . Pararse, carajo!

En el corredor alto asomó la figura de don Luis. Los indios a la vista del amo, se quitaron el som-

J o r g e

I c a z a

brero y bajaron los ojos. Los del club electoral urgían a los chagras entre codazos:

—Griten viva Griten viva.

—¡Vivaaa!

La figura del presidenciable, cogiéndose del barandal e inclinando una reverencia, en gesto de nadador experto en tirarse de alturas, lanzó frases de agradecimiento que fueron a zambullir en la piscina de agua turbia formada por indios y chagras. ✓

— . . No he podido resistirme en brindarles frases de agradecimiento por el sacrificio enorme que ustedes han realizado en mi favor. Vuestro desinterés cívico ha salvado las distancias; la Patria está agradecida. Grata sorpresa para mí el saber

que habéis venido, con vuestras voluntades abiertas, a salvar la democracia en peligro

Se explayó en comentarios de libertad y tuvo frases duras para unos señores ignorados por la gente que escuchaba. Dicen las malas lenguas, que igual discurso se pronunció en todos los traspatios de las casas de los gamonales.

Se acomodaron los chagras en la planta baja. Como no sobraba espacio para los indios, y por ser muy piojosos, se les dejó se amontonen por los corredores y por los rincones del patio.

Acababa de dar las once. Dos hombres se desmontaron de un automóvil, frente a la casa de don

*E n l a s
c a l l e s*

Luis. Uno de ellos haciendo señas al policía de la esquina, le ordena:

—Cuide el auto hasta nosotros desocuparnos.

—Buenas noches, mi Comandante. Está bien, mi Comandante.

En uno de los salones altos del segundo patio, conferenciaban acaloradamente don Luis, mi Comandante Diego Castañeda y un señor calvo que gustaba de injertar maldiciones y carajos, traídos de sus haciendas, en toda clase de conversaciones.

Preparaban la jugada máxima para el día siguiente. Tal vez por el calor de la conversación, se dejaron decir cosas espeluznantes, de aquellas que hubieran sido suficientes para el diagnóstico desfavorable del honrado psiquiatra; la

250 reclusión de los tres tipos caía de su peso, pero felizmente la conferencia se verificaba a puerta cerrada.

Mi Comandante Diego, argumentó encendiendo el rojo de su nariz:

—Es que nos han dado orden de salir a custodiar a las esquinas. También la prisión de algunos legisladores.

—Qué carajo. No se les hace caso —gritó el hombre calvo.

—¡No!... Sería impropio un acto de rebelión aislada. Los otros cuerpos de línea, vacilantes hasta este momento, no se decidirían en mi favor,

J o r g e
I c a z a

por el contrario, aceptarían el castigo de los delin-
cuentes. El desbande de las Cámaras sería irreme-
diable.

—¿Entonces?

Como si quisiera dar más énfasis a la argumen-
tación, don Luis, poniéndose de pie, exclamó:

—No tenemos otro remedio. Ya he dicho yo:
provocar la indignación de la masa ciudadana, sa-
car la tragedia a la calle, hacer el espectáculo en
las plazas, dejarse de la vieja politiquería de re-
cámara, así veremos al final quien vence; ellos que
han tramado su juego en las alcobas o nosotros
que nos lanzamos a la calle. Hacer espectáculo
para convencer, para arrastrar, para llegar al sen-
timiento.

251 —Además hay rumores de que varios Je-
fes no se hallan conformes con el golpe dic-
tatorial.

—Razón de más. Ante una masacre en las ca-
lles hecha por fuerzas que se las cree de ellos, da-
ría como resultado nuestra ubicación en la plata-
forma de las compasiones, de las víctimas, de las
personas a las cuales se les llega a estimar por
sentimiento y sobre las cuales se puede ejercer to-
da la fuerza caritativa de este nuestro país cris-
tiano. . . .Ellos (parecía ufanarse al señalar el
piso bajo donde dormían los indios y chagras. Tam-
bién dio una patadita, como si quisiera asegurarse

*E n l a s
c a l l e s*



de la solidez del pedestal que roncaba en la planta baja) cometerán el crimen de vivarme en las calles; ustedes (clavó el puntero del índice en el pecho de mi Comandante) no harán otra cosa que cumplir su deber disparando sobre los manifestantes.....

Llenó la estancia una pausa fangosa y abismal, de donde pretendía salir ilesa la moral de aquellos tres hombres. Urrestas aquilatando los temores les enredó más:

—Nuestros enemigos creyeron salvarse con la fuerza, esa misma fuerza les aplastará.

Rubricó su decisión con un puñetazo sobre la mesa. De pie con sus conclusiones, esperó.

Ante la perspectiva del asesinato colectivo **252** tuvo propuesto por el presidenciable, con el rabo entre las piernas, el valor sacó sus evasivas. Castañeda se frotó las manos y se cogió la nariz, como queriendo ordeñar de ella la disculpa. El hombre calvo se tragó sus injertos traídos de las breñas serranas.

Con voz de náufrago que ha logrado agarrarse del salvamento, mi Comandante rompió el silencio

—Pero no tenemos orden de hacer fuego.

—Eso es lo de menos. Parece que usted no es mi partidario. La orden que hace falta se la doy yo. En caso de que nosotros salgamos mal parados....., usted podrá alegar la urgencia del ca-

J o r g e
I c a z a

so...., la masa que le acosaba...., la defen-
sa...., la lealtad...., etc.... Por mi parte y pa-
ra tranquilidad de mi conciencia he hecho venir a
los indios de mi hacienda, son míos.... ¡Así no
me veré responsabilizado con nadie! ¡Son míos!
Les tiraré a la calle y usted operará sobre ellos.

—Si se pudiera hacer sin proyectiles los dispa-
ros —propuso la timidez de mi Comandante.

—No hombre.... Eso sería venderse ante la
historia. El hecho tiene que tener la apariencia de
casual, de urgido por las circunstancias.....

Asustado, con mueca de guagua baboso, el hom-
bre calvo intervino:

—¿Pero matar a la gente indefensa?

—Ya les estoy repitiendo.... Son mis
253 indios los que irán a la cabeza de la ma-
nifestación, para eso les he hecho venir.

Con el mismo gesto el calvo concluyó:

—Entonces está bien.... Si son necesarios los
de mis haciendas pueden ir también..... Je...
je..... je.....

Con la risa se le fué un hilo de baba. La con-
versación se enardeció hasta que en sus llamas
se hicieron pavesas todos los escrúpulos.

Don Luis, en tanto seguía tramando el golpe,
iba acuchillando con argumentos de grandes pers-
pectivas económicas todos los temores de los dos
hombres.

*E n l a s
c a l l e s*

Lucían sus ojos con brillo extraño, jadeaba como perro que muerde la presa, y el olor nauseabundo de los chagras e indios, siempre asqueado por él, le abría de par en par las ventanillas de la nariz en olfateo delicioso.

Lo inusitado de la charla detenía en comentarios, a cada paso, a mi Comandante y al hombre calvo. Antes de subir al automóvil se quedaron haciendo un recuento de los planes. El chapa cuidador, que era el Bilioso, colgose de aquel retazo de discusión como de un clavo ardiente. El ruido del vehículo se perdió en la noche, pero las voces de los dos hombres se quedaron junto al Bilioso.

254

— —



Florecieron ametralladoras en las esquinas. Las calles se desnudaban de la tranquilidad habitual; calzándose la gorra guerrera y amarrándose al cinto los sables.

En medio de la confusión surgió el fenómeno imprevisto: el rugido de la multitud en las calles. Voz confusa que al cribarse en el tamiz de la dis-

J o r g e
I c a z a

tancia, pone los pelos de punta a la paz conventual de la ciudad. Algo anormal se había desbordado por plazas y calles.

Por las calles corre la gente en desbandada, hablando unos con otros pero sin detenerse. Un ir y venir a galope; descompuestas las cabelleras, con los pañolones flotando como banderolas.

Todas las puertas interrogan estorbando la carrera:

—¿Qué pasa?

—Que's pes, oyè viá.

Corriendo y dejando flotar palabras jadeantes, deshilachadas como los pañolones, las mantas, los abrigos, los trajes, los transeuntes responden:

—Van a matar a la gente.

255 —Toditicos los cuerpos estan ajuera.

—Con bala en boca los soldados.

—¡Revolución!

—El pueblo si'a levantado.

—Es de ver como bajan los ríos de gente, sin miedo a las balas.

—Van a morir los pobrecitos.

—Quién les dirá que se metan en lo que no les importa.

—Cuidando a los guaguas estuvieran.

—Ya les están apuntando.

—Ya les van a matar.

—Pero no hacen caso.

*E n l a s
c a l l e s*

—Castigo de Dios.

—Corra vecina.

—¡Ay... ay... ay... Mi marido!

—Onde'stá pes?

—En el cuartel.

—¡Ay... ay... ay... M'ijo!

—Onde'stá pes?

—En la Policía.

—¡Ay... ay... ay... Mi hermano!

—Onde'stá pes?

—En la caballería.

—A mi guagua tan le vide entre la gente. Aura verán no más que le matan por curioso.

—¡Corra... corra, vecina!

—¡Vienen para la plaza!

256 —Vienen para la plaza. —gritan los fugitivos dejando peladas las calles.

En la esquina, bajo el Palacio, resalta nítidamente un pelotón de Policías con sus ametralladoras.

Un ruido caótico se acerca lentamente por la esquina opuesta, excitando hasta el extremo los nervios de mi Comandante Diego que los procura apaciguar en un paseo desordenado entre sus soldados. Quizás teme no poder dar la orden.

El alarido crece dejándose oír en la cresta más alta del tumulto:

—¡Vivaaa!

Por fin la manifestación se puso frente a frente

J o r g e
I c a z a

al pelotón de los policías.

Tiene el color terroso de las crecientes de los ríos de montaña, para mayor semejanza con ellas, las voces van en tumbos ventrudos y la corriente humana se estrella arremolinándose en las esquinas de las casas.

—¡Griten viva... Griten viva, carajo! —urgen los hombres que se han colocado formando el cauce de la corriente—.

—¡Viyaaaa! —es el clamor unánime—.

Los runas hacen un centenar a la cabeza. Les han quitado el poncho para darles aspecto ciudadano. Se apiñan entre ellos para hacer calor y confianza, y gritan ¡Viva! con la vista baja y encorvados como si estuvieran dando gusto a

257 un enorme fueite que pendiera sobre sus cabezas. Son los indios de "El Penco", defraudados en sus huasipungos por la rapacería de los Urrestas; mas, ahora, sin saber por qué, van gritando:

—¡¡Viva Urrestas!!

Sen los indios del Norte, del Sur, del Este y del Oeste, defraudados por los gamonales en sus tierras, en sus viviendas, en sus mujeres, en sus hijas, en sus guaguas, en sus conciencias, en su condición de hombres, que, sin saber por qué, van dando voces de vivas.

—¡Vivaaa!

*E n l a s
c a l l e s*

Son los chagras que en el fervor del entusiasmo, lanzan al aire los sombreros, dejando ver los pelos pegosos de sudor, revueltos, caídos sobre la frente, testigos de una vida de trabajo rudo y miserable. Son los Taco... Los Játiva... Los Castro..., los que gritan:

—¡Vivaaa!

Cierran el desfile los cholos, los obreros de las fábricas traídos con la amenaza del desahucio, los obreros propinados en las calles con el palo, son ellos los que ahora van gritando:

—¡Vivaaa!

Es el remendón Ambrosio Yánez con todos los operarios sumisos a las órdenes de los maestros de taller, los que ahora van gritando:

258 —¡Vivaaa!

Cuando la manifestación estuvo cerca de la mitad de la cuadra, el Comandante del pelotón, desprendiéndose con gesto heroico del grupo de soldados, exclamó:

—¡Retírense, carajo!

Nadie de los que formaban la creciente humana oyó la orden; estuvo dicha en tono suficiente para disculparse ante sus policías.

Tratando de impedir el avance, hizo señas de que paren, de que no avancen más, de que se vuelvan, de que la muerte estaba sobre las ametralladoras; eso fue lo que quiso decir, tal vez le salve

J o r g e
I c a z a

su buena intención, pero su deseo reprimido cambió los gestos dándoles formas caóticas de brazos en el aire. Los indios tomaron las señales como aguijoneamiento alentador, gritaron:

—¡Vivaaa!

Se estremeció la calle.

—¡Fuego!... —ordenó mi Comandante—.

—Ta... ta... ta... ta... ta... —rieron a carcajadas dos ametralladoras, diezmando las primeras filas, tronchadas, entre alaridos, por un machete invisible que cercenó los troncos, dejando a las piernas vacilantes se desplomen con el último gesto de la huida.

Una polvareda de clamores se levantó en medio del caos. Segundos que pintan en todos **259** los rostros la palidez de la muerte, el pánico, la desesperación en la carrera, salvar la vida a la que se la palpa con nerviosismo e incredulidad de manos temblorosas en última esperanza.

La muchedumbre se tira al suelo para librarse de la muerte que pasa silbando sobre las cabezas, se arrastra en culebreo de reptil hasta encontrar la primera esquina, desde donde se desgrana en carrera desesperada.

El terror corre en abundancia por todas las calles de la ciudad. Ya no hay tiempo para comentarios. Es carrera muda, ciega y anhelante. El mic-

*E n l a s
c a l l e s*

do ha dado la patada en el trasero de la manifestación.

Los nervios de mi Comandante Diego saltan de impaciencia al notar a la veintena de montoncitos humanos, rígidos e indiferentes a las carcajadas de las ametralladoras. Siente espanto creyendo que esas masas de carne van a tomar la revancha de un ataque contra él. ¿Por qué no huyen...? ¿Por qué no corren como los demás? ¿Por qué...

—¡Fuego... carajoooo! —exclama en la cima del espasmo terrorífico—.

—Ta... ta... ta... ta... ta... ta.

Se abre un abanico de balas dejando un rosario de impactos en las paredes mudas.

260



J o r g e
I c a z a

Al oír los tiros en las Cámaras Legislativas la intranquilidad cundió por todo el salón.

Decían los comentarios filtrándose por todos los huecos abiertos a la Legislatura:

—Van a volar el Palacio con dinamita.

—El teléfono no contesta.

261 —Los Jefes de los cuerpos dicen que no están con nosotros.

—¿Carajo, a qué vine? Tranquilamente hubiera estado tomando mi tacita de café en la casa.

—Ya suben las gradas.

—No hay nadie en la calle.

—¿Qué estarán tramando?

—Tienen que disolvernó a balazos.

—Tal vez estemos pisando en la muerte.

—¿Qué pasará?

—Moriremos en el puesto.

—¿Dónde está mi curul para que me coja sentado?

*E n l a s
c a l l e s*

—Moriremos en el puesto.

—No hay como salir.

—Hay fuerzas en las esquinas.

—No sabemos con quien están.

—Se escribirá la página más negra en la Historia.

—Ya han matado a la gente.

—¿A cuántos?

—A un centenar.

—¡Bárbaros!

—¿Y ahora?

—Esperemos.

La curiosidad pasó revista de las manos de la gran masa legislativa; jugando en un juego de enfoques: una vez aquí, otra vez allá, otra **262** vez en carrera, en superposición, en suceso, en islotos.

Manos.

Manos enlazadas en inmovilidad de crispación y defensa.

Manos tamborilleantes.

Manos que pretenden liar un cigarrillo, echando todo el polvo de tabaco al suelo y teniendo que empezar con otro, y luego con otro, y otro.

Manos apergaminadas complaciéndose en hacer bolitas con los billetes del bolsillo del pantalón.

Manos aleteantes en el vacío con temblor histé-

J o r g e
I c a z a

rico de charlista excitado.

Manos pulidas, que se han quedado exhaustas sobre el tablero del escritorio, pálidas, con la lividez de los muertos de miedo.

Manos acusadoras.

Manos que se estrujan entre sí sádicamente, tal vez inculpándose errores pasados, cambio de frente a destiempo, adhesiones, etc., etc.

Manos que se han vuelto amarillentas.

Manos que se han vuelto rojas.

Manos colgadas como racimos de temores entre hojas aceradas y botones dorados.

Manos que juguetean locamente, como si se troncharan de risa nerviosa.

Manos que han llegado al temblor puro.

263 Manos callosas hurgando las reconditeces de las fosas nasales.

Manos, todas enhebradas en el cordón del miedo, listas para colgarse en el cuello del más audaz.

Con fingida agitación nerviosa, se presentó don Luis Antonio en las Cámaras. Agitación de voces, de preguntas, de urgencias le rodearon:

—¿Qué pasa?

—¿Estuvo preso?

—Hable, por favor, que nos tiene inquietos.

—¿Cuándo le soltaron de la cárcel?

—¿Fue estropeada su integridad personal?

—¿Fue faltado de obra?

*E n l a s
c a l l e s*

- ¿De palabra?
- ¿De pensamiento?
- ¡Cómo!
- Acuse usted.
- ¡¡Hable!!

—¡Es necesario basar nuestra acusación, nuestro ataque! —vociferaban las caras en cacareo histérico de defensa—.

Entre el desconcierto se levantó el terno de casimir inglés, oliendo a tabaco americano, y haciendo brillar en alto el anacronismo del rubí tamaño de pepa de guaba, afirmó:

—¡Señores!

Se hizo la pausa necesaria; irradió el collar de manos temblorosas al acercarse rutilando al cuello del audaz que parecía iba a poner todo en claro.

—¡Señores!... ¡Qué puedo decir de mi persona, ni que podemos decir de nosotros, cuando la sangre de nuestro querido pueblo corre a raudales por las calles, corre a raudales solamente por haber cometido el delito de gritar su opinión... El asesinato en masa ha sido consumado!

Ni el limón que cae sobre la ostra, ni el hierro candente sobre la piel del toro, pueden dar un símil ventajoso para describir el espasmo de contracción de fuerzas que produjo en la Cámara la declaración olor a tabaco americano y rubricada

J o r g e
I c a z a

por el anacronismo del enorme rubí. *X*

Se sintió que todas las manos se crispaban en puños; las pálidas se volvían rojas, y las rojas llegaron a violeta.

La pausa de repliegue duraría tan sólo un minuto, pero la explosión duró toda la mañana de juegos políticos: movilización de influencias, movilización de parentescos, movilización de lealtades, movilización de dinero, movilización de llamadas telefónicas, todo centrado hacia los cuarteles, cayendo en aguacero abrumador sobre las espaldas del cholo soldado.

265

- -



En los anchos patios de los cuarteles hierve en desorden un hormiguero de soldados: capotes grises, gorras, ternos kakis, rifles.

Un poco separado de la tropa en formación se puede distinguir la figura del Jefe respectivo.

Los Jefes hablaron a sus soldados con vehemencia de reto y orden: sus discursos fueron de dos tipos, de dos tendencias. Veamos el extracto que guardó el recuerdo:

*E n l a s
c a l l e s*

TIPO A)

Soldados: acaba de perpetrarse la más grande de las masacres. Acaban de ser asesinadas en las calles cien indefensas mujeres, por haber cometido el delito de gritar: "Viva Urrestas". Tened en cuenta que esas mujeres son vuestras hijas, vuestras madres, vuestras esposas. Es la valerosa guaricha que, por amor, os ha seguido en cien combates, esa es la que acaba de ser asesinada en las calles. Ella ha sido para nosotros todo... El hombre, en este caso, como hombre mismo, no debe permanecer inactivo; debe por lo menos demostrar que es macho yendo en defensa de sus hembras, de sus madres, de sus hijas. Castigar a los cobardes, a los asesinos que han querido vio-

266 lar la Constitución, la Constitución que sólo confía en el soldado valeroso y leal.

—¡Viva la Constitución!

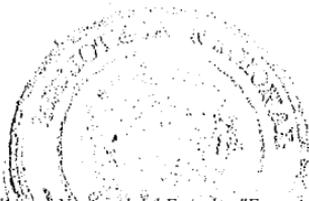
—¡Vivaaa!

Así preparada la tropa, se tiró a la calle ciega.

TIPO B)

Valientes cholos: Acaba de ponerse en peligro el honor del Ejército. Una muchedumbre de facinerosos, armados hasta los dientes, acaba de atacar alevosamente al descuido, a una veintena de vuestros compañeros, de vuestros hermanos, los cuales, cumpliendo su deber, tuvieron que morir en el puesto como verdaderos mártires de nuestro ho-

J o r g e
I c a z a



nor nacional, como verdadero soldado ecuatoriano, el mejor del mundo, el más valeroso. Cincuenta cadáveres reclaman venganza contra aquella gente asalariada que ha querido rebelarse contra el Gobierno constituido, contra la Constitución de la República, lo más sagrado que tiene el soldado, porque sólo en él confía para que se la respete y se la defienda. ¡Viva la Constitución!

—¡Vivaaa!

Fervor guerrero hizo explosión en la tropa, tirándola a la calle bayoneta en ristre y ciega de venganza.

Se encendió la lucha al grito de "Viva la Constitución", lanzado por ambos bandos. La diferencia de lucha estribaba en el subtítulo del

267 grito, porque ningún soldado supo dar razón: los unos vivaban la Constitución del señor Presidente y los otros la Constitución del señor don Luchito.

Cuando ya en la noche plena se volvían los disparos fantasmas inofensivos, la ciudad se ponía a recordar las escenas de los alrededores.

Las quebradas con sus grandes boquerones se dieron cuenta que podían ponerse al servicio de las estratagemas de ambos bandos o que podían alcahuetear los abusos sexuales de los soldados.

Entre las chilcas se revuelca el hambre, la muerte y la lujuria, todo cosido a balazos.

*E n l a s
c a l l e s*

Entre las chilcas de la quebrada de Santa Rosa salta un soldado, cayendo, sexo en ristre, sobre una guaricha que anda buscando dientes de oro en los cadáveres. Ella es una chola cualquiera, tal vez sea la Dolores, pero grita y protesta con pies y manos; él es un cholo, quizás venido de algún pueblo cercano, pero abre con sus rodillas las piernas de la presa que se retuerce en trezado de pudor. Las protestas femeninas se clavan en el suelo embadurnando a la mujer de tierra.

—No... no... —grita la víctima. Grito que es decapitado por el tableteo de las ametralladoras apenas saca la cabeza—.

Deja hacer, pegada a la tierra, llorando despecho por las manos que aletean en torno a las espaldas del hombre. De pronto **268** la mano da con el puño del yatagán. Un segundo de indecisión. Un segundo para arrancar el arma y hundirla furiosamente varias veces en las costillas del macho, hasta sentir a los espasmos gozosos rígidos.

El tableteo de las ametralladoras sigue decapitando todas las pequeñas tragedias apenas pretenden sacar la cabeza.

Luego la hembra, limpiándose la sangre que la embarra toda, la sangre que se ha hecho chapo con la tierra y sus harapos, examina la dentadura del soldado y exclama:

J o r g e
I c a z a

—Nu'a tenido ni un diente güeno.

La rigidez del hombre le estremece y acercándose con cautela le chupa la sangre de las heridas, bebiéndose a grandes sorbos, para evitar que le persiga el alma del muerto. Bebiéndose la sangre creen ellas que se han bebido la vida y se evitan la persecución del alma en pena.

La chola torna a su trabajo de guaricha, a su recolecta de botín de guerra.

Se pone a trepar la pendiente de la quebrada como si tuviera miedo de un alcanzamiento próximo. Los senos le nadan en el matiné pringoso al compás de sus saltos de cabra entre las breñas de la ladera; tiene miedo y urgencia de salir de aquel refugio.

269 Cada momento siente más vehemencia por llegar. Un muchacho que se arrastra cautelosamente dando caza a un soldado es la piedra donde tropezó la huída, se quedó acechando al muchacho y al soldado.

En el paisaje, sinuoso y acrepusculado, todo lo que ha tenido atrevimiento de levantarse del suelo, va guareciendo en trinchera la furia suelta de muerte que el soldado lleva entre sus manos. Cada tiro del hombre repercute en el muchacho con parpadeo violento de ojos y con respiración fogosa de espionaje que se arrastra y sigue la pista.

De pronto el soldado hace una pirueta y cae ro-

*E n l a s
c a l l e s*

dando quebrada abajo. Con un suspiro que desinfla todos los temores de la espera, el muchacho se estira en una mirada que otea la presa y va sobre el cadáver en carrera rodada llevando en su imaginación la sonrisa del soldado donde había visto brillar un enorme diente de oro.

A su llegada le mareó la presencia, como ebullente floración agazapada, de unos cuantos golfos y guarichas que como perros de presa se aprestaban al registro del cadáver pretextando llevarle a la Cruz Roja.

Los bolsillos, nada.

La ropa, sucia de sangre.

Los anillos, de acero contra el hechizo y con Cruz de Caravaca.

270 Se centró la pesquisa en la boca. El diente de oro armó pleitos, despechos, hasta que una mujer que alega parentesco abre la boca del muerto y golpeando con una piedra extrae la pieza dorada.

Cuando el Francisco Játiva oyó los disparos, sonaron tan inesperadamente para él, y era tan inverosímil para la situación en que se encontraba que no podía comprenderlos. Se dio cuenta de su significación cuando le arrearon hasta el Panecillo, le metieron en una quebrada y vio caer a un compañero a su lado, abierto la cabeza de un ba-

J o r g e
I c a z a

lazo. El Francisco miró a su alrededor, buscando impotente la ayuda de alguien. Su rostro mudo y suplicante, quedó frente a las caras pálidas, sucias y bronceadas de los chapas. En todos los rostros había la misma búsqueda de ayuda; de gesto pesquisando donde agarrarse.

De pronto vieron como única salvación, la cara de mi Comandante Diego, hinchada de alcohol y de entusiasmo patriótico. Blandiendo su revólver, con los ojos brillantes a la vista de la sangre, exclamó:

—Carajo, a nosotros no nos vence nadie. ¡Adelante muchachos! ¡Adelante el mejor soldado del mundo!

En el mismo instante los cholos, apoderados de una fuerza interior ciega, se lanzaron a la hoguera sin llamas pero crepitante de balazos, donde se quemaban hombres retorciéndose como leños tiernos, donde los indios revoloteaban su paranoia desorientada como cenizas aventadas por la tragedia, donde el cholo artesano cogió fusil y dejó que los interesados en el pleito aprovecharan de sus instintos salvajes en libertad, donde las casas se agazapaban sumisas, donde las torres se erguían con su orgullo de posiciones inexpugnables.

El grito de mi Comandante había tirado a toda la tropa al asalto, pero al grito y al Comandante

*E n l a s
c a l l e s*

no se les volvió a ver más entre los tiros; se habían quedado atrás; esta era la última impresión coordinada que llevaban los soldados al troncharse entre los resplandores de la muerte, al precipitarse entre el abismo de los fusiles y las ametralladoras.

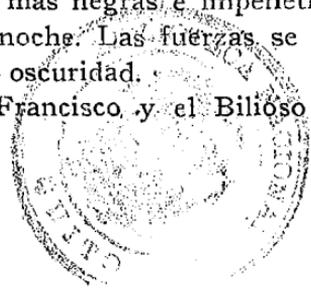
—Viá, mi Mayor. ¡Dende aquí le volaremos a la torre de un cañonazo, carajo! —insinuó un cholo al ver a sus compañeros caer como naipes—.

—¡No! —gritó el Jefe consciente de su deber de ciudadano—. Sería una infamia destruir las torres de las iglesias, el orgullo de la ciudadanía. Cholos se consigue a montones, no así las torres. El buen Jefe tuvo que santiguarse ante la herejía del cholo “a lo mejor nos cae un rayo”,

272 pensó; y mirando el tabú de la torre, proyectó un plan de ataque para la noche. En ese momento la figura de un fraile se recortaba bajo la ojiva del campanario, en tanto los hombres seguían cayendo en las calles.

A la noche, el Francisco y el Bilioso, se arrastraban hacia la ciudad a favor de las tinieblas. A lo lejos gritaba el tableteo de las ametralladoras perdiéndose el eco en el borde de las montañas de siluetas más negras e impenetrables que la negrura de la noche. Las fuerzas se debatían en un océano de oscuridad.

El Francisco y el Bilioso no se daban cuenta



I c a z a
J o r g e

que les perseguían; cuando oyeron un estampido a sus espaldas, empezaron a correr hasta que cayeron en un barranco. Se oyó otro estampido más fuerte; luego otro y otro. La noche habló por boca de los fusiles. Estremecíanse los hombres a cada detonación, ocultando, en gesto defensivo, la cara llena de arañazos de las moras y pencos por donde iban arrastrándose.

El tiroteo cesó por completo como si hubiera tomado otra dirección. Miraron hacia atrás, ya no les perseguían. Limpiándose el sudor con los capotes, se dejaron caer en la primera vereda de la ciudad que les recibía con las calles desfleçadas de los suburbios.

Llegaron hasta la esquina de la plaza.
273 Al frente se levantaba majestuoso el tabú.

Se quedaron alhelados, muy abierto los ojos, apoyando su espanto en la esquina. Todo es tinieblas; confusamente en la cima de la torre se alcanzó a distinguir la silueta de una ametralladora y, a su lado, una cosa palpitante como si fuera el corazón del campanario.

—El centinela —le susurra el Francisco al oído del Bilioso—.

Más el susurro le traicionó, vibrando extrañamente en la plaza repleta de tinieblas y oprimiéndoles en el pecho una pausa angustiosa. El campanario abrió un abanico de balas, retorciendo a

*E n l a s
c a l l e s*

los dos policías.

El Bilioso exclamó al caer:

—Por estas mierdas... ¡Por estos carajos!

—¿Cuáles? —interrogó el Francisco, agarrándose el vientre que dejaba escurrir los intestinos—.

—¿Cuáles? —volvió a repetir retorciendo una maldición de dolor y empuñando el fusil como si quisiera buscar al enemigo indicado por el Bilioso—.

—Estos mierdas, estos carajos, por los que estamos peliando. Anteanoche los oí toditico... Querían muertos... Querían sangre... ¡Carajo!... Sangre... La nuestra... Sólo por treparse al puesto... Todos estos carajos por los que estamos peliando... Querían sangre... ¡Nues-

274 tra sangre...! Por...

Algo se estiró en la vereda. El Francisco se puso a palpar el cuerpo del compañero.

—Ve... movete... ¡Contestá!... ¡Cuáles me decís, carajo...! ¡Cuáles para hacerles tragar las balas...! Cualecees... ¡Contestá, carajo!

Un montón de carne flácida vibró en la agonía. Después, nada.

Perdido en la noche y en el dolor se resolvió apuntar con el fusil al corazón de la torre...

“¡No! No es a él al que se refería el Bilioso.

¡Son ellos! Son ellos los que empujaron a la carnicería, los que quisieron cadáveres, los que qui-

I c a z a

J o r g e

sieron sangre”.

Gritar con el último dolor del hombre esclavo: contra los apaleadores de obreros, contra todos los ladrones de aguas, contra los usurpadores de la tierra, contra los asesinos del taita, contra todos aquellos que les habían lanzado a la matanza, le parecía al Francisco único consuelo para su cuerpo troncado.

En medio de la noche, el dolor le hizo palpar una verdad insospechada. Dio un grito inarticulado.

—¡No, carajo! —murmuró acordándose de su hijo—.

Hizo un esfuerzo supremo para ponerse de pie y avanzar.

—No debe servir de carne a los hom-

275 bres de presa.

Dio un paso, pero cayó de bruces.

—¡M'ijo! ¡Carajo! No... ¡A mi taita le mataron...! A mi también; ¿A él? ¡No! ¡No!

Empezaban a deslizarse, calle abajo, siluetas de hombres con fusiles.

—¡No vayan! —gritó el Francisco revolcándose en su sangre—.

—¡Calla carajo! —contestó una patada resonando un golpe seco en las tinieblas—.

El vértigo del dolor se plasmó en un solo grito:

—¡No vayan!

No obstante, la recua de sombras seguía avan-

*En las
calles*

zando, aguijoncada por los oficiales, en desborde de torada suelta, por el chaquiñán de la ceguera y de la ignorancia. Un dolor amargo de despecho fluyó por la herida; el hombre de la calle, zaran-deado, entre la vida y la muerte por los hilos de las contradicciones sociales, exclamó con su último resto vital:

—¡No vayan...!

Indiferente la muchedumbre avanzaba. Los celadores seguían desgranándose calle abajo. El hombre que espectaba el absurdo desde el umbral de la muerte quiso gritarles: "serie indefinida de soldados, chapas que habéis sido siempre pasto de las reumas incurables, lacrados el cuerpo a patadas nobles, que han servido de escupidera y

276 esquina de vomitar borrachos... Ustedes que han recibido en pago tan sólo la prostitución de vuestras madres y de vuestras hijas, no vayan a morir por los ladrones de vuestras vidas, de vuestra sangre, de vuestras mujeres, de vuestro espíritu".

Todo esto y más se le agolpaba en la mente torturada del Francisco, pero el dolor de la herida, la ignorancia, el huir de las palabras que no le enseñaron nunca, haciendo más epiléptica la agonía, obstaculizaban el mensaje completo, dejando salir tan sólo la rúbrica de la protesta:

—¡¡No vayan, carajos...!!

I c a z a
J o r g e

En el retablo de caras que empezaron a desfilar ante las pupilas agonizantes, rodaron una veintena de rostros cetrinos de obreros, el Francisco se incorporó con las manos, en alarde de fuerza para hacerse oír, pero al caer estrelló su protesta en el pavimento dejando tan sólo la rúbrica clara:

—¡¡ No vayan... !! —se angustiaba repitiendo el moribundo, en tanto pasan, pisando la advertencia, cholos vestidos de remiendos, escobas para dar brillo al lujo de las calles, carnes que se queman en las fábricas, caras hinchadas de alcohol y arañadas de hampa, cuerpos mutilados, hombres... hombres...

—¡¡ No vayan, carajos... !! —volvió a clamar el Francisco abismado ante la recua de indios que llevaban al matadero—.

277 Indios esclavos que iban a morir por el látigo del gamonal que les ha despedazado el cuerpo en tiras durante cuatro siglos: en los obrajes, en las norias, en los trapiches, en la selva, en los pantanos. Sangre que ha servido para abonar las breñas áridas de la cordillera, sangre de indio que fluye en desangre interminable. Pasto de los piosos, de la ignorancia y de las leyes.

—¡¡ No vayan, carajos... !!

Y en alarido máximo de dolor y comprensión, el hombre que moría en la calle, exclamó:

—No se maten entre ustedes... Apunten a

*En las
calles*

eshos... A eshos... Hay que coger lo que eshos nos han robado... pronto... pronto... Es nuestro... Es nuestro... Matad... Coged en vuestras manos... Volved los fusiles...

Escalofrió el grito a los Jefes de ambos bandos, como medida preventiva los Jefes ordenaron abrir el dique de la orquestación de los cañones: la primera protesta quedó degollada junto al cadáver del hombre que muere en la calle con la visión feliz de la sonrisa prometedora de un hijo que queda tirado en un camastro piojoso, sonriendo con sonrisa desdentada aún.

A la mañana siguiente por todas las calles se amontonaban los cadáveres como restos de las aves de rapiña, mientras arriba se celebraba el triunfo de don Luchito.

278

Quito, noviembre 8 de 1935.



J o r g e
I c a z a

**IN
DI
CE**

P á g i n a s

1—Agua..	5
2—Patrón Lucho	25
3—¡Ñucanchic!..	43
4—El Exodo.	66
5—Ciudad.	98
6—La lana del mismo perro.	119
7—Reclamo.	137
8—Flagelos.	153
9—En Comisiones del servicio.	184
10—Democracia.	228
11—Masacre.	261